PARTE CUARTA

I

I

Mantenía frecuentes cuestiones con Ballester (el licenciado en Farmacia que estaba al frente de la botica de Samaniego) por los garrafales errores en que éste incurría. Llegó el caso de prohibirle que hiciese por sí solo ningún medicamento de cuidado. "¡Carambita, hijo, si da usted en confundirme los *alcoholatos* con las *tinturas alcohólicas*, apaga y vámonos. Este frasco es el *sulfato de zinc* y este otro el *subnitrato de bismuto*... Vea usted la receta, y fíjese bien... Si seguimos así, lo mejor sería que doña Casta cerrase el establecimiento.

Y expresándose así, con ínfulas y asperezas de dómine, Ballester le quitó de las manos á su subalterno lo que entre ellas tenía, dejando al pobre chico bastante desconcertado. "Pero ¿qué demonios ha echado usted aquí?—dijo luégo con enojo, llevándose el potingue á la nariz.—Ó esto es valeriana ó no sé lo que pesco. ¡Cuando digo...! Hoy está usted muy malo. Más vale que se retire á su casa. Yo me las arreglo mejor solo. Cuidarse, llévese usted un derivativo... Mire, mire, llévese también un preparado de hierro. El derivativo lo toma en ayunas... en un momento. ¿Recuerda el nombre? Luégo en cada comida se atiza una píldora de *hierro reducido por el hidrógeno*, con *extracto de ajenjos*... por la noche al acostarse se atiza usted otra... Con estos calores, conviene no abusar mucho del hierro, y sobre todo, paséese usted y no lea tanto.

Relevado por su regente de la obligación de trabajar, Rubín se sentó en un rincón de la trastienda, que era también laboratorio, y tomando de debajo de la silla un librote, se puso á leer. Profundísima tristeza se revelaba en su rostro enjuto y granuloso. Caía en la lectura como en una cisterna; tan abstraído estaba y tan apartado de todo lo que no fuera el torbellino de letras en que nadaban sus ojos y con sus ojos su espíritu. Tomaba posturas extrañas. A veces las piernas en cruz subían por un tablero próximo hasta mucho más arriba de donde estaba la cabeza; á veces una de ellas se metía dentro de la estantería baja por entre

dos garrafas de drogas. El cuerpo se doblaba, ya de una manera, ya de otra; las rodillas juntábanse á ratos con el pecho, y una de las manos servía de almohada al occipucio. Ya se apoyaba en la mesa sobre el codo izquierdo, ya el sobaco derecho montaba sobre el respaldo de la silla, como si ésta fuera una muleta, ya en fin, las piernas se extendían sobre la mesa si fueran brazos. La silla, sustentada en las dos patas de atrás, parecía que no iba á deshacerse; y en tanto el libro cambiaba de disposición con aquellos extravagantes escorzos del cuerpo del lector. Tan pronto aparecía por arriba sostenido en una sola mano, y con las dos y más abajo de donde estaban las rodillas, ya se le veía abierto con las hojas al viento como si quisiera volar, ya doblado violentamente á riesgo de desencuadernarse. Lo que nunca variaba ni disminuía era la atención del lector, siempre intensa al través de todos los sacudimientos de la materia muscular, como el principio que gobierna las revoluciones.

Ballester iba y venía, trabajando sin cesar, y cantaba entre dientes estribillos de zarzuelas populares. Era un hombre simpático, no muy limpio, de barba inculta, la nariz muy gruesa, cuyo conjunto desaparecía por arriba en una cabellera de matorral, que no debía conocer en buenas relaciones con los peines, y por abajo en anchas y muy usadas pantuflas de pana que iba arrastrando por los ladrillos de la trastienda y laboratorio.

"Pero, alma de Dios, ya que no trabaja usted... al menos despache menudencias—dijo, parándose ante Rubín.—Mire, allí está esa mujer esperando hace un cuarto de hora... Diez céntimos de diaquilón... En aquella gabeta está. Vamos, menéese."

Rubín salía á la tienda y despachaba.

"¿En dónde están los frascos de *Emulsión Scott*?

—Mírelos, mírelos, si los tiene casi en la mano. Dígole que es preciso cuidar esa cabeza... Otra vez á leer. Bueno, usted se acordará de mí... leer, leer, y el aparato cerebro-espinal que lo parta un rayo... Tararí, tararí...

M.C.D.2020

Seguía cantando y el otro ¡plum! se chapuzaba otra vez en su lectura.

"¿Y qué lee?... vamos á ver—dijo Ballester mirando el libro—*La pluralidad de mundos habitados*... Bueno va... ¡Cualquier día me iba yo á ocupar de si había personas en Júpiter! Cuando digo que usted, amigo Rubín, va á acabar mal. Oiga usted, ¿á usted qué le va ni qué le viene con que haya gente en Marte ó deje de haberla? ¿Le van á dar á usted algo por el descubrimiento? Bueno va. Si digo que... tararí... tararí. Yo doy de barato—dijo luégo, poniéndose á machacar en el mortero,—yo doy de barato que haya en las estrellas; es más, declaro que la hay. Bueno, ¿y qué? La consecuencia es que estarán tan jorobados como nosotros. Créame usted, bastante tenemos con la humanidad de aquí, para que nos metamos á averiguar vidas ajenas."

Rubín no contestaba. A cierta hora, dejó el libro, metiéndolo en un rincón de la anaquelería, que apestaba á ácido fénico, entre dos potes de este líquido; después se restregaba los ojos y estiraba los brazos y el cuerpo todo, tardando lo menos cinco minutos en aquel desperezo que ponía en circulación su poca sangre. Cogía el hongo que de una percha colgaba y á la calle. Poco tenía que andar por ella para ir á su casa. Entró en ésta con la cabeza baja, las cejas fruncidas. Maxi le dijo que Fortunata no había venido aún y que la esperarían para comer. Maxi ocupó su sitio en la mesa, doña Lupe le recogió el sombrero, y volviendo al poco rato, se sentó en el sofá de paja; ambos esperaron un rato en silencio.

"Cuidado que hoy tarda más que nunca—dijo doña Lupe, y como notase en el rostro de su sobrino señales de desasosiego, se apresuró á entablar conversación más amena.

"Todo el día me he estado acordando de lo que hablamos anoche. ¡Ah! si tú fueras otro, si tú tuvieras ambición, pronto seríamos todos ricos. El farmacéutico que no hace dinero en estos tiempos es porque tiene vocación de pobre. Tú sabes bastante, y con un poco de trastienda y un poco de farsa y mucho anuncio, mucho anuncio, negocio hecho. Créeme, yo te ayudaría. El toque está en que tú inventes algo y le pongas tu nombre, con una bonita etiqueta.

M.C.D.2020

—No crea usted tía, yo también he pensado en eso. Ayer se me ocurría una aplicación del *hierro dializado* á sin fin de medicamentos... pero ó en ello. Creo que encontraría una formula nueva.

—Estas cosas, hijo, ó se hacen en gordo ó no se hacen. Si algo que sea *panacea*, es decir, una cosa que lo cure todo, absolutamente todo, y que se pueda vender en líquido, en píldoras, pastillas, cápsulas, jarabe, emplasto y en cigarros aspiradores. Pero hombre, en tantísima droga como teneis y no hay tres ó cuatro que bien combinados sirvan para todas las patologías. Es un dolor que teniendo la fortuna tan á la mano, no se la coja. Mira el Doctor Perpiñá, de la calle de Cañizares. Ha hecho un capitalazo con lo que el jarabe... no recuerdo bien el nombre; es algo así como *latrofaccion*...

—El *lacto-fosfato de cal perfeccionado*—dijo Maxi. En cuanto á las *panaceas*, la moral farmacéutica no las admite.

—¡Qué tonto!... ¿Y qué tiene que ver la moral con esto? Lo que digo; no saldrás de pobre en toda tu vida... lo mismo que el tontaina de Ballester. También me salió el otro día con la moral farmacéutica. Nada os dice la experiencia. Ya veis: el pobre Samaniego no dejó capital á su familia, porque también tuvo la misma manía. Como que en su tiempo no quiso nunca vender sino muy contados especificos. Casta bufaba con esto. También ella desea que entre tú y Ballester inventeis algo, y deis nombre á la farmacia, y lleneis bien el cajón del dinero... Pero buen par de sosos tiene en su establecimiento...

Charla que te charla, doña Lupe miraba al reloj del comedor, mas no expresaba su impaciencia con palabras. Por fin sonó la campanilla débilmente. Era Fortunata, que cuando entraba tarde, llamaba con timidéz y cautela,

como si deseara entrar sin que le viera nadie. Papitos corrió á abrir, y doña Lupe á la cocina. Maxi habló con su mujer en un tono que indicaba la complacencia de verla, y se quejó suavemente de que hubiese entrado tan tarde. Fortunata tenía los ojos encendidos como de haber llorado, y no era difícil conocer que estaba disimulando una gran pena. Pero Maxi no reparaba. Hacía algún tiempo que la facultad de observación se eclipsaba en él; vivía de sí mismo, y todas sus ideas y sentimientos procedían de la elaboración interior. La atención objetiva era casi nula, resultando de esto una existencia [illegible]. Como los accidentes exteriores apenas tenían valor en su espíritu, no reparó en lo consternada y suspirona que estaba su mujer aquella noche, en que muy raras veces se ocupó de él, en que no se cuidaba, como otras noches, de que él comiera ó dejara de comer tal ó cual cosa más ó menos conveniente para su salud.

Doña Lupe sí que reparaba en todo, y de todo iba tomando notas. Hablóse en la mesa del tiempo, del gran calor que se había metido, *impropio de la estación*, porque todavía no había entrado Julio, aunque faltaban pocos días de los trenes de ida y vuelta, y de la mucha gente que salía para las provincias del Norte. Con cierta timidéz, se aventuró Fortunata á decir que su marido debía dejarse de píldoras, y decidirse á ir á San Sebastián á tomar baños de mar. Maxi, mostrándose muy apático, dijo que lo mismo era tomarlos en Madrid con las *algas marinas del Cantábrico*, á lo que respondió su mujer con energía: "Eso de las algas es conversación, y aunque no lo fuera, lo que más importa es tomar las *brisas*.

Doña Lupe, picando con el tenedor en el plato, para coger los garbanzos uno á uno, [illegible] se decía lo siguiente:

te: "Te veo venir... buena pieza. Ya sé yo las *brisas* que tú quieres. Después de zarandearte aquí, quieres zarandearte allá, porque se te va el amigo... Sí, lo sé por Casta. Los señores de la Plazuela de Pontejos se ~~[illegible]~~ mañana. Pero yo te respondo, picaronaza, de que con esa no te sales... ¡Á San Sebastián nada menos! Estás fresca... Ya te daré yo *brisas*...

Vino luégo doña Casta con Olimpia á proponerles dar un paseo al Prado. ~~[illegible]~~ vacilaba; pero ~~[illegible]~~ se negó resueltamente á salir. Fuése doña Lupe con sus amigas, y no ~~[illegible]~~ aventurado afirmar que en aquel paseo nocturno que dieron picotearon bastante sobre diferentes asuntos domésticos. Fortunata y Maxi estuvieron solos ~~[illegible]~~ en la sala, á oscuras, con las ~~[illegible]~~ abiertas, á causa del calor que reinaba, hablando de cosas enteramente apartadas de la realidad. Él proponía las cosas más extravagantes, por ejemplo: "¿Cuál de nosotros dos se morirá primero? Porque yo estoy muy delicado, pero con estos achaques, quizás tenga tela para muchos años. Los temperamentos delicados son los que más viven, y los robustos viven más expuestos á dar un estallido.

Fortunata hacía esfuerzos por sostener conversación tan soporífera y desagradable. Otra proposición de Maxi: "Mira una cosa; si yo no estuviera casado contigo, me consagraría por entero á la vida religiosa. No sabes tú cómo me atrae, cómo me llama... Abstraerse, anularse, matar por completo la vida exterior, y vivir sólo para adentro... este el el único bien positivo y lo demás es ufanarse por lo que no vale tres pitos.

Fortunata decía á todo que sí, y aparentantando ocuparse de aquello, pensaba en [illegible], meciéndose en la dulce oscuridad y la tibia atmósfera de la sala. Por los balcones entraba muy debilitada la luz de los faroles de la calle. Dicha luz reproducía en el techo de la habitación el foco de los candelabros, con las sombras de su armadura, y esta imagen fantástica, temblando sobre la superficie blanca del techo, atraía las miradas de Fortunata, que estaba reclinada en una butaca con la cabeza echada hacia atrás. Maxi volvió á sus temas: "Si no fuera por tí, no se me importaría nada morirme. Es más, la idea de la muerte es grata á mi alma. La muerte es la esperanza de realizar en otra parte lo que aquí no ha sido más que una tentativa. Si á uno le aseguraran que no se moriría nunca, pronto se convertiría uno en bestia, ¿no te parece á tí?

M.C.D.2020

—[redacted]—respondía la otra maquinalmente, dejando á su idea revolotear por el techo.

—Yo pienso mucho en esto, y me entregaría desde luégo á la vida interior, si no fuera porque está uno atado á un carro de afectos, del cual hay que tirar.

—¡Ay, Dios mio, la que me espera mañana!—pensó [redacted] siempre que su marido estaba por las noches muy dado á la somnolencia espiritual, al día siguiente le entraba [redacted] la desconfianza y la manía [redacted] de que todos se conjuraban contra él.

Poco después de esto, dijo Maxi que se quería acostar [redacted]. Encendió luz y él fué hacia la alcoba, arrastrando los piés como un viejo. Mientras su mujer le desnudaba, el pobre chico la sorprendió con estas palabras que á ella le parecieron [redacted] de un [redacted]: "Veremos si esta noche sueño lo mismo que soñé anoche. ¿No te lo he contado? Verás. Pues soñé que estaba yo en el laboratorio, y que me entretenía en distribuir bromuro potásico en papeletas de [redacted]... a ojo; estaba [redacted], y me acordaba de tí. Puse lo menos cien papeletas, y después sentí en mí una [redacted] muy rara. Me fuí hacia el frasco del clorhidrato de morfina y me lo bebí todo. Caí al suelo y en aquel sopor... tú vete haciendo cargo... en aquel sopor se me apareció un angel y me dijo, dice: "José, no tengas celos, que si tu mujer está [redacted], es por obra del [redacted]. ¿Ves qué disparates? Es que ayer tarde trinqué la Biblia y leí el pasaje aquel de [redacted]..

Maxi se estiró en la cama, cerró los ojos, y cayó al instante en profundo sueño, cual si se hubiera bebido todo el láudano de la farmacia.

II

Fortunata no se acostó en la cama, porque hacia mucho calor. Echóse medio vestida en el sofá, y á la madrugada, después de haber dormido algunos ratos, sintió que su marido [redacted]. Oíale dar suspiros y [redacted] gruñi-

como la de una persona [illegible]. Sintióle palpar en la mesa de noche buscando la caja de cerillas; [illegible] se cayó al suelo, y en el suelo vió Fortunata la claridad lívida que los fósforos despiden en la oscuridad. La mano de Maxi descendió hasta el suelo, y al fin pudo apoderarse de la caja. Fortunata vió subir el resplandor azulado como una humareda difusa. Este fenómeno desapareció con el restallido del fósforo y la aparición de la luz iluminando la estancia. Los ojos de Maxi se esparcieron ansiosos por ella, y viendo á su mujer acostada, dijo: "¡Ah!... estás ahí... podías haber avisado que no te acostabas, y me hubiera yo ahorrado este susto."

Para evitar cuestiones tan á deshora, Fortunata fingió que dormía. Pero entreabriendo los ojos le vió encender la vela. Después la observó con atención recelosa. Púsose la ropa necesaria para no levantarse desnudo, y se bajó de la cama cautelosamente. Cogiendo la vela, salió al pasillo. Fortunata le reconoció el cerrojo de la puerta, registrando el cuarto en que ella tenía su ropa, y entrando también en el comedor y en la cocina. Tantas veces había hecho Maxi aquello mismo, que su mujer se había acostumbrado á tal extravagancia. Era que le punzaba la pícara idea de que alguien entraba ó quería entrar en la casa con intenciones de robarle su honor, y esta idea le sacaba de quicio.

Cuando Maxi entró en la alcoba después del reconocimiento, ya principiaba á apuntar el día. "Si no te cojo hoy, te cojo mañana — murmuraba Maxi, entrando de nuevo en la alcoba. No hay nada; pero yo sentí pasos, yo sentí cuchicheos; tú saliste de aquí... Has vuelto á entrar y estás ahí haciéndote la dormida para que yo no sospeche nada... Déjate estar... Yo estoy con mucho ojo, y aunque parezca que no veo nada, lo veo todo... A buena parte vienes... Que andaba un hombre por los pasillos, no tiene duda. No vale el jurarme que no había nadie. Pues qué, ¿no tengo yo oídos?... ¿Estoy yo tonto?"

M.C.D.2020

Decía esto sentado al borde del lecho, con la vela en la mano, mirando á su mujer, que continuaba fingiendo que dormía, á ver si se aplacaba. Pero esto no podía ser, y una vez desatada la manía, ya había jaqueca para un rato. Las mañanas en que Maxi se presentaba de aquel modo, había que tener mucha paciencia. Por de pronto, ya no dormía más. Acabó de vestirse y empezó á dar paseos por la habitación, manoteando y hablando solo.

"No, no, no... Si creen que me la dan, se equivocan. Lo que es más extraño es que mi tía es encubridora... Pues qué, ¿entraría nadie en la casa si ella no lo consintiera? No puede ser, no puede ser. Y Papitos también es encubridora. Buenas propinas se calzará. Pero ya te arreglaré yo, grandísima alcahueta. Que no me vengan con tonterías. Ayer noté yo bien marcadas en el felpudo de la entrada las suelas de unas botas de persona fina. Dicen que el aguador... ¡Qué aguador ni qué niño muerto!... Y anteayer había en esta misma alcoba la impresión, sí, la impresión indefinible de una persona que aquí estuvo. No lo puedo explicar; era como dejadas en el aire, como un olor, como el molde de un cuerpo en el ambiente. No me equivoco; aquí entró alguien. Lucido, lucido papel estoy haciendo. ¡Dios mío! querer tener por honor y no poderlo tener! ¿De qué le vale á uno el poner su honor por encima de todas las cosas? Viene un cualquiera y lo pisotea, y lo llena de inmundicia. Y no le basta á uno vigilar, vigilar, vigilar. Yo no duermo nada, y sin embargo... Pero es preciso vigilar más todavía y no perder de vista ni un momento á mi mujer, á mi tía, á Papitos... Esta condenada Papitos es la que abre la puerta, y yo la voy á reventar. La reviento el mejor día."

Fortunata creyó al fin que convenía hacer que despertaba. Lo particular era que en aquella crisis el desventurado joven no pasaba de las extravagancias de lenguaje á las violencias de obra; no intentaba maltratar á nadie; todo era quejas, afán por su honor y amenazas de que iba á hacer y acontecer. A su esposa le decía palabras duras; pero no la maltrataba, sin duda porque el instinto de su inferioridad física lo contenía. Unicamente la cogía por un brazo sacudiéndola ligeramente con tan poca fuerza, que ella no hacía la menor resistencia.

M.C.D.2020

M.C.D.2020

habla — le dijo su mujer.—

"¿Qué disparastes estás diciendo ahí? ¿Por qué no te acuestas? Ya que tú no duermas, déjame dormir á mí.

—¿Te parece que después de lo que has hecho, se puede dormir? ¡Qué conciencias, válgame Dios, qué conciencias éstas!... Tú lo negarás ahora... ¿Quién andaba por los pasillos? Claro, el gato. El pobre menino paga todas las culpas. ¿Y tú á qué saliste? á jugar con el gato, ¿verdad? justo. ¡Y eso me lo he de tragar yo! Lo que me anonada es que mi tía consienta esto, mi tía que me quiere tanto. Tú, ya sé que no me quieres; pero mi tía... Vamos que... Pues esa víbora de Papitos, con su cara ~~angelical~~... ¡Qué humanidad, Dios mío! El hombre honrado no tiene defensa contra tanto enemigo; la traición le rodea; la deslealtad le acecha. Aquellos en quienes más confía le venden. Donde menos lo piensa, en el seno de la familia, salta Judas. En la tierra no hay ni puede haber honor. En el Cielo únicamente, porque Dios es el único que no engaña, el único que no se pone careta de amor para darle la puñalada, el único que no le arma á uno trampas de flores para que caiga...

Fortunata se vistió á toda prisa. Sabía por experiencia que mientras más se le contradecía en aquella crisis era peor. Un rato estuvo sentada en el sofá, oyéndole disparatar y esperando á que avanzara un poco la mañana para avisar á doña Lupe. Antes de ir á lavarse, pasó por la alcoba de su tía, que ya se estaba vistiendo, y le dijo: "Hoy está con el ataque... Pero no puede figurarse qué fuerte le ha entrado, pobrecito. Á ver si usted le puede calmar.

—Voy, voy allá... Veo que sin mí, no os podeis gobernar. Si yo faltara... no quiero pensarlo. Mira, pon en planta á Papitos, y que encienda lumbre. Le haremos chocolate en seguida. Porque la debilidad es lo que le pone así, y hay que meterle lastre en aquel pobre cuerpo. Toma las llaves, saca de aquel chocolate que nos dió Ballester, *chocolate con hierro dializado*... Qué chico, vaya por dónde lo da... Salgo al momento.

Cuand. su tía entró con el chocolate, Maxi

seguía tan disparado como antes. "Lo que yo extraño, tía, lo que yo no puedo explicarme—dijo clavando en ella sus ojos que relampagueaban,—es que usted consienta esto y lo encubra y me quiera matar, porque sépalo usted, para mí el honor es primero que la vida.

—Hijo de mi alma—le contestó doña Lupe poniendo el chocolate sobre la mesa,—después hablarémos de eso... Yo te explicaré lo que hay, y te convencerás de que todo es una figuración tuya. Toma primero el chocolate, que estás muy débil...

El joven se dejó caer en el sofá, inclinándose hacia la mesa próxima en que el desayuno estaba, y tomando un bizcocho lo mojó en el líquido espeso. Antes de probarlo, habló otra vez de lo mismo, si bien un poco más tranquilo. "No sé cómo me va usted á convencer, cuando yo tengo oidos, yo tengo ojos, y ante la evidencia, no valen..."

Hizo un gesto de repugnancia y horror al probar el bizcocho mojado.

"Tía... ¡Fortunata!... ¿qué es esto? ¿qué me dan?... Este chocolate tiene arsénico.

—Hijo, por María Santísima—exclamó doña Lupe consternada, á punto que Fortunata entraba.

—¿Pero ustedes creen que á mí se me puede ocultar el gusto del arsénico?...—exclamó enteramente descompuesto, los ojos extraviados.—Y no son tontas, ponen poca dosis... un ramo para irme matando lentamente... Y apuesto á que ha sido Ballester el que les ha dado el... veneno... porque también él está contra mí... Esto es horrible...

—Vamos, esto no se puede sufrir. Decir que le hemos envenenado el chocolate...

—Gusto á arsénico... clavado... pero tan clavado...

Levantóse en actitud de desesperación y volvió á la exhibición irrisoria de sus pasos...

"Tendré que dejarme morir de hambre... es horrible... Mi casa llena de enemigos. Las personas que más me querían antes, ahora conjuradas contra mí.

—¡Con que arsénico!...—dijo Fortunata to-

mándolo á broma, con esperanza de obtener así mejor efecto.—Pera que veas que eres un simple y un majadero, voy á tomarme yo el chocolate.

Y en el acto empezó á tomarlo. Maxi la miraba atónito.

—A ver si revientas de una vez... Él podrá tener veneno, pero bien rico está... ¿Te convences ahora?... Me tomaría otra jícara. No te creas, me vendría bien que esto matara, porque así me iba pronto de este mundo, que maldita la gracia que tiene, con las jaquecas que me das y lo mucho que me haces sufrir.

Doña Lupe en tanto trajo la cocinilla económica para hacer en presencia de Maxi otro chocolate. Aun así, fué preciso sostener una lucha penosa para que se decidiera á tomarlo, pues insistía en que también aquél tenía gusto á arsénico... "Aunque no tanto, convengo en que no es tanto." Después, tomando tonos de transacción, les dijo: "Yo creo que todo ello es cosa de Papitos... porque ustedes no saben lo mala que es y la tirria que me tiene.

—Vamos, que es para pegarte—le contestó doña Lupe.—¡Tomarla así con la pobre Papipitos!... Mira, cuando te den manías, échame á mí toda la culpa. Yo sé desenvolverme y probar mi inocencia. Y ahora, ¿por qué no os vais los dos á dar un paseito por el Retiro? Hasta las nueve no hace calor; la mañana está deliciosa.

Fortunata apoyó esta proposición, pero él no tenía ganas de salir. Continuaba en el sofá, apoyado el codo en la mesa y la cabeza en la mano, mirando al suelo como si contara los juncos de la esterita que había junto al sofá. Las dos mujeres se miraban cambiando con la expresión de sus ojos malas impresiones.

"Eso—murmuró él de una manera torva y recelosa.—Quieren echarme á la calle, para...

—Pero alma de Dios, si va ella contigo...

—¿Y á dónde me quiere llevar? Sabe Dios... Alguna trampa que me quieren armar. Si sólo fuera para asesinarme, pase; pero si es para atentar al sagrado de mi honor...

!!

—Todo sea por Dios.

—No sabe usted, tía, que hace tres meses... la *Correspondencia* lo trajo... una mujer llevó á su marido al Retiro, y cuando iban por un paseo solitario salió el cómplice... sí, el cómplice, que estaba escondido entre los árboles, y entre ella y el cómplice cogieron al pobre marido y le ataron de piés y manos y le arrojaron al estanque...

—¡Jesús, qué barbaridad! ¿De dónde has sacado esos disparates?

—La *Correspondencia* no ha traído tal cosa—dijo Fortunata.

—Vamos, lo habrás soñado tú.

—Yo no he soñado—gritó él levantándose con golpe de resorte.—Yo no lo he soñado. Es verdad; lo he leído en la *Correspondencia*... y... ¡También me tienen por embustero! Yo no digo más que la verdad. Las embusteras son ustedes... ustedes, con esas conciencias cargadas de crímenes....

Doña Lupe cruzaba las manos y miraba al Cielo, como invocando la justicia divina. Fortunata expresaba un gran abatimiento, cual si su paciencia tocase ya al punto en que agotarse debía.

"Mira—dijo doña Lupe, vete á la botica, ponte á trabajar y con la distracción se te pasarán esas tonterías.

Sabía por experiencia la señora de Jáuregui que en los ataques fuertes de su sobrino, Ballester era la única persona que le hacía entrar en razón desplegando ante él, ya la burla descarada, ya la autoridad seca y hasta cruel. Las personas de la familia, y á quienes él quería, eran las más ineptas para dominarle, pues contra ellas iba la descarga de su recelo furibundo.

"Bueno, iré á la botica—dijo Maxi tomando su sombrero.—Tengo que ajustarle las cuentas al señor de Ballester. De mí no se ríe más... Y en último caso, que me lo diga cara á cara. ¿A que no se atreve? Es un cobarde y un traidor, que vendiendo amistad, me la pegaba por la espalda.

Tía y esposa no le dijeron nada, y fueron

trás él cuando salió de la alcoba. En vez de tomar la puerta, el desgraciado chico fué hacia la cocina y entró después en varias piezas como registrándolas, pronunciando palabras de inquietud, suspicacia y amenaza. "Creen que yo no tengo ojos ni oídos... pues verán. Una vez, dos veces lograrán burlarme; pero á la tercera... Es triste que no esté uno seguro nunca, y que tenga una su honor á merced de un cómplice..."

Cogió de la percha del recibimiento el palo que usaba, y salió dando un fuerte portazo. Bajó rápidamente y habló algo con la portera. Desde el balcón le vió la infortunada salir á la calle, pasar á la acera de enfrente, mirar hacia su casa... Ocultóse ella entonces, y asomándose con cautela por entre los hierros, le vió seguir gesticulando y haciendo molinete con el bastón. A cada instante se paraba y volvía hacia atrás. Daba unos cuantos pasos y otra vez por la calle arriba. En una de estas vueltas, salió Ballester á la puerta de la botica y le llamó con gesto imperativo: "Aquí pronto... ¡Me gusta! Venga usted aquí."

En actitud semejante á la de un perro que en presencia del palo de su amo agacha las orejas y arrastra el rabo por el suelo, entró en la botica diciendo á su superior: "Buenos días, amigo Ballester. No le había visto. Iba á tomar un poco el aire. Y usted, ¿qué tal?

III

"Yo, bueno... conque á tomar el aire—contestó el jefe de la Farmacia con cara de muy mal genio.—El aire que me va usted á tomar ahora es ponerle las etiquetas á estos frascos de jarabes... Y cuidado con equivocarse. Las etiquetas rojas son las del *jarabe de corteza de naranja amarga con yoduro potásico*; las verdes el mismo con *hierro dializado*. Como usted me trueque las etiquetas, le destorno.

Poníase á trabajar, y, cosa por demás extraña, á pesar del estado de su cabeza, ni una sola equivocación cometía, ni aun cuando Ballester le dió seis clases más de jarabes con sus correspondientes etiquetas de diferentes colo-

res. Durante la operación, no hablaba una palabra y apartaba los ojos de los frascos. Cierta modulación casi imperceptible de los labios, denotaba que el soliloquio insano persistía. Ballester, á quien doña Lupe había enviado una esquela refiriendo el rudo acceso de aquella mañana, le vigilaba disimuladamente, mirándole por el rabillo del ojo; pero en una de las vueltas que dió al [illegible], Maxi dejó bruscamente el trabajo y se fué á la calle sin sombrero. Al volver á la tienda y notar la ausencia del joven, Ballester se quedó muy tranquilo y no dijo más que: "Ya voló... bueno va.„ Tomaba con calma las extravagancias de su colega, y lo que quería era que una de aquellas escapatorias fuera la del humo. "Pero no tendré yo esa suerte, decía —y ya me le volverán á traer para que le [illegible] Yo le voy á hablar claro á doña Casta [illegible]„

Maxi subió á su casa. Fortunata le abrió la puerta, no admirándose de lo descompuesto que venía, porque ya no eran nuevas aquellas inesperadas [illegible] á la casa. "Supongo—dijo él con trémulo labio, que no me lo negarás ahora... Puede que mi tía lo niegue... es tan hipócrita. Pero tú no, tú eres mala y sincera. Cuando das el golpe mortal lo dices, ¿verdad? Y ahora ante los hechos palpables, evidentes, ¿qué teneis que decir?

Doña Lupe salió al recibimiento donde él estaba en pié, accionando insensatamente, mirando á su mujer unas veces, las más vuelto hacia la lámpara que alumbraba los pasillos, como si invocara su testimonio.

"Otra vez... pero hijo...

—Usted, tia, se empeñará en negarlo ahora... pero ésta no lo niega. Cierto que no le cojeré; porque habrá saltado por el balcón; pero no me negarán que entró... Le he visto yo, le he visto pasar por delante de la botica... En la escalera ha dejado su huella, su rastro, y rastro y huella que no se pueden confundir con nada.

—Pues estamos divertidas—dijo doña Lupe á Fortunata, que daba suspiros mirando á su marido con lástima intensísima.

—La que me las va á pagar todas juntas, es esa indecente de Papitos—dijo él, dando algunos pasos hacia la cocina.

—¡Papitos! si está en la compra. ¡Pobre chica!... No seas tonto; échame toda la culpa á mí, á esta buena pieza de tu tia, que te ha criado y te ha dado la posición que tienes. Yo, yo tengo la culpa, yo soy la criminal, y la cómplice y todo lo que quieras... Pues si yo no te hubiera mimado tanto... Ea, ya estamos hartas. Á ver si nos dejas en paz. Le encargaré á Ballester que te amarre... Maximiliano, se acabaron las tonterías.

Diciendo esto le cogía por un brazo y le sacudía con ira materna y correccional.—"Mira que no te podemos sufrir... Lo que tú tienes es mucho mimo.

18

El desgraciado joven se dejó caer en un banco que en el recibimiento había, el cual semejaba banco de iglesia, y allí se transformó la expresión de su rostro, pasando de la exaltación á la consternación. "Garantíceme usted la limpieza de mi honor, y yo me tranquilizaré—dijo con voz conmovida.

"¡Tu honor! ¿Pero quién diablos se ha metido con él? Si todo es humo, humo que está metido en la cabeza.

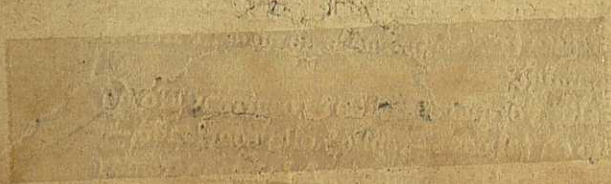
—¡Humo!... ¡ah!...

—Sí, todo humo—dijo Fortunata, poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.—No pienses y no temerás nada. Es la imaginación, nada más que la imaginación... la loca de la casa, como decía tu hermano Nicolás.

—¿Sabes lo que vamos á hacer?—dijo doña Lupe, aprovechando la relativa calma que en su sobrino se notaba.—Pues vamos á almorzar.

Su mujer le tomó por un brazo para llevarle á la mesa, y él no hizo ninguna resistencia. Temían una y otra que no quisiese tomar nada, fundándose en que la comida estaba envenenada; pero con gran sorpresa de ambas, Maxi no manifestó recelo alguno sobre este particular. Tenía poco apetito, y para que pasara algo, las dos hacer á competencia considerable gasto de palabras convincentes. Tan cariñosas se mostraron, que Maxi comió más que otros días, sin hacer observación alguna ni quejarse de lo mal condimentado que estaba todo. Hiciéronle café y estó fué lo único que tomó con gana. De sobremesa, trató doña Lupe de alegrarle los [illegible] de cosas enteramente contrarias á [illegible] de honor; pero él no se daba á partido, y de vez en cuando daba á conocer con profundos suspiros que la tormenta de su alma, si conjurada, no estaba del todo extinguida. Pero la fuerza del ataque había pasado, y pronto vendría la completa serenidad. Cuando [illegible] para volver á la botica, llevó á su mujer aparte y le dijo: "Prométeme no salir esta tarde... prométeme no salir nunca sino conmigo.

—¡Salir yo! qué [illegible] se te ocurren. No [illegible] pensado en tal cosa—replicó ella sonriendo.—Aquí me estaré esperándote. A la noche iremos á casa de doña Casta. ¿Quieres? Ó á paseo. ¿Quieres?



M.C.D.2020

Mientras esto decía, doña Lupe, acechándola desde un rincón del pasillo, fijaba en ella una mirada [redacted].

Aquella tarde estuvo Maxi en la botica bastante más calmado. En un rato [redacted] que ~~no había nada que hacer~~, se fué al rincón en que guardaba los libros y cogió uno disponiéndose á sumergirse en la lectura. Pero Ballester tomó una vara; se fué derecho á él y arrebatándole el libro le amenazó con castigarle. "Ea, dejémonos de ~~lecturas~~, que eso es lo que nos trastorna. ¿A ver qué es esto?... ¡Hombre, qué bonito! *Errores de la teogonía egipcia y persa*... Esto [redacted] el epígrafe del capítulo... Pero, [redacted] ~~bre de Dios~~, ¿que siempre ha de estar usted metiéndose en lo que no le importa? ¿Que le va á usted ni qué le viene con que aquellos bárbaros, que ya murieron hace miles de años, adoraran muchos dioses?... [redacted] ganas de [redacted] y meterse en vidas ajenas. ¡Que [redacted] dioses! Bueno, ¿y qué? ¿Acaso los tiene usted que mantener? Lo que yo digo: es gana de entrometerse. ~~Vaya por lo que le ha dado á usted ahora... por averiguar lo que hicieron ó dejaron de hacer los contemporáneos de la Ninita.~~ No puedo ver tanta tontería [redacted] exaltándose más á cada frase y llegando hasta la cólera [redacted] no puedo ver que un cristiano se queme las cejas por averiguar cosas ~~cuya averiguación no ha de traernos un garbanzo más al puchero~~. [redacted] escond[redacted] los libros, se los [redacted] quem[redacted]... Voy al momento.

Esto último se lo decía á un parroquiano que mostraba una receta.

"A ver, marmolillo [redacted] Maxi [redacted] menéese usted. Alcánceme el alcanfor, el nitro dulce, el polvo de regalíz...

Confeccionada la medicina en un dos por tres, volvió Ballester á coger la vara, y continuó la filípica de este modo:

20

"Lo mismo que la tontería en que ahora ha dado... que le van á quitar su honor; que entran hombres en la casa... que por todas partes se le tienden asechanzas á su honor... ¡Qué melodramáticos estamos y qué simples [redacted]! Parece mentira que tales [redacted] se le [redacted]curran á un hombre que está casado con una mujer, que es *la casta Susana*, sí señor, [redacted], *la casta Susana*, mujer que antes se dejaría descuartizar que mirarle á la cara á un hombre. ¿Y si lo sabe usted, para qué arma es[redacted] ¡Ah! si yo tuviera una mujer así, tan hermosa, tan virtuosa; si yo tuviera á mi lado una virgen como esa, la adoraría de rodillas y primero me apalea[redacted] que darle un disgusto. ¡Su honor! Si tiene usted más honor que... vamos, no sé con qué compararlo. Tiene usted un honor más limpio que el sol... qué digo sol, si el sol tiene manchas. Más limpio que la [redacted]. Y todavía se queja... Nada, yo le voy á curar á usted con esta vara. En cuanto hable del honor, ¡zás!... No hay otra manera. Lo que yo digo esas cosas las hace usted por lo muy mimadito que está. Tía que le cuida, mujer guapa que le mima también y que se mira en las niñas de sus ojos... Como que es la verdad... [redacted] pues si yo tuviera una mujer así... [redacted]..

Al llegar á esta parte de la reprimenda que [redacted] le espetaba [redacted] se había tranquilizado tanto, que casi estaba dispuesto á oirle con benevolencia y hasta con jovialidad. [redacted]

"Amigo Ballester, le convido á usted á Variedades esta noche. ¿Quiere?

—¿Pues no he de querer? Bueno va. Pedradas de esas vengan todos los dias, ilustre amigo mio. Iremos... en el bien entendido de que venga Padilla esta noche á la primera guardia. Vamos ahora, mi queridísimo colega, á hacer estas píldoras de *protoioduro de mercurio*. Prepare usted el regaliz y el mucílago de goma arábiga. Receta de cuidado. Mucho ojo. Vamos allá. Le digo á usted que no hay ciencia más bella que la Farmacia. ¡Cuánto más bonita que averiguar si hubo ó no tantos ó cuantos dioses! Vamos allá; mucho cuidado con el mercurio. Ya estará el enfermo para quien sea. No, no le arriendo la ganancia. Pero á fé que se habrá divertido bastante en este mundo con las mozas guapas, y si buenos azotes le cuesta ahora, buenas ínsulas se habrá calzado. ¡Eh!... cuidado con las dosis. No sea usted tan vivo de genio. Mire que va á salir al paciente, y la saliva que eche va á llegar hasta aquí. ¡Qué hermosa es la Farmacia! Para mí hay dos artes, la Farmacia y la Música. Ambas curan á la humanidad. La Música es la Farmacia del alma, y la... viceversa, ya usted me entiende. Y nosotros, ¿qué somos si no los compositores del cuerpo? Usted es un Rossini, por ejemplo, yo un Beethoven. En uno y otro arte todo es combinar, combinar. Llámanse notas allá, aquí las llamamos drogas, sustancias. El *quid* está en saber herir con la composición la parte sensible... ¿Qué le parecen á usted estas teorías? Cuando la melodía no sale, el enfermo se alivia.

A poco llegó Padilla, el oficial temporero que sólo hacía servicio en la botica por las noches, y llevándole aparte, le dijo Ballester: "Amigo Padilla, hoy mismo le voy á proponer á doña Casta que vengan todos de día, porque esta calamidad de Rubín tiene la cabeza como un cesto, y me temo que si se queda solo envenene á toda la parroquia."

IV

Aquella noche después de comer fueron todos á casa de doña Casta, donde debían reunirse para ir á paseo. Pero á poco de estar allí entró Ballester diciendo que se había levantado un viento muy fuerte y amenazaba tormenta, por lo que unánimemente se votó por quedarse allí; se encendió luz en la sala, y doña Casta dijo á Olimpia que tocara la pieza para que la oyeran Maximiliano y Ballester.

Olimpia era la menor de las chicas de Samaniego, y hubiera causado gran admiración en la época en que era moda ser tísico, ó al menos parecerlo. Delgada, espiritual, ojerosa, con un corte de cara fino y de expresión romántica, la niña aquella habría sido perfecta beldad cincuenta años há. Quería doña Casta que sus niñas tuvieran un medio de ganarse la vida para el día en que por cualquier contingencia empobreciesen, y Olimpia fué llevada al Conservatorio desde edad temprana. Siete años estuvo tecleando, y después tecleaba en casa bajo la dirección de un reputado maestro que iba dos veces por semana. Tratábase de ganar premio en los exámenes, y para esto Olimpia estuvo por espacio de tres años estudiando una dichosa pieza, que no acababa de dominar nunca. Pieza por la mañana, pieza por tarde y noche. Ballester se la sabía ya de memoria sin perder nota. No había logrado la señorita de Samaniego tocar toda la pieza, desde el allegro apasionado hasta el fin, sin equivocarse alguna vez, y muy particularmente cuando tocaba delante de gente, se embarullaba y hacía un pisto de notas que ni Cristo lo entendía. Por eso doña Casta la mandaba tocar cuando había personas extrañas, para que fuese perdiendo el miedo.

23

La determinación de no salir á paseo puso á Olimpia de mal humor porque no podía [illegible] su novio, que á aquella hora estaba haciendo la competencia á los candelabros del gas, clavado en la esquina de la calle de la Magdalena. Era un joven de mérito, que estudiaba el último año de Derecho y escribía artículos de crítica (gratis) en diferentes periódicos. A pesar de sus buenas prendas, doña Casta no le veía con buenos ojos, porque la crítica, francamente, como oficio para mantener una familia, parecía la carrera del hambre. Pero Olimpia estaba muy apasionada; leía todos los artículos de su novio, que le llevaba recortados de los periódicos y pegados en cuartillas, y con esta lectura se iba ilustrando considerablemente. Todo aquel fárrago [illegible] lo guardaba con las cartas y los mechones de pelo. Doña Casta no permitía entrar en la casa; hablaban en paseo, y paseando y charlando le daba él sus artículos, que ella guardaba con amor para leerlos en la cama.

Tocó la niña su pieza con no poco trabajo, á ratos, aporreando las teclas como si las quisiera castigar por alguna falta que habían cometido, á ratos acariciándolas para que sonaran suavemente con ayuda del pedal, arqueando el cuerpo, ya de un lado, ya de otro, y poniendo [illegible] cara patética ó llorosa, según el pasaje. Parecía que los dedos eran bocas, y que estas bocas tenían hambre atrasada por las muchas notas que se comían. En ciertas escalas difíciles algunas notas se anticipaban á sus [illegible]cesoras y otras se quedaban [illegible]; pero cuando llegaba un efecto fácil, la pianista decía "aquí que no peco,„ y se indemnizaba de las pifias que cometiera antes. Durante el largo martirio de las teclas, las exclamaciones de admiración no cesaban. "¡Qué dedos los de esta chica!... Me río yo de Guelbenzu... ¡Y qué talento artístico, qué expresión!—decía el gran tuno de Ballester.„ Y doña Casta: "Ahora viene el pasaje difícil, ahora... En este trozo no tiene pero... ¡Qué limpieza... qué manera de frasear!...„ Doña Lupe también hacía aspavientos, y Fortunata se

vela obligada á expresar su admiración, aunque no entendía una palabra de aquel ruido de mar bravo, y en su interior se pasmaba de que á aquello se le llamase *arte sublime*, y de que hubiese personas que entusiasmasen con música tan semejante á la de un taller de calderería. Cualquier tonadilla de las que tocan los pianitos de ruedas que van por la calle le gustaba y le conmovía más.

Olimpia tocaba con fe y emoción, presumiendo que el espejo de los críticos la oía desde la calle. Cuando concluyó, estaba rendida, sudorosa, y apenas podía respirar. Ni siquiera tenía aliento para dar las gracias por los plácemes que todos le dirigían. La tos que le entró parecía anunciar un ataque de hemoptisis. "Hija mía—le dijo su mamá, viéndola ir hacia el balcón,—no te asomes, que estás sudando. Toma, ponte esta toquilla.„

Y se la ponía, y no pudiendo refrenar las ganas de salir al balcón, salió con Fortunata, y ambas estuvieron contemplando el alma en pena que se paseaba en la acera de enfrente entre los dos faroles más próximos.

Al poco rato entró Aurora, la mayor de las hijas de Samaniego, que era muy distinta de su hermana, pelinegra, vulgar de cara, aunque no mal parecida, de esas que á un color anémico unen la robustéz y aparente lozanía de las carnes frías. Su pecho era desproporcionadamente abultado, el cuello corto, las caderas y el talle bien torneados, y las costuras de la ropa parecían próximas á reventar por causa de la dilatación de los carnes. La cabeza era bonita, de poco pelo y muy bien arreglada. Tenía bastante más edad que su hermana; vestía con esa sencillez airosa de las mujeres extranjeras que se ganan la vida en un mostrador de tienda elegante, ó llevando la contabilidad de un restaurant. Su traje era de un solo color, sin combinaciones, de un corte severo y como expeditivo, traje de mujer joven que sale sola á la calle y trabaja honradamente.

M.C.D.2020

25

Expliquemos esto. Aurora Samaniego tenía treinta años y era viuda de un francés, que vino á España representando casas extranjeras de droguería. A poco de casarse, el francés se fué con su mujer á Burdeos y allí un establecimiento de ropa blanca, que ~~estaba llamado á ser~~ la base de una fortuna. Pero entre Bismark y Napoleón III lo echaron todo á perder, pues por causa de estos dos personajes sobrevino la guerra de 1870, que tantas esperanzas había de segar en flor. Fenelón, que era hombre bonísimo y de ~~disposición para todo~~ tenía ~~un grave~~ defecto, el *chauvinisme*. Empuñó las armas, se agregó á un cuerpo de ejército, y á las primeras ~~de cambio le mataron cerca de Mans-la-Tour~~.

Viuda y con poco dinero, aunque también sin hijos, Aurora volvió á Madrid, donde las disposiciones y hábitos de trabajo que había adquirido no pudieron tener empleo por no existir aquí *grandes almacenes*, y los que hay, estan servidos por esos gandulones de horteras, que usurpan á las muchachas el único medio decoroso de ganarse la vida. Había ~~adquirido~~ la viuda de Fenelón ~~un detallado conocimiento de todo~~ lo concerniente al ramo de ropa blanca, estaba fuerte en contabilidad, tenía nociones claras del orden económico y del régimen á que debe sujetarse ~~todo gran establecimiento~~, hablaba el francés á la perfección. Pero todos estos méritos ~~fueron inútiles y lo hubieran~~ sido hasta el fin del mundo, si no se le ocurriera á Pepe Samaniego establecer el ~~negocio~~ de ropa blanca con arreglo á los *últimos adelantos del extranjero*, y llevar á él á persona tan inteligente y para el caso como su prima ~~Aurora~~. El plan ~~comercial~~ era vastísimo. Aurora estaba al frente del departamento de ~~trousseaux~~, ~~canastillas~~ de boda y bautizo, ropa de niños y de señora. El capital para la instalación de esta importante industria habíalo facilitado D. Manuel Moreno-Isla, que tenía confianza en la ~~ac~~

allá por el 65

heredó de sus padres

mejoró ~~[illegible]~~ á fuerza de trabajo poniendo en él las

inteligencia mercantil

disparos, los prusianos le dejaron seco.

aprendió

cuanto hay que saber en

un negocio bien montado, y

habrían

comercio

canastillas

inútiles

cuñón

equipos

rica

equipos

, honradéz y tino de Pepe Samaniego. La tienda estaría en una casa nueva de la subida á Santa Cruz, frente por frente á la calle de Pontejos, y sus escaparates serían de seguro los más vistosos y elegantes de Madrid. Inauguración, el 1.º de Septiembre.

Samaniego estaba en París haciendo compras, y en la fecha á que esto se refiere, ya empezaban á venir algunas cajas [illegible] en la Aduana [illegible] de Irún había muchas más esperando despacho. En la tienda provisional, que estaba próxima á la definitiva, había ya mucho [illegible] hacer. Aurora, [illegible] oficialas habilísimas, estaba disponiendo las piezas-modelo que se habían de presentar en los primeros días, como muestras de las ricas confecciones de la casa. [illegible] entre [illegible] oleada de batista con espuma de encajes riquísimos, cortando y probando, [illegible] puntada aquí [illegible] allá, gobernando su [illegible] de cosedoras con tanta inteligencia como [illegible]idad.

Por las noches, cuando llegaba á su casa, rendida, su madre gustaba de que estuvieran presentes doña Lupe, Fortunata ó las demás amigas, para dar rienda suelta á su vanidad, [illegible] encantando las maravillas del establecimiento *único en Madrid*, en que Aurora iba á lucir su admirable disposición y habilidad.

En cuanto la veía entrar, [illegible] se le iluminaba el rostro, y ya no se hablaba más que del establecimiento y de las cosas no vistas que en él admiraría el Madrid elegante. Las cuatro mujeres no paraban el pico hasta las doce, y por eso Ballester aquella noche, al ver que se armaba el nublado de ropa blanca, cogió por un brazo á Maxi y le dijo: "Nosotros nos vamos á ver una pieccita en Variedades." Dicho se está que Olimpia, [illegible] su mamá [illegible], seguía posada en el antepecho del balcón, viendo pasar la sombra melancólica del crítico y arrojándole

desde arriba alguna palabrilla, ~~cuando él se pa-~~
~~raba debajo del balcón.~~

"Estarás muy cansada, siéntate—decía doña Casta á su hija, armando el corrillo.—¿Cómo va eso?

—Hoy han estado probando el gas en la nueva tienda. Será una cosa espléndida. Ya están llegando cajas de novedades, cosas, ¡ay! tan bonitas, que en Madrid no se ha visto nada igual. Aquí no saben poner escaparates. Verán, verán el nuestro. Figuritas de terracotta, pecheras y estuches de piel de cocodrilo, chuchherías monísimas de níquel, pañuelos de gran novedad, corbatas, en fin, veinte mil cosillas para llamar la atención, y hacer que la gente se pare y entre á comprar algo. Después que entran, se les enseña más, se les *hace ver* esta y la otra cosa de precio, se les engatusa, y al fin caen. Los tenderos de aquí apenas tienen el arte del , y en cuanto al arte de vender, pocos lo poseen. Hay muchos que pertenecen todavía á la escuela de Estupiñá.

—Yo creo—dijo doña Lupe con expresión avariciosa,—que Pepe Samaniego va á hacer un gran negocio. Madrid está por explotar. Todo en tener pesquis. ¡Oh! pues en el ramo de Farmacia, Dios mío, hay una verdadera mina. Yo estoy bregando con Maxi para que invente, para que ~~le su nombre á al~~ *panacea*. Pero ~~como si se lo dijera á esa~~ ~~estatua~~ nos hemos vuelto todos muy morales y muy ~~puritanos~~. Vean por qué esta nación no ~~prospera~~, y los extranjeros nos explotan llevándose todo el dinero.

Esta última frase llevó la conversación al terreno primitivo, del cual se había desviado un poco con aquello de la panacea.

"Por eso—dijo doña Casta,—un establecimiento montado como los mejores del extranjero no puede menos de hacerse de oro, porque habiéndolo aquí, las señoras de la grandeza no tendrán que ir á Bayona y á Biarritz á comprar la última novedad.

Aurora entró un instante para adentro á tomarse una pequeña colación que su madre le guardaba, volvió con un platito en una mano y una cucharilla en la otra. Era compota de ciruelas lo que tomaba, con un pedazo de rosca.

"¿Ustedes gustan?... Pues decía que en las cajas que en Irún vienen unos trajecitos de niños, de punto, que ha de [illegible]ción. El modelo llegó ayer en gran velocidad, y también vino un fichú del cual estamos haciendo imitaciones de clase inferior, con puntilla ordinaria. Verán, verán ustedes... Pues la enagua de bautizo que estamos [illegible]ndo con encaje *valenciennes* no se podrá poner menos de dos mil francos. (Aurora tenía la costumbre de contar siempre [illegible] francos). Es [illegible] verdadera ~~obra de arte~~ La traeré aquí cuando esté acabada para que la vean ustedes.

—Mejor será que vayamos nosotras allá—dijo doña Lupe,—y así veremos todo antes de que se abra al público.

~~—Bueno, ya les avisaré cuando estén los trabajos más adelantados.~~

Fortunata decía también algo, aunque no mucho, porque ~~en realidad aquello~~ no despertaba en ella gran interés. Después que apuró el platillo de la compota, volvió Aurora para adentro, y trajo unas yemas ~~Eran muy~~ golosas. Ofreció una á Fortunata que la tomó, y doña Casta se dispuso á ~~ofrecer~~ á sus amigas vasos de agua. Ponía esta señora sus cinco sentidos en los botijos para ~~refrescar~~ el agua, y tenía á gala el que en ninguna parte hubiese ~~agua~~ más fresca y rica ~~que la de~~ su casa. Después de traer un plato con azucarillos, fué á ~~sacar agua~~ de los botijos, pues eran varios, y en ellos graduaba la temperatura, poniéndolos ó no en el balcón; doña Lupe la ayudaba en ~~esta faena~~ y en tanto Aurora le pasó á Fortunata el brazo por la cintura y ambas salieron al balcón. Cada una se comía una yema de ~~chocolate~~, y después tomaron otra de ~~chocolate~~.

29

~~Fortunata le clavó los dientes y mirando á su amiga se sonreía.~~

~~Salieron como he dicho al balcón de la sala, y allí~~ lejos del oído impertinente de doña Lupe y doña Casta, Aurora se secreteó con Fortunata:

"Se han ido todos esta tarde... El primo Manolo ~~Moreno se ha ido~~ también con ellos.

V

Aquí ~~[illegible]~~ bien decir que Fortunata y ~~Aurora~~ se habían hecho muy amigas. ~~La hija de Samaniego~~ mostraba á la ~~señora~~ de Rubín una gran simpatía, y con esta simpatía y la dulce confianza que de ella emanaba, ~~apoderóse poco á poco de todos sus secretos. Fortunata había estado al principio algo recelosa; no quería confiarse; pero la otra le metía los dedos en la boca, como se suele decir, mostrábale interés y compasión muy vivas~~, y por fin ~~conquistaba su confianza~~ con el verdadero derroche de indulgencia que en favor de ~~los~~ faltas ~~de Fortunata~~ hacía. Por de contado, estas intimidades sólo tenían lugar á espaldas de doña Lupe y muy lejos de doña Casta, pues ni una ni otra habrían consentido que tales temas se trajesen á las honestas y decorosas conversaciones de aquella casa.

L

(seguido)

va

cuadra

la viuda de Fenelón

Esta

sus

, apoderóse poco á poco ~~á poco~~ de todos sus secretos. (esta frase se ha quitado mas arriba. Aprovechada)

Enlazadas por la cintura, brazo con brazo, estuvieron un rato las dos mujeres sin decirse nada, comiéndose las yemas y mirando á la calle. De pronto se echó á reir Aurora.

"Mira el tonto de [illegible], haciéndole cucamonas á Olimpia. ¡Habrá mentecato! Yo creo que mi hermana es la única mujer que en el mundo existe capáz de querer á un crítico. Merecería en castigo casarse con él. [illegible], si no fuera mi hermana, le desearía ese castigo.

Fortunata se estuvo riendo un rato.

"Vaya, que está apurado el hombre—decía—Le hace señas para que baje... Sí, ahora va á bajar. Estás tú fresco... Será que le quiere dar uno de esos artículos que escribe y en los cuales cuenta el argumento de los dramas y de las novelas... Vaya, hombre, no te apures, que ya le hablarás otra noche. Esta noche no puede ser... ¡Qué pesados son estos novios! ¿verdad?

Pasado otro rato, y cuando los brazos se desenlazaron las cinturas y ambas estaban limpiándose los dedos en sus respectivos pañuelos, Aurora volvió á decir:

"Pues sí, todos se fueron esta tarde y el primo Moreno con ellos. Creo que van á San Juan de Luz.

Fortunata volvió la cara para el balcón del gabinete, donde estaba Olimpia. Después miró á su amiga, diciéndole en tono muy seco: "Van á San Sebastián y á Biarritz, y á principios de Septiembre irán todos á París.

—[illegible]—dijo doña Casta, tocándoles en los hombros.—¿De qué agua quieren ustedes?... ¿*Progreso* ó Lozoya?

—Lo mismo me da, [illegible]—dijo Fortunata.

—Toma Lozoya, y créeme—insinuó doña Lupe, que estaba con su vaso en la mano.—Por más que diga [illegible], *Progreso* es un poquito salobre.

—Eso va en gustos... Y también influye el hábito—[illegible] Casta con la suficiencia y formalidad de un catador de vinos.—Como yo me he criado bebiendo el agua de *Pontejos*, que es la misma que la de la Merced, que hoy llaman

Progreso, toda otra agua me parece que sabe á fango.

No insistiré en lo mucho que se dijo sobre este tratado de las aguas de Madrid. Fortunata y Aurora siguieron paseando en el balcón, mientras doña Lupe y doña Casta lo hacían dentro. Las once y media serían cuando las mujeres que en el balcón estaban sintieron la voz de Ballester. Este y Maxi las miraban desde la acera de enfrente.

"Si bajan ustedes—gritó Ballester—las espero aquí.

—Olimpia—gritó Ballester. —Venimos de ver la obra que se estrenó anteanoche. ¿Qué mala es! ¿Tiene usted ya noticias de ella?

—¿Yo?... ¿Qué está usted diciendo?

—Como usted se trata con autoridades...

Al decir esto pasaba el crítico cerca de ellos.

"Oiga usted, Olimpia... La obra es una ferocidad; pero los amigos del autor dicen que es un portento. Quisiera yo verlos para que me dijeran á mí por qué engañan de este modo al público.

—Déjeme usted en paz... ¡Qué tonto es usted!—replicó Olimpia, y se metió para adentro.

—¿Bajais ó no?—dijo Maxi, y su mujer le contestó que esperase en la botica, que ellas bajarían. Aurora y Fortunata miraban riendo al crítico, que iba escapado por la calle arriba, como alma que lleva el diablo.

Retiráronse los de Rubín á su domicilio, teniendo ambas señoras la satisfacción de ver á Maxi tan mejorado de los desórdenes cerebrales de aquella mañana, que no parecía el mismo hombre. Síntomas favorables eran la obediencia á todo lo que se mandaba, y lo juicioso y sosegado de sus respuestas. Aquella noche durmió con tranquilidad, y nada ocurrió que saliera del cánon ordinario. A la tarde siguiente convinieron Fortunata y Maxi en dar un paseo á Atocha. Fué ella á buscarle á la botica á la hora convenida, y no le encontró. "Ha ido á cortarse el pelo—le dijo Ballester, ofreciéndole una silla. — Con las murrias de estos últimos tiempos, el pobre no caía en la cuenta de que se iba poniendo como los poetas melenudos... Yo le he mandado que se trasquilase esta misma tarde. Tenga usted presente una cosa: hay que imponérsele, combatirle el abandono, las lecturas y no consentir que se

32

ensimisme. Antes que dejarle caer en las melancolías, vale más darle un disgusto. Yo siempre le hablo gordo, y crea usted... me ha cogido miedo. Es lo que hace falta.

—¡Pobrecito!...—exclamó Fortunata.—Pero vea usted por dónde le ha dado. Yo no he visto un desatinar semejante.

Ballester, que en aquel momento tenía poco que hacer, dejólo todo por atender galantemente á la señora de su amigo y serle grato en lo que de él dependiera. Era hombre que tenía que contenerse mucho para no ser galante y aun atrevido con cualquier mujer en cuya presencia estuviese. Con Fortunata se había permitido alguna vez tal cual broma; aquel día se permitió más. Llevándose los dedos á su rebelde cabellera para hacer con ellos peines, se la atuló, y arqueando el cuerpo, se inclinó hacia ella para decirle sonriendo:

"Muy triste está usted desde ayer... No, no me lo niegue usted... ¿Pues yo no veo lo que pasa? ¿no leo en las caras?

—Pues en la mía poco habrá leído usted.

—Más de lo que usted piensa... Leo la Biblia, pasajes tiernísimos...

—¡Ay, qué majadero!

—¡Oh! á mí no se me escapa nada... Considero que hay motivos para que usted esté tan triste... Pero hay otra cosa... á mí me gusta remontarme á los orígenes, me gusta buscar el por qué, y francamente, cuando miro ese por qué, no puedo menos de lamentar la equivocación que usted viene padeciendo desde tiempos remotos.

Fortunata le miraba sonriendo, porque no creía que debía enojarse.

"Sí, no puedo menos de deplorar—prosiguió Ballester inflándose,—que usted sea tan consecuente con personas que no lo merecen... Habiendo en el mundo tanto corazón leal, ir á buscar precisamente el más inconstante y...

—Qué disparates está usted diciendo...

—¡Oh! no son disparates—dijo el farmacéutico, dando dos ó tres pasos delante de ella y procurando que dichos pasos fueran todo lo airosos posible.—Por ejemplo... sea usted indulgente con mi atrevimiento y no se ofenda. Yo así; siempre he sido muy sincero, y cuando una idea quiere salir de mí, le abro la puerta para que salga, porque si la dejo dentro, viento. Pues decía... ¿se va usted á enfadar?"

—No, hombre, ¿que me voy á enfadar yo? Suéltela, suéltela.

—Pues decía... (Ballester tomaba una actitud que á él le parecía [redacted]), que á quien debiera usted querer es á mí... Ya ve usted que no me muerdo la lengua.

—¡Ay, qué gracia! Me gusta usted por lo corto de genio.

—Al pan pan y al vino vino. Quiérame usted á mí, y verá lo que es corazón amante, [redacted]. Pero le advierto una cosa...

—¿Qué?

—Que si se decide á quererme... Usted no se decidirá, pero si se decide, tenga cuidado de no decírmelo de sopetón... porque me moriré de gusto... Decía como una descarga eléctrica.

—Esté usted tranquilo... Sí, se lo iré diciendo á usted poco á poco... preparándole, como cuando se dan las malas noticias...

—No tanto, no tanto...

—Vaya que es usted malo... Aquí, entre tanta medicina, no hay nada que le cure la cabeza.

—Pues si lo hubiera, amiga mía, si lo hubiera... Y creen muchos que la peor cabeza de esta casa es la del pobre Maxi, cuando la mía es un volcán. Verdad, que una palabra de quien yo me sé me haría la persona más sana y más feliz de la tierra...

[redacted] que entraba [redacted], y dió otro giro á su charla.

"Aquí le estaba diciendo á su [redacted], que le voy á dar unas píldoras... Dios, qué píldoras...

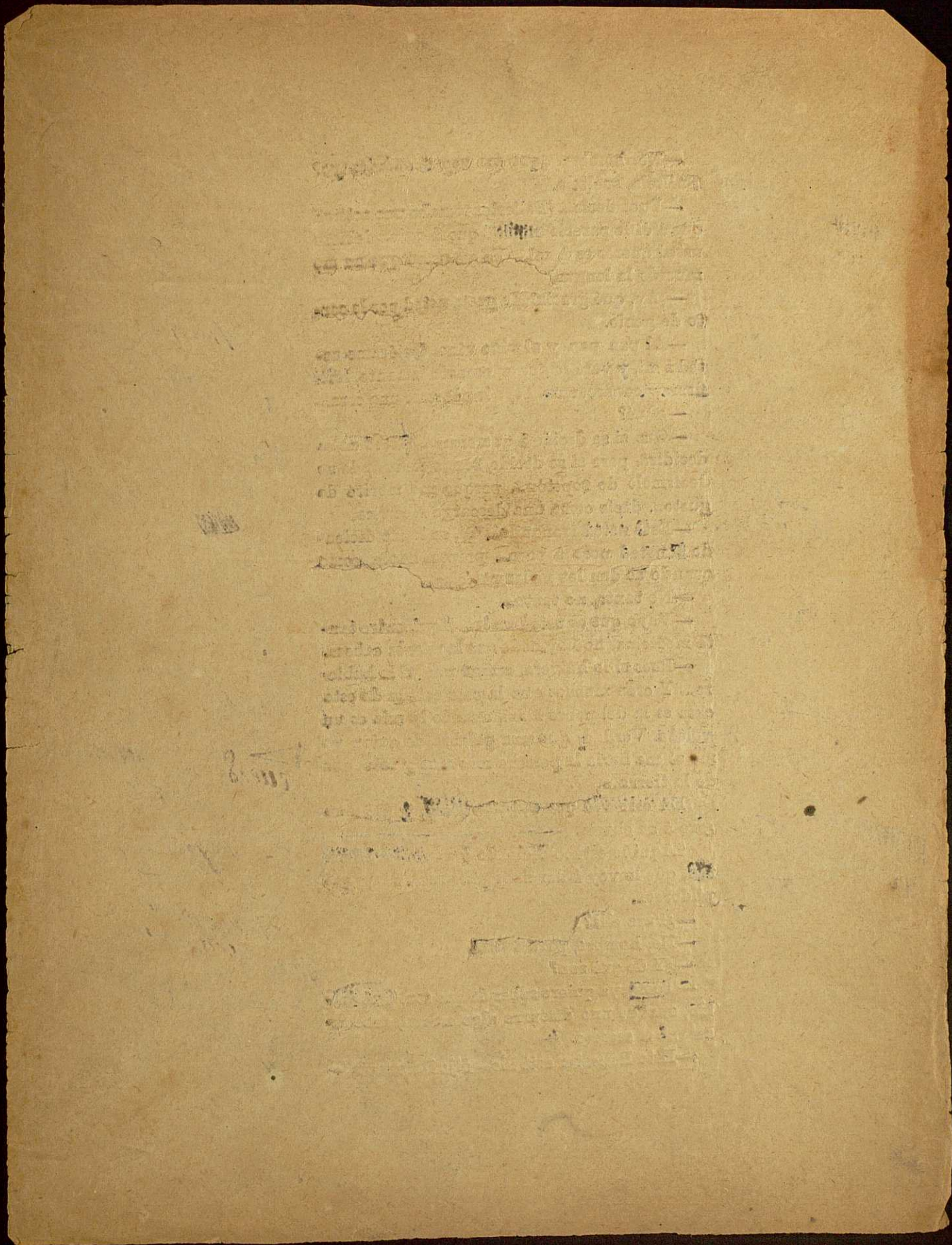
—¿Para ella?

—No, hombre, para usted.

—¿Y de qué son?

—Toma, ya quiere saber de que son. [redacted], cuando uno discurre algo nuevo, debe reservar el secreto.

—Este Ballester está ido—dijo Fortunata.—



Vámonos.

—Yo no tomo [redacted] sin saber la composición—indicó Maxi[redacted] con la mayor buena fé.

—Estos [redacted] felices son muy impertinentes. Todo lo quieren [redacted]... ¡Y ahora se va[redacted] de paseito[redacted] ¡Qué [redacted] ¡Luégo se queja [redacted]... ([redacted] tir[redacted] de una oreja), se queja de vicio... el niño mimado de la Providencia... Abur, divertirse.

Salió á despedirles á la puerta de la botica y allí se puso muy tieso estirándose todo lo posible sobre la base de sus zapatillas, y [redacted] hasta que [redacted] desaparec[redacted] en lo alto de la calle.

VI

Iban pasando los cansados días del verano, que es en Madrid la estación de las tristezas, porque el sueño y el apetito escasean, la sociedad disminuye, y los que aquí se quedan parece que comen el pan de la emigración. En la familia de Rubín nada ocurría de particular, pues Maxi[redacted] no [redacted], aunque todas las mañanas tenía su excitación correspondiente, más ó menos [redacted] Siempre consistía en el miedo de traiciones ó asechanzas contra su honor, en el recelo de que su tía y su esposa no le cuidaban como antes, y una viva desconfianza de todos y de todo, pero mientras no llegase á un grado de furor como el de la célebre mañana del arsénico, las dos mujeres [redacted] llev[redacted] con paciencia. De noche, las depresiones se manifestaban levemente, y á veces no se conocían. [redacted] Ballester, y ésto había conseguido, combinando la persuasión con la [redacted] apartarle en absoluto de [redacted] lecturas que favor[redacted] la concentración del ánimo.

Entre Fortunata y doña Lupe no era todo concordia, como se puede haber comprendido,

pues la señora de Jáuregui, observadora sagaz, había comprendido que desde principios de Junio su sobrina ~~callejeaba más de la cuenta, y además del callejeo había otros síntomas muy malos~~, que la doctora descubría en el entrecejo, en la voz y en ciertos descuidos de Fortunata, que no eran maestría, ni mucho menos, en disimulo. No necesitaba doña Lupe que ninguna amiga chismosa le fuera con el cuento. Todas las personas relacionadas con la familia de Rubín ~~sabían~~ la historia de la mujer de Maxi, y el dramático papel que desempeñaba en ella el señorito de Santa Cruz. Algunas, quizás, tenían ~~conocimiento~~ de aquella tercera salida de la aventurera al campo de su loca ilusión; pero nadie se atrevió á llevar el cuento á ~~la señora~~. Esta, no obstante, lo sabía por obra del puro cálculo y de ~~[illegible]~~. Arrancóse una vez á ~~echarle los tiempos~~ á su sobrina "para que no crea —le decía— que me trago sus mentiras y que estoy aquí haciendo el papamoscas. Pero Fortunata recordó al instante las lecciones de su amigo Feijóo, trazó la raya divisoria que éste le recomendara, y vino á decir en sustancia: "de aquí para allá, señora, gobierna usted; de aquí para acá, están *mis cosas* y en ellas no tiene usted que meterse.

No se dió por vencida la orgullosa viuda del alabardero, y volvió á la carga dos ó tres veces ~~diciendo~~: "Si el pobre Maxi estuviera bueno, él te arreglaría como cumple á todo hombre que se estima; pero está ~~enfermo~~, y tengo que tomar yo á mi cargo el decoro de la familia. Me he dicho mil veces: "¿daré el estallido ó no daré el estallido?„ En la situación de ese pobrecito, el estallido sería su muerte. Por eso me contengo y me trago todo el veneno. ¿Ves? mi cabeza se está llenando de canas desde que veo estas ignominias sin poderlas ~~castigar ni~~ remediar...

Fortunata volvió el rostro para ocultar sus lágrimas. Esta escena ocurría en el gabinete, hallándose las dos cosiendo sus trajes de verano.

"Después de lo que pasó en Noviembre del año pasado—prosiguió la viuda con serenidad que espantaba,—después de tu enmienda verdadera ó falsa; después que se te perdonó (y por mi voto no se te habría perdonado); después que se echó tierra al horrible crimen, me parece que estabas obligada á portarte de otra manera. No vengas ahora con lagrimitas que han de parecer pura hipocresía. Porque yo digo una cosa, y eme atentamente:

Doña Lupe dejó la costura y se preparó á hablar como los oradores de profesión. Una [illegible] sería, no digo disculpable, pero en fin, sería menos horrenda si procediera de otra manera, tomando consejo de las personas mayores en edad, saber y gobierno. Yo me pongo en el caso de una mujer que siente una pasión antigua muy honda y que no se puede sofocar. Hay casos, y verdaderamente esto es para mirarlo despacio. Pues si tú hubieras venido á mí y me hubieras dicho: "Tía, esto me pasa. Me persiguen; yo no sé si podré defenderme; soy débil; ayúdeme usted...„ ¡Oh! la cosa variaba mucho. Porque yo te habría dirigido, yo te habría dado fortaleza, consuelo... Pero no se te antoja campar por tus respetos, y hacer y acontecer, como una mozuela sin juicio... Eso es un disparate: ahí tienes, ahí tienes el motivo de todas tus desgracias, el no contar para nada con las personas que deben guiarte, que tendrían mucho gusto en hacerlo. Total; que cuando acudas en demanda de consejo ya será tarde, y esas personas te dirán: "Entiénde ahora y húndete, y cúbrete de vergüenza y date á los demonios.

Pronunciada esta elocuente filípica, continuó doña Lupe un buen espacio de tiempo dando resoplidos, y Fortunata no levantaba los ojos de su costura. [illegible]

caba de quicio era que Fortunata no se pusiese bajo su protección ni aun para faltar. Todo el hermoso plan educativo que la señora había acariciado en su mente estaba por los suelos. Fortunata se gobernaba sola en las cosas pertinentes á su corazón, precisamente las que mayor lucimiento habrían proporcionado á la maestra.

Fortunata discurría sobre la extrañeza de aquellos conceptos de [illegible] parecía dispuesta á ciertos temperamentos indulgentes en caso de que se la consultara, y de que se la tuviera por dispensadora infalible de protección y por definidora de la moral. "Esta quiere ser el Papa—pensaba [illegible],—y con tal que la hagan Papa, se aviene á todo. Pero lo que es por mí...„ A Fortunata le repugnaba la moral de doña Lupe, en la cual entreveía más soberbia que rectitud, ó una rectitud adaptada á la soberbia, de lo que resultaba una conciencia algo jesuítica. No se conformaba esto con las ideas absolutas de la joven criminal. Ella quería para sus actos la absolución completa ó la completa condenación. Infierno ó Cielo, y nada más. Por supuesto, en su ingenua apreciación de las cosas, considerábase merecedora de la gloria eterna, y por esto las insinuaciones de doña Lupe le parecían ridículas. Para nada necesitaba de sus consejos ni de su protección. Ella se las componía sola mucho mejor, y cualquiera que fuese su destino no necesitaba tutor. Sus acciones eran decisivas, rectilíneas, iba á ellas disparada como proyectil que sale del cañón.

Enterada doña Lupe, en aquellos secreteos confidenciales que con su amiga Casta tenía, de que los de Santa Cruz se habían marchado á veranear, tomó pié de esta circunstancia para endilgarle á su sobrina otro discurso, aunque en tono menos catilinario que los anteriores.

Era aquella señora esencialmente gubernamental, y edificaba siempre sobre la basa sólida de los hechos consumados todos sus planes y raciocinios. "Mira tú por donde podríamos lle-

M.C.D.2020

gar á una avenencia—dijo una tarde que la volvió á coger á mano para el caso.—He sabido que la persona que te trastorna no está ya en Madrid. ¿Qué mejor ocasión quieres para emprender una reforma de tu estado interior, que está como una casa en ruinas? Yo estoy dispuesta á ayudarte todo lo que pueda. No debiera hacerlo; pero tengo caridad y me hago cargo de las flaquezas humanas. Otra tomaría por la calle de en medio; yo creo que en cosas tan delicadas es preciso proceder con cierto ten con ten. Habrías de empezar por ponerme al tanto de todo, por referirme hasta los menores detalles, entiéndelo bien, hasta los menores detalles; por ponerme al tanto de lo que piensas, de lo que sientes, de las tentaciones que te dan por la mañana, por la tarde y por la noche; en fin, habías de declarar todos, toditos los síntomas de [illegible], y darme palabra de hacer cuanto yo te mandare.„ Doña Lupe hablaba como si tuviera en el bolsillo las recetas para todos los casos patológicos del alma. Como fuese preciso curarlos, más que mandar á Papitos con ellas á la botica próxima para traer gratis las medicinas y administrarlas.

Por cumplir, más que por gusto, Fortunata tuvo la condescendencia de decir algo, reservando como es natural lo más [illegible]. Doña Lupe se entusiasmó tanto con aquella muestra de sumisión, que hizo gala de sus facultades profesionales, [illegible] "Te aseguro que si [illegible] obediente te quitaré eso de la cabeza y serás la que no eres, un modelo de mujeres casadas. Por de pronto, me comprometo á que no vuelvas á caer, aun en el caso de que se te tendiera el lazo otra vez. ¡Vaya, con el caballerito! Es cosa de dar parte á la policía. Tú déjate llevar, pon el pleito en mis manos, déjame á mí... y verás. Apuestas á que me planto un día en casa de doña Bárbara y le canto clarito? Tú no sabes quién soy, tú no me conoces, y has sido tan tonta que no has querido valerte de mí... Bien merecido tienes lo que te pasa. Pues lo que es ahora, que quieras que no, tomo cartas en el asunto... Has de concluir por adorarme como se adora á una madre.

Y al finalizar estaba doña Lupe radiante. Casi casi se aventuró á hacer á su sobrina una maternal caricia; tan gozosa y satisfecha estaba. Un pensamiento ~~magín~~ reservaba en la hoja más escondida de su gramática parda. Ni la sombra de este pensamiento dejaba entrever á ~~su sobrina~~. Guardábalo para sí y se recreaba con él á solas. "¿Le habrá dado dinero?" ~~Esto pensaba concluyendo por~~ contestarse afirmativamente. "Tiene que haberle dado algo, quizás grandes cantidades. ¿Pero dónde demonios las tiene? ¿Qué hace que no me las da para que se las coloque? Como si lo viera. Es que tiene vergüenza de poner en mis manos dinero adquirido por tales medios. ~~Tonterías, porque lo natural es~~ ~~que~~ eso, es que le da vergüenza de decírmelo. Pero al fin ello saldrá."

Y una tarde que Fortunata había ido de paseo con su marido, la gran doña Lupe, no pudiendo enfrenar por más tiempo su curiosidad, mandó á Papitos á un recado, por quedarse sola, y con determinación admirable hizo un registro en la cómoda y baúl de Fortunata. Valiéndose del sin fin de llaves que tenía, abrió todos los cajones y revolvió cuidadosamente, esmerándose en dejar todas las cosas, después de bien examinadas, en la misma disposición que antes tenían. Este proceder jesuítico lo practicaba siempre que metía sus manos escudriñadoras allí donde no debían estar. Busca por allí, busca por allá, y nada. Pero los billetes se esconden tan fácilmente, que no hay manera de encontrarlos. Tenía doña Lupe tan fino ~~instinto~~ para descubrir dinero, que estaba segura de encontrar los billetes si los había. "¿Tendrálos cosidos en la ropa?—pensó.—Puede ser. Esa socarrona parece que no sabe nada, y sabe más..." En la cómoda no halló nada que á dinero se pareciese, ni tampoco cartas. Algunas joyas y chucherías vió que le parecieron recuerdo ó

prenda de amores; pero lo que es *guano*, [illegible] ni el olor.

"Es muy particular—decía registrando el baúl, después del reconocimiento minucioso que en la cómoda hizo.—¡Y no se comprende que siendo él tan rico y ella una pobre...! Pero el baúl, que sólo contenía ropas viejas, no dió tampoco nada de sí.—Pues tiene que haber algo...—insistió la señora,—tiene que haber algo. En alguna parte tiene el escondrijo. Dinero ó no hay dinero en el mundo."

Cansada de su inútil escrutinio y guardando las llaves, que formaban un grueso racimo digno del arsenal de una compañía de ladrones, doña Lupe se sentó á meditar, y poniéndose una mano sobre el pecho de algodón y acariciándoselo, se rascó con los dedos de la otra la frente allí donde principia el cabello, como quien estimula la [illegible] de una idea, y dijo: "Pues si efectivamente no tiene nada, hay que reconocer que ese hombre es el mayor de los indecentes."

VII

Apretaba el calor, y las escenas que he descrito se repetian, reproduciéndose con ese amaneramiento que suele tomar la vida humana en ciertos periodos. Los paseitos por la noche para tomar el tranvía del *barrio*; las excursiones á algún teatro de verano; las tertulias en casa de [illegible] ó de Rubín; las garatusas del crítico en la calle; la romántica figura de Olimpia colgada en el balcón como una muestra ó insignia que dijera: "Aquí se ama por lo fino," las extravagancias de Ballester; los espasmos de Maxi, todo continuaba repitiéndose de día en día con regularidad de prospecto. Aurora y Fortunata echaban largos párrafos á solas, comiendo yemas ó dátiles, pues ambas eran golosas, y doña Casta y su amiga doña Lupe habian ido varias veces á hocicuear en el establecimiento, aún no inaugurado, de Pepe Samaniego, haciéndose lenguas de todo lo que por él veian y admiraban.

En Agosto ocurrió algo que no estaba en el programa, y fué del modo siguiente. Una mañana fué Torquemada á ver á doña Lupe para tratar de negocios. Con su traje de verano, tenía el buen D. Francisco aspecto semejante al de los militares que vienen de Cuba, pues sobre el trajecito azul se había encasquetado un sombrero de paja de ala ancha. Su camisa, de rayas color, parecía la bandera de los Estados Unidos, y para recalcar más su facha americana, llevaba una joya en la corbata y una cadena de reloj interminable, que le daba muchas vueltas de una parte á otra del pecho. Los pantalones eran tan cortos, que al sentarse se le veía media pierna. Allí venía bien decir que el *difunto era más chico*. Todo ello parecía prendas heredadas ó venidas á su poder por secuestro ó embargo judicial. Serviale el sombrero de abanico, cuando estaba en visita, con la ventaja de que las personas circunstantes participaban de la ventilación que daba aquella prenda tan bien manejada.

Un rato llevaban de interesante conversación, cuando sonó la campanilla, y á poco entró Maxi en el gabinete, que era donde su tía y don Francisco estaban. Fortunata planchaba aquel día. En cuanto vió á su marido, fué á ver qué se le ofrecía, pues algo desusado debía de ser. A tal hora, las diez de la mañana, no venía jamás á casa el pobre chico. Echóse un pañuelo por los hombros, porque el calor de la plancha la obligaba estar muy al fresco, y entró en el gabinete. Lo mismo ella que su tía se pasmaron de ver en el semblante de Maximiliano una alegría inusitada. Los ojos le brillaban, y hasta en la manera de saludar á D. Francisco advirtieron algo extraño, que les llenó de alarma. "Hola, D. Paco; yo bien, ¿y usted... y ustedes? Silvia y Rufinita, siguen tomando los baños del Manzanares?„ Este lenguaje tan suelto y confianzudo, era lo más contrario al temperamento y á la timidéz de Maxi.

"¿Qué traes por aquí á esta hora?—le preguntó su tía, disimulando su sorpresa.

Fortunata le examinaba atentamente, sentada lejos del grupo principal, en una silla próxima á la puerta de la alcoba de doña Lupe. El no se sentó, y después de aquel saludo tan

campechano que le echó al usurero, se puso de espaldas al balcón con las manos en los bolsillos, mirando á todos como quien espera recibir felicitaciones:

"Pues nada—dijo,—que estoy de enhorabuena.

—Qué, ¿te ha caído la lotería?

—No es eso... ¿Para qué quiero yo loterías? Ni falta... Es mucho más que eso, porque he encontrado lo que buscaba. Ya le dije á usted que estaba pensando, que sólo me faltaba una fórmula para completar...

—¡La combinación!... Pues qué, ¿has encontrado la *panacea*?—expresó doña Lupe con animación.

—No es mal nombre si usted se lo quiere dar—dijo, exaltándose más á cada palabra. De *pan*, que significa todo *iceas*, que es lo mismo que decir remedio. Que lo cura todo, vamos...

—¡Gracias á Dios que haces algo de provecho!—declaró doña Lupe, aunque observando las miradas de Maxi, cuyo resplandor de alegría era enteramente febril, no las cenía todas consigo.

—Anoche estuve toda la noche discurriendo exprosiendo él muy intranquilo porque al plan, mejor dicho, al sistema no le faltaba más que una fórmula para estar completo... La maldita fórmula... Por fin, ahora, hace un ratito, se me ocurrió dí un brinco de alegría. Ballester, que no comprende esto, ni lo comprenderá nunca, se enfadó conmigo y no me quería dar papel y tinta para extender la fórmula y dejarla consignada... Témo que se me escape, que se me vaya de la cabeza... mi memoria es una jaula abierta, y los pájaros se van...

Doña Lupe y Fortunata se miraron con tristeza.

"Bueno—dijo la de Jáuregui, viendo que lo venía encima una nube.—Tranquilízate, escribirás la fórmula, harás tu *panacea*, tendrá un gran éxito y ganarémos mucho dinero.

—¡Ah!...—exclamó él con la expresión que se da á toda idea de un trabajo excesivo.—No crea usted... para exponer el sistema completo con claridad bastante para que de todos sea comprendido, se necesita trabajar mucho... Tendré que pasar muchas noches en claro. No im-

porta; cuando esto ~~se conozca~~, verán ustedes adquiriré una reputación y una gloria tan grandes que...

—Adios mi dinero—murmuró doña Lupe, y Fortunata dijo para sí algo parecido.

—El problema que ~~faltaba que~~ resolver—dijo Maxi acercándose á su tía y ~~haciendo ges~~tos de persuasión,—era el de la emanación de las almas. ¿De dónde emana el alma? ¿Es parte de la sustancia divina, que se encarna con la vida y se desencarna con la muerte para volver á su origen?... ¿ó es una creación accidental ~~determinada~~ por Dios, subsistiendo siempre impersonal? Aquí estaba ~~la dificultad~~.

Doña Lupe dió un gran suspiro, y miraba á D. Francisco que guiñaba los ojos de una manera entre burlesca y compasiva.

"¡Hijo por Dios!—dijo Fortunata acercándose,—no discurras esas cosas que dan dolor de cabeza... Sí, está muy bien; pero todo lo que hay que averiguar sobre esto, está ya averiguado... No te calientes la cabeza.

—Querida mía ~~[illegible]~~ rechazándola con dulzura—si en este *vía crucis* de trabajos, persecuciones, que me espera; si en el camino doloroso y glorioso de este apostolado, no me quieres acompañar tú, lo sentiré por tí más que por mí; pero tú al fin vendrás. ¿Cómo no, si eres pecadora, y para los pecadores, para su redención y para su salvación es para lo que yo pienso lo que pienso y propongo lo que propongo?

Fortunata volvió á la apartada silla en que antes estuvo, y doña Lupe, después de llevarse las manos á la cabeza, hizo un gesto de conformidad cristiana. Le faltaba poco para echarse á llorar. En este punto creyó oportuno Torquemada intervenir, con esperanza de que sus ~~prudentes~~ y discretas razones enderezaran el torcido *intellectus* del desdichado joven. "Mire usted, amigo Maximiliano, yo creo que todo lo que debemos saber sobre eso, ya ~~lo sabemos~~. Y lo que no, más vale que no lo sepamos... porque el mucho ~~discurrir~~ le quita á uno la fé. Esta vida no es más que un mediano pasar: así lo encontramos y así lo hemos de dejar; y por mucho que ~~nos devanemos los sesos~~ no ha de ~~salir otra vida mejor~~. "Ganarás el pan con el sudor de tu frente,„ dijo quien dijo, y no hay más.

¿Qué sacá usted de ponerse á cavilar sobre si el alma es esto ó aquello? Si al fin nos hemos de morir. Tengamos la conciencia tranquila; no hagamos cosas malas, y ruede la bola... y no temamos el materialismo de la muerte; que al fin polvo somos, y...

—Basta, no siga usted—dijo Maxi cortándole el discurso.—Si usted es materialista, [illegible] conmigo no va con usted.

—No, si lo que yo digo es que el alma tiene el pago que merece, y como el cuerpo no es más que á la manera de un [illegible], cuando éste se pudre, á mí no me asusta el materialismo de hacerse uno polvo.

—Ya... comprendido—dijo [illegible] con mayor exaltación, y acentuando la contrariedad que experimentaba.—Usted es de la escuela de mi hermano Juan Pablo: *fuerza* y *materia*. Ya [illegible] remos eso. Yo predicaré mi doctrina; que predique Juan Pablo la suya y verémos quién se lleva tras sí á la humanidad.

Diciendo esto giró sobre un tacón, y rápidamente salió, marchándose á su cuarto. Su mujer tuvo la tentación de seguirle muy afligida. Maxi se sentó en la mesilla en que tenía algunos libros y recado de escribir. Su mujer puso la mano en el hombro de él y miró los garrapatos que trazaba con febril mano sobre un papel.

"Ved aquí fijados los puntos capitales—balbucía él, escribiendo.—"Solidaridad de sustancia espiritual. La encarnación es un procedimiento penitenciario. La muerte es la liberación, el indulto ó sea la vida. Procuremos obtenerla pronto...„

—Chico, descansa ahora un ratito—díjole su esposa, tratando de quitarle la pluma de la mano.—Bastante has trabajado hoy con esas cosas tan difíciles... Mañana seguirás... No, no creas que me parece mal; yo te ayudaré á pensar... hablarémos de esto. Yo también discurro...

Contra lo que esperaba, Maxi no manifestó [illegible]. Tenía su semblante [illegible] expresión seráfica; sus modales eran suavísimos y más parecía un iluminado [illegible] cuya demencia se elaboraba en la soledad de un claustro, que un insensato educado para [illegible] en los febriles apetitos de la sociedad presente.

parecia mas bien el
iluminado

"Tú también discurres—le dijo con dulzura.—Lo sé; tú piensas, porque sientes; tú me comprendes, porque amas. Has pecado, has padecido; pecar y padecer son dos aspectos de una misma cosa; por consiguiente, tienes el sentimiento de la liberación... Usando una parábola, te escuece en las muñecas el grillete de la vida.

Fortunata se quedó en ayunas de toda esta ~~metafísica~~ pero por no contrariarle, á todo decía que sí. "Lo que es por padecer no ha de quedar, porque toda mi vida ha sido un puro suplicio... Pero ahora no te ocupes más de eso, hijo mío.

Doña Lupe miraba por el hueco de la puerta entornada.

"Tú me ayudarás—prosiguió Maxi con verdadera unción—tú me ayudarás á propagar esta gran doctrina, resultado de tantas cavilaciones, y que no habría llegado á ser completamente mía sin la inspiración, sin el auxilio del Cielo. El gran misterio de la revelación se ha renovado en mí. Lo que sé, lo sé porque me lo ha dicho quien todo lo sabe.

Observó entonces que su tía le miraba y la veía, y con la mayor naturalidad del mundo extendió la mano para llamarla, y le dijo: "Tía, pase usted... Aquí no hablamos en secreto. También usted será conmigo en la inmensa... en la inmensa y dolorosa propaganda... Por cierto que no me explico, que no sé cómo ustedes dejan entrar aquí á ese materialista...

—¡Don Francisco...! hijo, ¿pues qué mal puede hacerte?

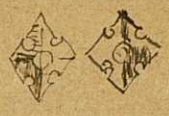
—Mucho, tía, mucho, porque todos los de esa infame secta me tienen de perseguir horriblemente, y si ese hombre sigue entrando en esta casa con tanta confianza, podría intentar el descrédito de mi sistema, desacreditándome en mi honor.

Y miraba á Fortunata como para buscar en su rostro la aseveración ó apoyo de lo que decía. Ella lo comprendió.

"Tiene razón, tía... ese materialista que no entre más aquí.

—Pues no entrará, hijo, no entrará. Yo le diré que se vaya con su materialismo á los infiernos.

M.C.D.2020



—¿Te sientes bien? ¿Quieres tomar algo?— le dijo Fortunata con cariño.

—Me siento tan bien como nunca me he sentido, créanmelo demostrando en su tono y semblante la placidéz de su alma. Desde que encontré la tan rebuscada fórmula, paréceme que soy otro... Antes mi vida era un martirio, ahora es toda alegría y paz. No me duele nada, me siento bien, no tengo ganas de comer ni de dormir...

—Pues es preciso que tomes algo.

—No lo necesito... créanmelo. Verán cómo no lo necesito. Verán. Si soy otro, si hay en mí lo menos posible de sustancia animal.

A Fortunata se le humedecieron los ojos. Poco después, cuando salió un instante, encontró á doña Lupe hecha un mar de lágrimas. "Está perdido—le dijo la señora de Jáureguí, —enteramente perdido... Ya esto no tiene soldadura.„

VIII

Aquella tarde pasaron las dos pobres mujeres ratos muy malos. Quedóse él como aletargado en el sofá de la alcoba, más propiamente en éxtasis, porque tenía los ojos abiertos, y no parecía enterarse de nada de lo que á su alrededor pasaba. Fortunata tomó su costura y se sentó al lado, esperando á ver en qué paraba aquello. Doña Lupe entraba y salía, dando suspiros y lloriqueando. Maxi parecía insensible. Al llegar la hora de comer se despabiló algo, resistiéndose á tomar alimento. Ellas no tenían ganas de probar bocado, y le instaban á él á que lo hiciese, empleando todos los medios de persuasión que se les ocurría. Por fin, doña Lupe obtuvo algún éxito, diciéndole: "No sé yo cómo vas á resistir esa vida de trabajos sin comer algo. Se dice de Cristo que ayunaba; pero no se dice que estuviera días y días sin probar bocado. Al contrario, su institución fundamental, la Eucaristía, la hizo en una cena...„

Con esto, Maxi se avino á tomar un plato de sopa y un poco de vino; pero de aquí no le hicieron pasar. Despues parecía más exaltado. Tomándole las manos á su mujer, le dijo:

"Yo no soy más que el precursor de esta gran doctrina; el verdadero Mesías de ella vendrá después, vendrá pronto. Quien todo lo sabe me lo ha dicho á mí.

Fortunata no entendía palotada.

Doña Lupe mandó recado á Ballester, que subiese á verle después de anochecido. No pudo vencer el farmacéutico su genio vivo y su tan mal humor, ni desplegar la habilidad que aquel caso exigía, aunque Fortunata le tiraba de los faldones de la levita para que tomase un tono más suave y contemporizador. Él no se podía contener: "Vaya con la que saca ahora... Pero, hombre de Dios, ¿á usted qué le importa que el alma venga de acá ó venga de allá? ¿Qué se mete usted en el bolsillo con esto? ¿Cree que le van á dar algo por arreglarlo? Anteayer me dió usted la gran jaqueca con aquello de *la cosa en sí*... Pues pongamos que sea *la cosa en no*. Yo digo que esto es música pura; *la cosa en sí bemol*. ¡Ah, qué tontitos nos hizo Dios y qué entrometidos! Porque esto de meter las narices en la eternidad, es una cosa que á Dios le debe cargar mucho. A nadie le gusta que le estén atisbando de cerca y viendo lo que hace ó deja de hacer. Por esto Dios, á todos los sobones y cantores que le siguen los pasos y cuentan las arrugas, les castiga volviéndoles tontos. Conque, saque usted la consecuencia. Parece mentira que un hombre que podría ser el más feliz del mundo, casado con esta perla de Oriente y sobrino de esta tía, que es otra perla, se devane los sesos por cosas que no le importan. Si nadie se lo ha de agradecer... En fin, que si estas señoras me autorizan, yo le curo á usted con el extracto de fresno administrado en vírgulas por la mañana y por la tarde."

Maxi le miraba con desdén, y el otro, viendo que sus sobruptos no hacían el efecto de otras veces, púsose más serio y tomó por otros rumbos. Al salir, acompañado hasta la puerta por las dos señoras, les dijo: "Le voy á dar el *hatchis* que está dando grandes resultados para combatir el abatimiento del ánimo, causante de las ideas lúgubres y de la manía religiosa. Produce efecto inmediato esta medicina. Verán ustedes... Si se le da á un anacoreta, en seguida se pone á bailar."

Como la nueva fase que el trastorno presentaba era absolutamente pacífica, tía y esposa, aunque disgustadísimas, estaban tranquilas. Maximiliano daba poco que hacer. Por las noches no se movía de la cama, y si bien es verdad que hablaba solo, lo hacía en voz baja, en el tono de los chicos que se aprenden la lección. Á pesar de esto, Fortunata se ponía tan nerviosa que no podía pegar los ojos en toda la noche, y dormía algunos ratos de día. El enfermo no iba ya á la botica, ni mostraba deseos de ir á parte alguna. Parecía caer en profunda apatía y reconcentrar toda su existencia en el hervidero callado y recóndito de sus propias ideas. Fuera de los paseos que daba en el comedor ó en la alcoba, no hacía ejercicio alguno. Después de la inapetencia de los primeros días, le entró un apetito voráz, que las dos mujeres tuvieron por buen síntoma. Estaban esclavizadas, porque no se atrevían á salir, dejándole sólo en la casa. A los ocho días, manifestó él deseos de salir; pero trataron de disuadirle. Estaba tranquilo, y como hablara de algo distinto de aquellas manías de la emanación del alma y de la doctrina que iba á predicar, se expresaba de la manera más sensata y razonable. Ni una violencia, ni siquiera las miradas recelosas é iracundas de otros días. Poco á poco iban siendo menos los ratos de extravío, y se pasaba largas horas completamente despejado y tratando de cualquier asunto con la mayor naturalidad. Fortunata hacía que le ayudase á estirar ó á devanar madejas, y él se prestaba á todo con sumisión; y doña Lupe solía encargarle que le hiciese alguna cuenta, y con esto se entretenía y nadie le tuviera por dañado en la parte más fina de la máquina humana. A principios de Septiembre, habiendo llegado á estar tres días sin mentar para nada aquella caballería andante del alma, las dos señoras estaban muy alegres confiando en que pasaría el ramalazo. Volvieron los paseos de

noche, y por fin salió solo, y reanudó sus trabajos en la botica, bajo la vigilancia de Ballester, que no le había querido dar el *hatchiss* hasta ver...

Fortunata tenía además otros motivos de hondísima pena. *Aquél* no le había escrito ni una sola [redacted], faltando á su solemne promesa. ¡Ingrato! Qué le costaba poner dos letras diciendo, por ejemplo: *Estoy bueno y te quiero siempre*. Pero nada, ni siquiera esto... [redacted]aba estas tristezas á su única confidente, Aurora, en aquellos ratos de [redacted] que las señoras mayores les permitían. La inauguración de la tienda de Samaniego, que se verificó hacia el 15 de Septiembre, tuvo á [redacted] muy atareada en aquellos días, y las dos amigas apenas tertuliaban, como no fuera los domingos. Fortunata iba alguna vez al taller, que estaba en el entresuelo de la tienda, y pasaban un rato admirando las preciosidades que allí había. Pocas veces se vió en un comercio de Madrid [redacted] movimiento y más claras señales de [redacted]. Las novedades de exquisito gusto traídas de París por Pepe Samaniego, atraían mucha gente, y las señoras caían y se enracimaban como las moscas en la miel. Los dependientes no tenían manos para enseñar, y Aurora estaba rendida de trabajo, porque los encargos de *trousseaux* y ajuares se sucedían sin interrupción. La camisería de hombres también daba mucho que hacer; más en esto no intervenía Aurora. Doña Casta no estaba tranquila el día en que no iba á meter las narices en la tienda y taller, para traerle luégo el cuento á doña Lupe de los encargos que había, y de lo que se estaba haciendo para la Casa Real y otras que sin ser reales tienen mucho dinero. Fortunata iba poco, por propia inspiración y también por consejo de [redacted], pues no convenía que la viese Candelaria, esposa de Samaniego y hermana de Jacinta, ni menos era conveniente que ninguna persona relacio-

le permitieron cuidadosamente

do por

á Revel

Carta

Charla sabrosa

la viuda de Fenelon

tanto

que había caído bien en la gracia y atención del público.

allí las de Santa Cruz, que frecuentaban mucho el taller y tienda.

Mañana miércoles á primera hora á mi casa por pruebas y pliegos 3 y 4.

nada con los de Santa Cruz se enterase de que ella, Aurora, tenía amistad con la señora de Rubín.

Los domingos pasaban juntas toda la tarde en la casa de una ó de otra, y allí era el comer dulces y el contarse cositas, sentadas al balcón, viendo las idas y venidas del crítico desde la calle de Zurita á la de la Magdalena. Él no tendría criterio, pero lo que es piernas...

Un domingo de los últimos de Septiembre, Aurora llevó á su amiga una noticia importante: "Mañana vienen. Hoy ha estado Candelaria limpiando toda la casa."

Fortunata sintió una combinación de pena y alegría que no la dejó hablar durante un rato. Porque deseaba que volviese, y al mismo tiempo tenía presentimientos de una nueva desgracia. ¡Cuidado que no haberle escrito ni una sola letra, pero ni una!... Aurora convenía en que ello era una gran bribonada. Después que pusieron á esto los comentarios que tan del caso [illegible], [illegible] dijo á su compinche [illegible] cosa que fué oída con extraordinaria curiosidad y atención: "¿Creerás que se me ha metido una cosa en la cabeza?... Ello no será; pero bien podría ser. Ayer estuvo doña Guillermina en la tienda. El primo Pepe le ofreció una cantidad para su obra, si salía bien la inauguración, y nada... que se plantó allí á cobrar... Pues hablando de la familia, dijo que el primo Moreno viene también mañana con ellos. Se fué con ellos y con ellos viene. Yo sé que han pasado el verano en Biarritz, y después han ido todos á París... ¿Qué te parece á tí? El primo Moreno no viene á España más que en invierno; nunca ha venido en Septiembre. Y eso de pegarse á la familia de Santa Cruz, él, que gusta de andar siempre solo. Ello no será; pero hay tantas cosas que parece que no pueden ser y luégo son. Antes de que se marcharan, me pareció á mí, por ciertas cosas que vi y oí, que al primo Moreno le gustaba demasiado Jacinta. ¡Si había algo...! ¿A tí qué te parece?

Fortunata estaba absorta y como lela. Le parecía increible lo que su amiga contaba.

"¡Porque es muy rara esa persecución! Siempre con ellos... un hombre que no hace ruido en ninguna parte... Yo no sé, no sé. ¿Habrá algo?... ¿qué te parece á tí?

—Chica—dijo Fortunata pensándolo mucho, —á mí me parece que no.

—Pues como haya algo, no se me ha de escapar, porque estoy allí, como quien dice, en mi garita de vigilancia. Desde la ventana de mi entresuelo, veo los miradores de Santa Cruz y los de Moreno. Como haya algún telégrafo, cuenta que les atrapo el juego... A tí que te parece... ¿Habrá...?

—Me parece que no—volvió á decir Fortunata, pensándolo cada vez más.

IX

La noticia del regreso de los de Santa Cruz, que le fué comunicada por Casta, avivó en la viuda de Jáuregui los deseos de emprender su campaña repadora en favor de la infeliz mujer de su todavía más infeliz sobrino. Cogióla muy á mano aquel día y le endilgó otra perorata: "Ahora ó nunca. El enemigo en puerta. Estoy á tus órdenes, por si quieres consejos ó un plan de conducta en toda regla." Dicho esto, trató de meterle los dedos en la boca para salir de dudas respecto á si había recibido ó no alguna cantidad gruesa de manos de su amante. "Porque yo me pongo en tu caso, yo comprendo las raices que tiene en el alma una pasión antigua... pero para esto somos cristianos; para esto somos personas y no animales; para esto cuando en nuestro espíritu carecemos de fuerza, Dios nos favorece con la experiencia y el consejo de los que nos quieren bien."

Fortunata no apartaba los ojos de la ropa que estaba repasando. Doña Lupe volvió pronto á la carga. "Comprendo también que tengas

—Pues... —expuso la señora con acento parlamentario—

cortedad para confesarme ciertas cosas, y por mi parte te digo una cosa. No te tengo yo por peor de lo que eres; no creo como podrían creerlo otras personas, que tu debilidad es interesada, y que quieres á ese hombre porque es rico, y que no lo querrías si fuese pobre. No, yo no te hago ese disfavor... para que veas. Tengo la seguridad de que arrastrada y todo como estás, y sin pizca de juicio, tus faltas nacen del amor y del interés, y que los mismos disparates que haces por un hombre poderoso, que te da grandes cantidades, las harías si fuera un pobre pelagatos y tuvieras que comprarle tú á él una cajetilla.

—¿Qué está usted ahí diciendo de grandes cantidades? — exclamó Fortunata mirándola con sorpresa, y casi casi echándose á reir.

—No, si digo esto para que me digas la cifra exacta. Ahí tienes una cosa que á mí no me importa un bledo. No vayas á creerte que pretendo me entregues á mí esos capitales para colocártelos... No, ya sabrás tú manejarte bien... Tú mismo, con las relaciones que tienes en Bolsa...

—¿Pero qué está usted diciendo... señora?...

—No, yo no digo nada. Me repugnaría, puedes creerlo, manejar esos fondos.

—¿Pero qué fondos, ni qué...? Usted está soñando.

—Vaya... Si pretenderás que me trague yo esa rueda de molino. Si me querrás hacer creer que no te da...

—¡A mí!

—No me hagas tan tonta...

—No sé de dónde ha sacado usted... Para que lo sepa de una vez: no tengo nada que me da... Me daría si me viera en una necesidad. Me ha ofrecido... pero yo no he querido tomarlo.

Iba doña Lupe á soltarle una filípica mayor; "Valiente turrón te ha caido, grandísima

Soy franca.

habla

no es

Cállatela... haz el favor... que ciertas cosas vale mas que se queden dentro de la boca.

mas grande que esta casa.

otra andanada.

¡Sicota.

tá. Ya sabes ni siquiera perderte.„ Pero se contuvo y se tragó su ira, desahogándola después en agitado soliloquio: "No he visto otra. No tiene vergüenza, ni tampoco sentido común. ¡Qué canalla y al mismo tiempo qué bestia! Si hubiera un Infierno para los tontos, ahí debieras ir tú de cabeza.„

Maximiliano volvía lentamente á la vida regular, sin que esto quiera decir que se le quitara de la cabeza la idea aquella. Habíase transformado, y así como en las crisis hepáticas hay derrames de bilis, en aquella crisis parecía haber tenido un derrame de sentimientos. No sólo era ya pacífico, sino tiernísimo, y sus afectos se habían sutilizado, cual sustancia que pasa por alambiques. Las fórmulas de cariño que con su tía y su mujer usaba eran extraordinariamente suaves y hasta empalagosas; se afligía cuando causaba alguna molestia, y agradeciendo mucho los cuidados que se le prodigaban, los rehuía como pudiera. Iniciábase en él cierta tendencia á imponerse privaciones y sufrimientos, y la mortificación, que antes le sublevada, por liviana que fuese, ya le complacía. Si en la con-

versación, ó en aquellas ~~controversias~~ polémicas que con su familia tenía á las horas de comer, se le escapaba una palabra más alta que otra, luégo sentía remordimientos de haberla pronunciado, y si no la recogía, pidiendo perdón de ella, era porque la timidéz le ponía un freno. ~~La timidéz, que había sido siempre el fondo de su carácter, le ganaba otra vez; era como los viejos, que en la decadencia senil, vuelven á tener los mismos é impertinencias de la infancia.~~

Un día hubo de decirle á Papitos por qué no le había limpiado las botas: "Vaya con la chiquilla esta... ¡Verás tú!„ Y al salir de la casa sintió tal ~~remordimiento~~ pena de haberse expresado con ~~harta vicieria~~ displicencia y ardor, que le faltaba poco para derramar una lágrima. ¡Cuándo se me quitará esta costumbre viciosa de ultrajar á los humildes!... ¿Qué más da que ~~lleve~~ estén las botas con ó sin betún? ~~¿Qué va ganando mi alma con que las botas tengan lustre~~? Parece mentira que los humanos demos tal valor á ~~tan grandes~~ niñerías. ¡Injusto estuve con la pobre chiquilla! ¡Inocente y angelical criatura! Soy un animal... ¿Pero quién es el guapo que de estrellas abajo entiende y practica la justicia? El tenido por justo hace ~~ésta~~ barbaridades cada día. Trabajillo cuesta él desprenderse de esta sarna moral, heredada, con la cual nace uno y con la cual vive hasta que llega la hora de la liberación.

La que debe tener lustre es el alma, no el calzado.

"¿Qué trae usted ahí entre ceja y ceja? ¿Saco la vara?—le dijo Ballester con aquella viveza que era su tratamiento empleado contra los aplanamientos de su amigo.—Porque hoy tiene usted muy taciturnidad. Cuidadito. Ya sabe usted cómo las gasto.

—Péguene usted. No me importa—le contestó Maxi, dejando el sombrero en la percha.—Lo merezco, como lo merece toda persona que se enfada porque no le han limpiado las botas. ¡Qué humanidad tan imbécil! Amigo mío, ¡qué hermosa es la muerte!

—Si me vuelve usted á decir que es hermosa la muerte—replicó el otro cogiendo la vara y esgrimiéndola cómicamente,—le lleno el cuerpo de cardenales. Decir que es guapa esa tarasca, mamarracho, más fea que el no comer. Mírela usted allí, mírela allí con esa cara que da pavor... mírela, y como diga que es guapa, le destrozo.

Señalaba á un emblema pintado en el techo de la botica, en el cual estaban, ambiguamente confundidos, la serpiente de Esculapio, el reloj de arena del tiempo, un alambique, una retorta, el busto de Hipócrates y una calavera.

"Si quiere usted contemplar toda la hermosura del mundo, míreme á mí—dijo Ballester, dejando la vara y dando una vuelta, cogiéndose los faldones de la levita.—Estoy guapo, ¿sí ó no?

Ballester se había comprado unas zapatillas nuevas, y estrenaba aquel día un traje de lanilla de los más baratos, y se había ido á la peluquería, donde después de cardarle la cabellera, se la habían rizado.

"Vaya, que está usted elegante—dijo Maxi, poniéndose á trabajar.

—Pues más he de estarlo mañana. Mañana se casa mi hermanita con Federico Ruiz, un chico de mucho talento. ¿Le conoce usted? Los periódicos, que hablan constantemente de él, anteponen siempre á su nombre algún mote muy salado. Ahora le llaman *el distinguido pensador*. ¿A que no le llaman á usted así, á pesar de lo mucho que piensa? Porque usted no piensa con juicio y él sí.

M.C.D.2020

Por la tarde salió Ballester, que tenía mucho que hacer, y al frente de los trabajos estuvo Padilla, quien no gastaba confianza con Maxi, y le hacía trabajar, vigilándole cuidadosamente. Por la noche Ballester estuvo más precioso que nunca. Como apareciese en la acera de enfrente el célebre crítico que cortejaba á [illegible], se vió acometido de la ira cómica que le producía la presencia de aquel personaje de tan indudable importancia en la república de las letras. "Tengo á ese caballerito—decía,—sentado en la boca del estómago... sobre todo, desde que elogió aquella obra tan mala, diciendo que en ella se *planteaba el problema*, y qué sé yo qué. Vereis: [illegible] en que se recomienda el matrimonio y las buenas costumbres, como que allí resulta que todos los solteros somos unos pillos, y porque un joven se retira tarde y suele ir de picos pardos, me le llaman mónstruo y el papá le maldice... Hay una escena en que todos se desmayan, porque sale uno muy malo que resulta ser un hombre dedicado á la ciencia, el cual dice con la mayor frescura que él no cree en Dios. Total, que cuando la ví representar, pensé que me tragaba todos los eméticos que hay en mi farmacia. La moraleja es que sin religión no hay felicidad, y por eso la pone en las nubes este angel de Dios, que es [illegible]

Cerró la noche y el crítico se acercó para telegrafiarse con su amada. Del balcón descendió una cuerda, á la que el joven ató un papel.

"Le manda su último artículo—dijo Ballester á sus amigos, acechando en la puerta de la botica.—Ahora baja la cuerda con un dulce... Como anoche, lo mismo que anoche. Veréis, veréis la broma que le tengo preparada.

Con nerviosa presteza fué á la trastienda y sacó de un cajón un objeto del tamaño de una yema, blanco y de apariencia azucarada. Padilla se desternillaba de risa, y Maxi observaba [illegible] con atención simpática.

"Pero es preciso que me ayudeis. Tú Padilla, que le conoces, sales, te haces el encontradizo, le hablas, le entretienes un rato volviéndole la cara para allá; y entretanto, yo, con muchísimo disimulo, me escurro pegado á la pared, en el momento en que baja el bramante con la [illegible]. Quito la yema, ¿sabes?... y pongo el dulce.

ésta. La hice anoche. Es estricnina, á la dósis que se echa á los perros, bien neutralizado el sabor con regaliz, y forrada de azúcar. Se la come y revienta como un triquitraque.

Padilla se partía de risa, y Maxi lo tomaba á broma.

"Hombre, matarle no—dijo Padilla.—Si la hubieras hecho de jalapa ó cosa así...

—No, chico; si yo lo que quiero es que reviente... Iré á presidio... ¿y qué? No se la perdono... ¡Ultrajar á los hombres de ciencia y los solteros!

Ballester llevaba sus bromas hasta el fin, y porfiaba que la yema era venenosa; mas como el otro rechazara la complicidad en aquel homicidio, dióse á partido el implacable boticario, diciendo que la pelotilla era de ~~bajas de sen con un poco de~~, cubierta de azúcar. Maxi, que le había ayudado á hacerla, se sonreía. Como en estos dimes y diretes se pasó bastante tiempo, cuando Ballester quiso poner en ejecución la ~~suya~~ ya había bajado el hilo con una yema de coco, y el crítico se la estaba comiendo. ~~El~~ se consoló pensando que otra noche consumaría su trágica venganza. "El se la tiene que comer...—dijo guardando la bola.—Como me llamo Segismundo, se la tiene que ~~comer~~, y entonces diré como mi tocayo: "¡Vive Dios que pudo ser!"

X

Aquella noche, cuando Maxi subió á comer encontró á su mujer un poco enferma. Le dolía la cabeza y tenía náuseas. Doña Lupe, que la estaba observando siempre, veía en su mal un pretexto para esconder de la familia la tristeza que la consumía. "Lo que tú tienes—pensaba, —es el afán de volver al reclamo. Estás luchando contigo misma. Quieres ir y no te determinas." Algo de esto debía de ser, pues Fortunata se metió en su alcoba, resistiéndose á tomar alimento. Maximiliano no le instaba á que comiera, pues porque aquella actitud de su mujer tomábala él por querencia de privaciones ó iniciación de la vida de aniquilamiento, ~~de~~ de muerte y liberación. Doña Lupe, fatigada de lidiar con tanta insensatéz de una y otra parte, se retiró, dejándoles solos y diciendo: "Haced lo que querais. Allá os arregleis á vuestro gusto. Yo estoy rendida." Comió sola, y con Papitos les mandaba de algún plato, que volvía casi intacto. Después entró un instante en la alcoba para preguntarles qué tal estaban, y se fué á descansar. "No puedo resistir más esta vida de perros—decía.—Dios tenga compasión de mí."

M.C.D.2020

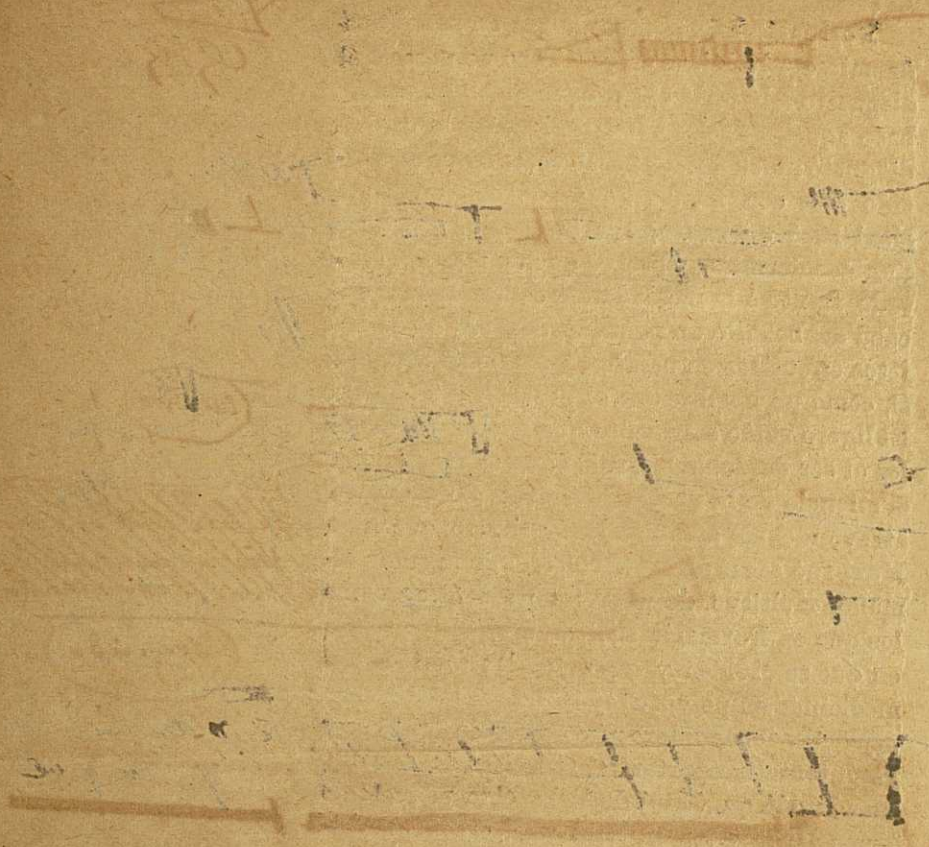
Fortunata habría deseado que su marido se durmiese y la dejase en paz. Pero no parecía él dispuesto á hacerle el gusto en esto. Presentábase aquella noche bastante locuáz, lo que la disgustó mucho, pues pocas veces se había sentido ella con menos ganas de conversación. Maxi leyó un rato; ella se acostó, y á poco, fingiéndose dormida, observó que su marido, sentado frente á la mesa donde estaba la luz, sacaba del bolsillo un paquete, después otro, objetos envueltos en papeles, y los ponía frente á sí, como un hombre que se prepara á trabajar. El ligero ruído estridente que hacían los papeles al ser desdoblados, ruído que se aprecia con el silencio de la noche, molestaba á Fortunata atrayendo su atención. Lo primero que hizo Maxi fué sacar de un envoltorio de regular tamaño, multitud de paquetes pequeñitos, como los que en Farmacia se llaman *papeletas*, forma en que se dividen y expenden las dosis de las medicinas en polvo. Creyó Fortunata que eran papeletas de bromuro ó otra sal cualquiera, y la intentaba apartar su atención de aquello, cuando vió que Maxi desliaba otro paquete de forma larga y... ¡Ay, Dios mío, era un cuchillo!... Lo estuvo él contemplando un rato por un lado y por otro, y acercaba la yema del dedo á la punta como para probar si era bien aguda. Fortunata sintió sudor frío en todo su cuerpo... No pudo contenerse, y como si despertase á un durmiente para librarle de los fingidos horrores de una pesadilla, le dijo... "Maxi, hijo, ¿qué haces?„ El la miró con gran tranquilidad.

"Yo creí que dormías. ¿No tienes sueño? Pues charlarémos de cosas agradables.

—Como quieras. Pero más vale que te acuestes y duermas y dejes las cosas agradables para mañana.

—No... de seguro que te gustará lo que voy á decirte. Espera un poco.

Recogió todos sus paquetes y el cuchillo, y trasladándose á la silla que estaba junto á la



M.C.D.2020

cama, [illegible] sobre la mesa de noche, con cierto aire de satisfacción.

"Ajajá... Ahora verás—dijo sonriendo cariñosamente, como el que se dispone á dar á la persona amada la sorpresa de un regalito.—Esto, ya lo ves: es un puñal.

Fortunata se extremeció como si la hoja fría le tocara las carnes, y se puso á dar diente con diente.

"Lo compré hoy en la tienda de espadas de la calle de Cañizares. Aquí dice: *Toledo*, 1873. Es bonito, ¿verdad? Hace días que vengo pensando en cuál es la mejor manera de darse la muerte. ¿A tí que te parece? No decido nada sin tu consejo, y lo que tú prefieras, eso preferiré yo.

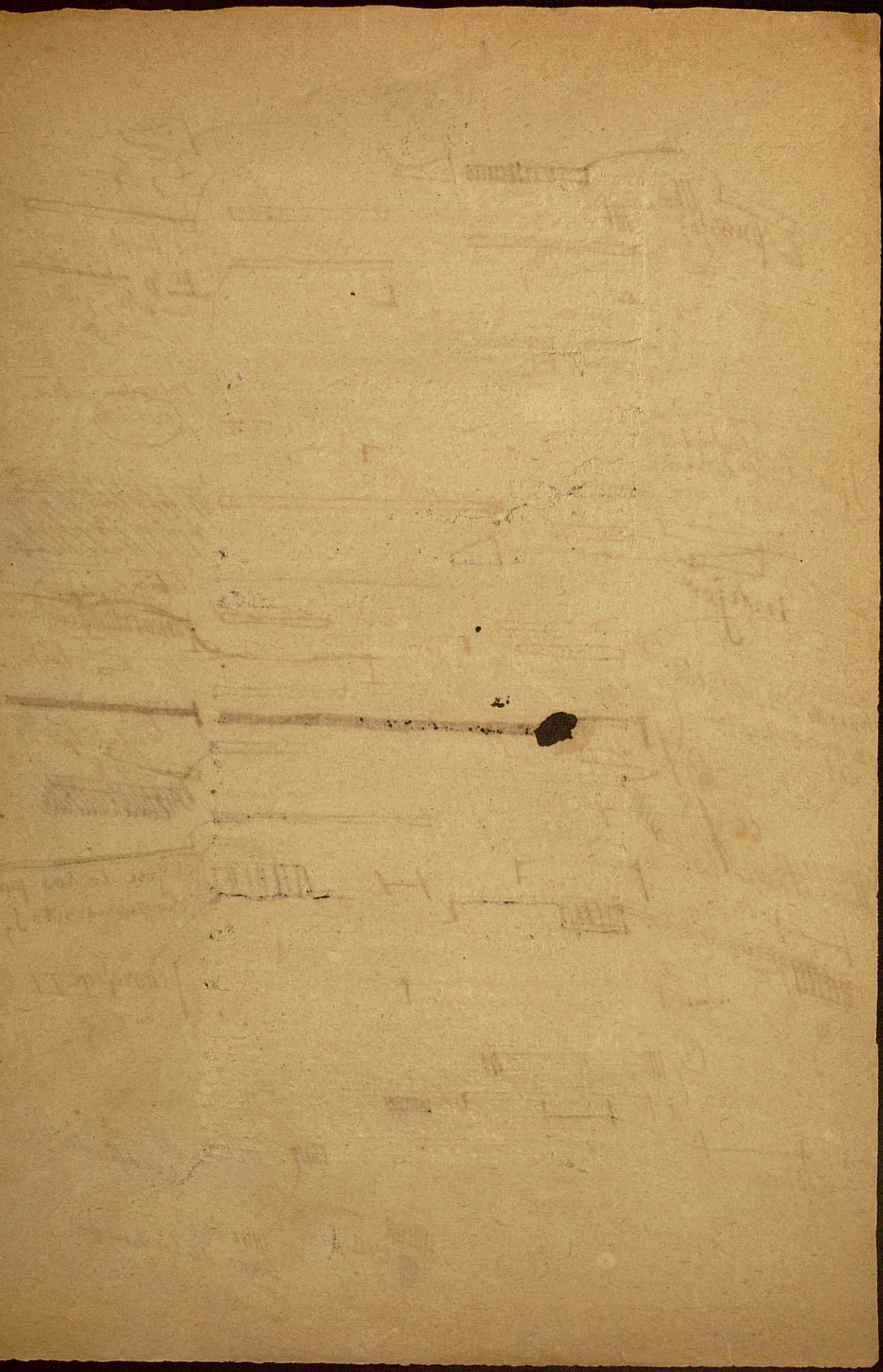
La infeliz apenas estaba tan medrosa, que apenas podía hablar.

"Guarda eso, por Dios... Mira que me da mucho miedo.

—¡Miedo!—exclamó él con asombro y desconsuelo.—Pues yo creí que habría conseguido comunicarte mi idea y que ya mi idea te era familiar [illegible] ¡Miedo á la muerte! es decir, el síntoma [illegible]... ¿Ahora salimos con eso? Si lo primero, mil veces te lo he dicho, es mirar á la muerte como [illegible] como miran á la playa los infelices que luchan con las olas agarrados á un madero. [illegible] creí más adelantada en [illegible]

—No, si no tengo miedo—dijo ella con deseos de tranquilizarle, porque observó que se exaltaba.—Pero es que esas cosas, más vale dejarlas para de día. Ahora, á dormir.

—¡Dormir!...: Ahí tienes otra tontería. Dormir, ¿y qué saca uno de dormir? Pues embrutecerse, olvidarse de lo principal, que es el [illegible]quilamiento y la [illegible]ción. Querida mía, ó estás conmigo ó estás contra mí; decídete pronto. ¿Estás dispuesta á tomar la [illegible] y [illegible]



—¿Sí? Pues lo primero es familiarizarte con la muerte, desearla, estar siempre mirándola á la cara, y prepararse para colgarse en sus brazos cuando llegue la hora de la liberación.

Fortunata se arropó bien, porque le había entrado más frio. ¡Ay qué miedo tan grande!

"El momento de la liberación es aquel en que uno se considera suficientemente purificado para franquear el paso de este mundo al otro, y dar ese paso por sí mismo. Las religiones dominantes prohiben el suicidio. La mia lo ordena. Es el sacramento, es la suprema alianza con la divinidad... Ahí tienes el punto capital de mi doctrina. Bueno; pues las personas que por medio de la anulación social, y cultivando la vida interior, llegan á purificarse, comprenden por su propio sentido cuándo llega el momento de la liberación. La liberación no debe ni puede llamarse suicidio. La expresión mejor es esta: matar á la bestia. Llega un momento en que el alma no puede ya tolerar el verse aprisionada á la bestia, y es preciso soltarse. ¿Cómo? Mira.

Fortunata tiritaba, discurriendo si se levantaría para llamar á doña Lupe.

Esto es un puñal... bien afilado... Hay que tener en cuenta que la bestia se defiende, por muy decaída que esté. La carne es carne, y mientras tenga vida hace. Por eso conviene hacer la liberación con el menor dolor posible, porque la misma alma, con toda su fortaleza, se amilana, siente lástima de la bestia é intercede por ella. Tú fíjate bien, y si el arma blanca no te gusta, me lo dices con franqueza. ¿Prefieres el arma de fuego? Suelen fallar los tiros, y entonces el alma se impacienta; suele suceder que la bala no tome la dirección conveniente y quede la bestia á medio matar con medio cuerpo muerto y medio cuerpo vivo. Por eso yo, te traigo aquí los medios tóxicos, que son callados y seguros.

Empezó á mostrar aquellas papeletas tan bien hechas y bien dobladas, sobre las cuales había escrito con clarísima letra el nombre de cada droga. Fortunata las miraba con indecible terror, y se tapaba la naríz y la boca temerosa de que respirando aquellos ingredientes pudiera envenenarse.

Vete enterando. Esta droga que ves aquí, blanca y en cristalitos, es la *estricnina*... Muerte segura y tetánica, y que produce muchas angustias, por lo cual no te la recomiendo. La *atropina* es esta, y ésta la *cicutina*. ¿Ves? polvos blancos. La *cicutina* tiene una ventaja, y es que con ella se libera el señor de Sócrates, lo que la hace venerable. Ambos son venenos virosos, es á saber, que se queda uno dormido y en sueños se acaba. Pero yo me pregunto: En las tinieblas del sueño, los pataleos de la bestia no producirán horribles martirios? ¿Qué te parece á tí? ¿Preferiremos la *digitalina*, que mata por asfixia? O nos fijaremos en los mercuriales. Míralos aquí el *ioduro de Mercurio* blanco; el *cianuro de Mercurio* rojo. También tengo un preparado de fósforo, que mata por envenenamiento de la sangre. Pero lo bueno está aquí, míralo; el verdadero *ojo de boticario*, la bendición de Dios. Esto sí que mata, y pronto. ¿Ves este polvo gris? Es la *gelsemina*, la maravilla de la toxicación. La bestia se extremece sólo de verla; porque sabe que con esto no hay bromas. Muerte instantánea. ~~Pues digo, también tengo el ácido cianídrico... No quiero abrir la papeleta, pues el diez por ciento por simple olfación...~~

—Basta, basta—dijo Fortunata, que ya no podía resistir más.—Si no guardas todo eso, me levanto y me voy.

El la miró con semblante en que se pintaban un desconsuelo siniestro y un asombro compasivo. Esta mirada le aumentó á ella el miedo, y comprendiendo que era forzoso que lo disi-

mulase y que la acariciase la manía para evitar cualquier barbaridad, le dijo:

"Todo está muy bien... yo comprendo... Claro, la bestia hay que matarla. Pero si quieres que yo te quiera, ha de ser con condición de que no me traigas venenos...

—¡Ah! corriente... Si prefieres las armas de fuego... Pero en este caso hay que ejercitarse. Preciso es que mueras primero tú, después yo... Y si me falla el tiro y me quedo vivo y viene gente y me sujetan...

—No, hombre, no; cada de nosotros coge una pistola, y apunta uno para el otro como en los desafíos... Se da la señal, ¡pum! y ya verás como quedan las dos bestias.

Maximiliano meditaba.

"No me parece muy practicable tu solución.

—Sí, hombre, sí, te digo que sí. Hazme el favor de coger todos los venenos y tirarlos por la ventana al patio. No, mejor será que los envuelvas en un paquete y me los des; yo los guardaré. Te prometo guardarlos. Pero qué, ¿desconfías de mí?... Gracias, hombre.

De veras que desconfiaba, porque cuando ella extendió las manos para coger las papeletas, acudió él á defenderlas como se defiende una propiedad sagrada.

—Tate, tate; déjame esto aquí. Yo lo guardaré...

—Bueno, guárdalo en el cajón de la mesa de noche, y también el cuchillito. Yo te prometo no tocarlo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro... No parece sino que yo te he engañado alguna vez. ¡Qué cosas tienes!... Pero te has de acostar...

—Si no tengo sueño, á Dios gracias. Cuando duermo algo y sueño que soy hombre, es decir, que la bestia me domina y hace de mí lo que le da la gana. No tienes idea de lo que sufro.

Impaciente, Fortunata se lanzó á las determinaciones que exigían los casos graves. Echóse de la cama tal como estaba, y casi á la fuerza, mezclando los cariños con la autoridad, como se hace con los niños, le hizo acostar,

Quitóle la ropa, le cogió en brazos, le metió en la cama, se abrazó á él sujetándole y arrullándole hasta que se adormeciera. Decíale cuantos disparates le ocurrían referentes á aquello de la liberación, de la hermosura de la muerte y de lo buena que era la matanza de la bestia. "A cada bestia le llega su San Martín —decía, con otras frases que habrían sido humorísticas, si las circunstancias no las hicieran lúgubres.

Ella durmió muy poco. Al amanecer, viéndole en profundo letargo, se levantó cautelosamente y echó mano al puñal y las papeletas. Escondido el primero, vació todo el contenido de las segundas metiéndolo en un cucurucho para llevárselo á Ballester. Con ayuda de doña Lupe, que se horripilaba oyendo contar el paso de la noche anterior, pusieron en papel la cantidad proporcionada de sal ó azúcar molida, y bien dobladitas como estaban, volvieron á ponerlas en la mesa de noche. Lo primero que él hizo al despertar fué ver si le habían quitado su tesoro, y como extrañase no hallar el puñal, díjole su mujer: "El puñal lo he guardado yo... Tuya que no hace falta. Descuida, que no lo perderé. ¿Tienes ó no confianza en mí? Tocante á las papeletas, encárgate tú de guardarlas, y si caso llega, chico, no seré yo quien las haga ascos, porque bien mirado, para lo que sirve esta vida... Lucidas estamos; ¡siempre pensando, siempre pensando! Espera que te espera, y cada día un lío... Te aseguro que el vivir es una broma pesada. Ya lo voy yo comprendiendo.

—Dame un abrazo—le dijo Maxi arrojándose á ella medio vestido.—Así te quiero. Tú has padecido, tú has pecado... luégo eres mía.

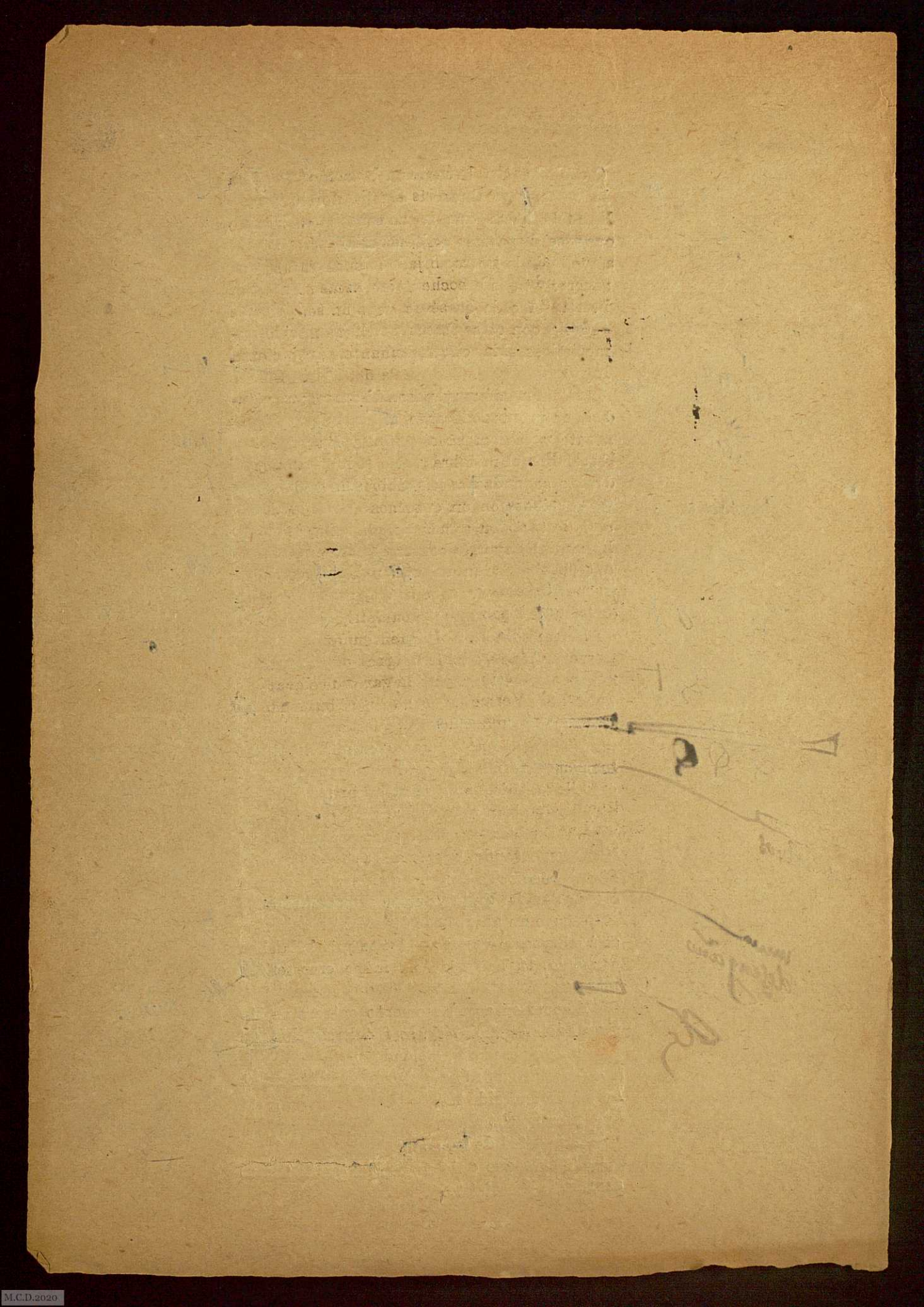
Y como en aquel momento entrara su tía trayéndole el chocolate, se fué hacia ella con intento de abrazarla, diciéndole:

—También usted ha padecido, también usted ha pecado, querida tía.

—¡Pecar yo!...

—Y es usted de las mías.

—Todo lo que quieras, con tal que te tomes ahora este chocolatito.



—Lo tomaré, lo tomaré, aunque no tengo apetito. Venga... Por aquello de cumplir.

—Dices bien; una cosa es enamorarse de la muerte, y otra es cumplir nuestras obligaciones mientras no llega el momento—dijo doña Lupe con naturalidad.—De mí te sé decir que estoy harta de la vida, pero harta, y si no he tomado ya una determinación es porque como tiene una tanto que hacer, no le queda tiempo ni para pensar en lo que le conviene. Pero ya lo arreglarémos, hijo, y á mí me tienes dispuesta á darle la morrada á la bestia cuando menos ella se lo piense. Conmigo no juega.

Tía y esposa, disimulando su tristeza, le contemplaban mientras tomaba el chocolate, y le admiraban de que lo tomase con gana. Las ganas teníalas la bestia, él no.

XI

A eso de las diez salió Fortunata para llevar á Ballester el paquete que contenía mezclados los distintos ingredientes venenosos de las papeletas. "Ahí tiene usted la que nos preparaba su amigo—le dijo con desabrimiento.—Poco cuidado; debe usted vigilarlos. Vea lo que llevó á casa...

Ballester examinaba las terribles drogas... Después se puso muy serio: "Ese tonto de Padilla tiene la culpa—dijo.—No sé cómo le permitió andar en esto. Descuide usted, que le echaré hoy una buena peluca. Lo mejor será que no trabaje más aquí; cualquier día nos mete en un conflicto... Pero siéntese usted...

Al ofrecerle una silla, Ballester parecía poner especial cuidado en dar á conocer sus botas nuevas, resplandecientes; en que Fortunata se fijase en su levita y en su cabellera rizada con tenacillas, la cual despedía un fuerte olor á heliotropo. En todo se fijó la joven, demostrando un conocimiento de aquellas metamorfosis con una sonrisa picaresca.

"Se ríe usted de lo reguapo que me he puesto hoy, ¿verdad? Acostumbrada á verme hecho un cavador... Pues le diré. Hoy se casa mi hermana con ese á quien llaman el *distinguido pensador*, Federico Ruíz. Voy á la boda, y yo le traeré á usted los dulces á la noche.

Después de hacerle varias preguntas, indicadas por la buena crianza, referentes á la boda, Fortunata volvió á su tema:

(Seguido)

—Así no podemos seguir. Es preciso tomar una determinación. Las medicinas que usted le da, no le hacen ningún efecto. Hoy hemos hablado mi tía y yo. Antes de llevarle á un manicomio, es preciso probar alguna otra medicina. ¿No se decide usted á darle eso que decía esa medicina?... no me acuerdo cómo se llama... eso suena así como un estornudo.

—¡Ah! el *hatchiss*... Hoy mismo voy á prepararle. Verá usted. Le producirá una fuerte expansión del ánimo, alborozo. Nada de ideas de muerte, sino todo lo contrario... Usted manda en esta casa... es usted el ama, y usted me manda á mí, y si me pide una cataplasma hecha con picadillo de mi corazón al momento se la hago.

—¿Ya está usted con sus guasas?

—Y ahora me toca á mí pedirle un favor...

—Usted dirá.

—Esta noche traen los dulces de la boda. Mandaré arriba una parte, otra la dejaré aquí para los amigos que vengan. ¿Irá usted arriba á casa de doña Casta ó vendrá aquí?

—Iremos arriba... Si puede que entremos aquí. Según esté.

—Bueno; esta noche ha de venir mi amigo el crítico, Padilla, que le conoce, le invitará á entrar y le ofrecerá dulces. Entonces usted le da uno que tengo yo aquí preparado para él... No sabe usted cuánto le odio. Me la tiene que pagar...

Fortuna fué, que tenía la cabeza caldeada con ideas de envenenamiento, se horrorizó un poco.

—¿Pero qué demonios le va usted á dar á ese infeliz? Si es un buen chico.

—Nada, no se asuste usted... No es más que un derivativo... La fiesta consiste en que luégo le invite doña Casta á subir, y que le vengan anunciando de un fuerte ataque de seguidillas.

—No sea usted bruto. Si es un chico. Me han dicho que mantiene á su madre...

—¡Que mantiene á su madre! Pues estará lucida. ¿Y con qué la mantiene? Con los artículos.

—Le dan tres duros por cada uno. Ya ve usted. Y hace cuatro todas las semanas.

—Buen pelo, buen pelo... Pero en fin, aunque mantenga á su madre y sea un excelente chico, yo le quiero dar esta broma. ¿Me hará usted el favor que le pido?

—¿Cuál?

—No le pido á usted que me dé un beso, porque si le pidiera ese pedazo de la gloria, usted no me lo daría, y si me lo diera, al instante me tendrían que poner en manos del amigo Ezquerdo... Pues mis aspiraciones se concretan hoy, querida amiga, á que usted si está aquí cuando entre ese niño católico, le ofrezca la yema que yo tengo preparada. Dándosela usted no sospechará... Además, le dirá á doña Casta ó á Aurora que le inviten á subir á ver tocar la pieza...

—Quítese usted de ahí... Yo no me meto en esas intrigas. ¡Pobre muchacho! Me pongo de su parte. ¡Qué malo es usted!

—Más mala es usted.... En pago de su infamia le voy á dar una buena noticia.

—¿A mí noticias?...

—Y tan buena que le ha de saber á usted mejor que los dulces que le mandó esta tarde... ¡Ay! me consuela una cosa, amiga mía; y es que si conmigo es usted ingrata, lo es también con otros que tienen derecho á que no lo sea.

—¿Qué está diciendo?

—Pues que bien le pasean á usted la calle... Esa era la noticia. Bien le pasean á usted la calle, y usted sin parecer por ninguna parte. El pobrecito se rompía el pescuezo mirando para los balcones, y usted atormentándole con su ausencia. Pobre hombre... toda la tarde calle arriba calle abajo...

Fortunata palideció, y con la mayor seriedad del mundo se dejó decir:

"¿Quién... y cuándo?...

—No se haga usted la tonta... Pues ayer tarde, cuando se retiró, llevaba una cara de mal humor. Plantón como aquél no se ha llevado nunca. Yo le miraba y me decía: "bien merecido te está... Aguántate, cachete... Todos somos iguales." ¿Quiere usted que le de un consejo? Pues trátele mal á la baqueta. Que suspire, que pasee, que le tome la medida á la calle. "No suspira yo solo, decía yo, y mal de muchos..." ¿Quiere que le dé otro consejo? Pues á usted le conviene un corazón como este que yo tengo aquí guardadito, virgen, créalo usted, virgen. Acéptelo, y déjese de querer á ingratos...

Fortunata se había puesto tan desasosegada, que no oía las amorosas [illegible] del farmacéutico.

"Abur, abur—dijo levantándose. —Tengo que volverme á mi casa.

—Vamos á ver... Y si vuelve esta tarde, ¿qué le digo?

—Quítese usted allá...—indicó Fortunata corriendo hacia la puerta y el otro detrás.

—¿Qué le digo?... Porque aunque no le he hablado nunca, le hablaré, si usted me lo manda. ¿Dígole que no parezca más por aquí?... ¡Ay, qué mujer! Allá va como una exhalación. Está tocada, tan tocada como su marido... Todo por no enamorarse de un hombre digno, como, por ejemplo... un servidor ¡Ah! Segismundo, paciencia. Imita á los pescadores de caña, que al fin ella picará.

Doña Lupe, [illegible] entró su sobrina bastante sofocada por haber subido muy á prisa la escalera, y admiróse de verla tan alegre. "Sabe Dios—dijo para sí;—sabe Dios por qué estarán los tiempos tan divertidos... Probablemente esta salidita, con pretexto de llevarle á Ballester [illegible] sería para verle... El le diría [illegible] ¡Y qué colorada viene! Sin duda ha habido hocicadas en el portal."

Maxi continuaba tranquilo. Más bien parecía un convalesciente que un enfermo. Estaba muy débil y no apetecía más que estar sentado junto á los cristales del balcón del gabinete, contemplando con incierta mirada á [illegible] que pasaban. "Esto no le hacía maldita la gracia á Fortunata, porque si *al otro* le da la gana de pasar también esta tarde y Maxi le ve, se va á excitar mucho." Por tal motivo estuvo muy intranquila, y á cada instante se asomaba y volvía para adentro, tratando de que su marido se pusiese en otra parte. Pero al otro no le dió la gana de pasar aquella tarde. Lo que hizo fué mandar un recadito á su amante, [illegible] á [illegible] el más grande alegrón que tuvo en toda su temporada, pues durante la larga ausencia del ingrato no se había acordado de enviarle ni tan siquiera una fe de vida. Servía de Celestina para estas comunicaciones la tía de Fortunata, Segunda Izquierdo, que en Mayo último se le había presentado, miserable y llorosa, á que le diera una limosna. Desde entonces iba todas las semanas y su sobrina la socorría, unas veces con dinero, otras con comida sobrante ó alguna prenda de vestir. Santa Cruz la amparaba también; pero ella se servía de su miseria para [illegible] en la morada de Rubín los mensajes de amor, y tan ladinamente lo hacía, que la sagáz doña Lupe no sospechaba nada. Pues aquella tarde, después de mucho tiempo de entrar allí *con las manos vacías*, puso en las de Fortunata una esquelita. Al fin, ¡oh, dicha increible! Cuando pudo leyó la feliz mujer el papelito, que le daba una cita á tal hora y á tal sitio para el día siguiente.

M.C.D.2020

Sto Cristo de Burgos
Cortinas verdes

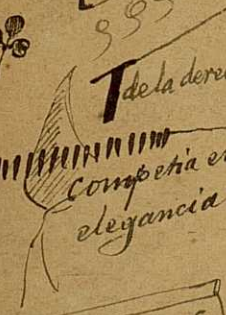
M.C.D.2020

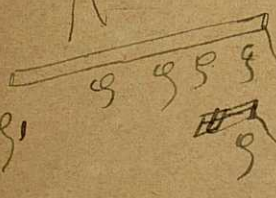
68

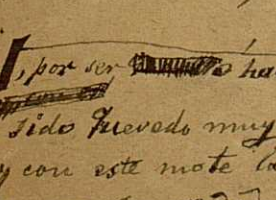
Por la noche fueron todos á casa de doña Casta, quien tomó por su cuenta á Maxi, prodigándole mil cuidados, ofreciéndole golosinas, y tratando de refrescarle el cerebro con una plácida disertación sobre las aguas de Madrid, y sobre las propiedades por qué se distinguen las de la Alcubilla, ~~de las de~~ Abroñigal, y las de la fuente de la Reina de las de Lozoya.

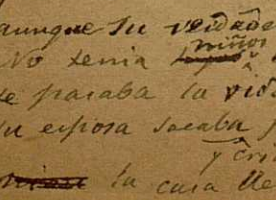
La viuda de Fenelón llegó á la hora de costumbre, y á poco subió el ~~fámulo~~ de la botica con la bandeja de dulces que mandaba Ballester. ~~Hablóse entonces de la boda de su hermana, que era una chica excelente, y de las cualidades del novio, buen chico también, pero algo farsante. "Dicen que tiene mucho talento, y le llaman pensador. Pero á mí me parece que pensando no se gana dinero. Más le valiera no pensar nada y dedicarse á correr... quiero decir, que en el caso de Ballester, primero le doy yo mi hermana á un corredor de granos que al primer pensador del mundo."~~

Esto lo decía doña Casta, y de la misma opinión fué doña Lupe. ~~Entró entonces el matrimonio~~ del tercero, ~~un comadrón y su señora~~. Él, por una de esas ironías de la vida, era el hombre más grave, seco y desapacible del mundo, y se llamaba *D. Francisco de Quevedo* (hermano del cura castrense, Quevedo, á quien conocimos en la tertulia del café, junto con el *Pater* y Pedernero). Su mujer ~~[illegible]~~ una boya, de las que están ancladas en el mar para amarrar de ellas los barcos. Su paso era difícil, lento y pesado, y cuando se sentaba, no había medio de que se levantara sin ayuda. Tenía la cara redonda como farol de alcaldía ó Casa de Socorro, porque era roja y parecía tener una luz por dentro; de tal modo brillaba. Pues ~~para que se vea hasta dónde llegan las ironías de la vida~~, á esta monstruosidad la llamaba ~~no sé si por verdadero nombre ó por mote~~ *doña Desdémona*. Y para colmo de contrastes, era una mujer chistosísima, que conta-









y el mozo

No

tardaron en presentarse ~~los señores~~ el señor y la señora

comadrón de oficio,

de la derecha

competía en elegancia con

tan comunes en

Ballester

la señora del comadrón

, por ser ~~[illegible]~~ haber sido Quevedo muy celoso, y con este mote la designaré, aunque su verdadero nombre era doña Petra. No tenía ~~hijos~~ niños este matrimonio, y mientras D. Francisco se pasaba la vida ~~trayendo al mundo~~ sacando á luz los hijos ~~de sus ajenos~~ del hombre, su esposa sacaba y criaba pájaros, para lo cual tenía muy buena mano. ~~[illegible]~~ Estaba ~~[illegible]~~ la casa llena de jaulas, y en ellas se reproducían diversas ~~[illegible]~~ familias y especies de aves cantoras.

69

La las cosas ~~deliciosamente y tenía~~ mucha sal. En cambio D. Francisco de Quevedo no tenía más chiste que el que podría tener un [redacted].

XII

Aurora y Fortunata, después de cumplir un rato con la visita, riéndole las gracias á doña Desdémona, se fueron al balcón. La viuda tenía que contar á su amiga cosas de mucha importancia. Al instante empezó el secreteo. "Ya no me queda dudá. Ciertos son los toros. ¿Sabes que el primo Moreno no sale de la tienda? Allí se va por las mañanas y no quita los ojos del portal de Santa Cruz, acechando si entran ó salen. El muy tonto, ¡qué mal lo disimula! Parece mentira que se chifle así un hombre de su edad... porque anda ya cerca de los cincuenta; un hombre enfermo, porque los médicos dirán lo que quieran, pero el mejor día ~~de un ca~~ [redacted]... Y qué más [redacted] de su ~~chifladura~~ que estar aquí. ¿Por qué no se va al extranjero como otros años? Buen pajarraco está. Ya ves; un hombre que podría haber hecho la felicidad de cualquier muchacha honrada, se ve ahora sin amor, sin familia propia, solo, triste... ¡Ah! le conozco bien: es un disoluto, un corrompido. No le gustan más que las casadas. Me lo ha dicho á mí misma... á mí me lo ha dicho.

—Pero tú...

—Espera, te contaré—dijo Aurora con cautela, asegurándose de que ~~nadie las oía y de que~~ ningún curioso se destacaba de la tertulia para acecharlas.—Pues este primo Moreno, aunque pariente lejano, y más lejano por ser rico y nosotras pobres, nos visitaba alguna vez. Mamá le consideraba mucho, y cuando venía á casa le recibía poco menos que con palio. Tuvo mamá en un tiempo la ilusión ¡qué tontería! de casarme con él. Yo tenía dieciocho años, él [redacted] treinta. ¿Te vas enterando?

Fortunata atendía con toda su alma.

"¿Quieres que te hable con franqueza? Pues

á mí no me disgustaba; pero nunca me dijo nada... Tenía buena figura y unos aires de caballero como los tienen pocos... Mamá y papá se hacían ilusiones, ¡qué inocentes! Es muy lagarto ese hombre. Casarse conmigo, Sí, para mí estaba. aquí. Yo me acordaba de él y de cuando venía á casa; como que al verle entrar nos quedábamos todos turulatos y nos parecía que entraba la Divina Majestad... Pues como te digo, dejó de venir. En aquel tiempo conocí á Fenelón, fué mi novio y me Mamá tenía todavía ilusiones; papá se había curado de ellas. Nos casamos... ¿Pues creerás que al mes de casados, viene el primo á Madrid y empieza á hacerme por lo fino?

Fortunata parecía que estaba oyendo leer la novela más interesante, según el interés y asombro que mostraba.

"Pues verás. Fenelón era un bendito; de estos que juzgan á todo el mundo por sí mismos, y que no mal cuando lo tienen delante. No se enteraba de la persecución, y yo pasaba la pena negra. ¡Ay hija, qué peligro tan grande! Siempre que salía, me le encontraba. Yo no sé... parecía que me olía como los perros caza. Una tarde que llovía, me cogió y casi á la fuerza me metió en su coche. Estuve á dos dedos del abismo, pero no, no caí. ¡Dios mío, qué hombre!

—¿Pero tú le querías?—dijo Fortunata, que con la idea del querer resolvía todos los problemas.

—Yo... te diré... me pasaba una cosa particular. Temblaba siempre que me encontraba... le tenía miedo, y... de tí para mí, me gustaba. Pero lo que yo digo, ¿por qué no se casó conmigo?

—Claro.

Yo le hubiera querido mucho, y no le habría faltado por nada de este mundo. Pero estos hombres, ¡qué malos son, pero qué malos! Pues verás. Me voy á Burdeos con mi marido, pasan meses y meses, llega el verano y nos vamos á pasar una corta temporada en Royan, un pueblo de baños de mar. Pues, hija, estaba yo una tarde en el muelle viendo desembarcar á los pasajeros que venían en el vaporcito de Burdeos, cuando me veo al primo Moreno. Me quedé...

—¿Y tu marido estaba contigo?

—No; ese es el caso. Fenelón había ido á París á hacer compras. En París estaba Moreno y le vió... y chitito callando se fué á Royan, sabiendo que me cogía sola y descuidada. Descuido fué, que aquella vez, hija, no pude zafarme como cuando la del coche... ¡Ay! estas cosas te las cuento á tí, porque sé que eres un sepulcro y no me has de hacer traición. ¡Si mamá lo supiera...! En fin, que el muy tunante se divirtió todo lo que quiso, y después la del humo. Llegó el 70, y al pobrecito Fenelón lo mataron esos infames prusianos. Fué un dolor... ¡ah! por ser valiente, por empeñarse en salir en una descubierta. Era un hombre tan patriota, que por salvar á su querida Francia, habría dado él cien vidas que tuviera... Pero vamos al otro, á ese tunante. Cuando me quedé viuda, dije: "Pues ahora, si [illegible]..." ¡Quiá! Me le encontré en Madrid al año siguiente, y como si tal cosa. ¿Creerás que me dijo algo de amor? ¿Creerás que se acordaba de cumplir las promesas que me había hecho? Buen cumplimiento nos dé Dios. Hija, frialdad igual no he visto nunca. [illegible], me daban ganas de clavarle un puñal. Verme como me veía, buscando trabajo, hecha una miserable obrera... Cierto que me ofreció lo que yo quisiera para establecerme... pero no quise tomar nada de aquellas manos. ¡[illegible]! Cuando le dió al primo Pepe el dinero para [illegible] gran tienda, puso por condición que me había de colocar al frente de las labores... Pero no se lo agradezco, no se lo agradezco...

Las carcajadas que en la sala resonaban las obligaron á suspender un instante aquel dulce coloquio. Entró en aquel punto el fámulo de la botica, diciendo: "De parte del Sr. Ballester que si doña Fortunata y doña Aurora hacen el favor de bajar."

—Chiquillo—replicó Aurora,—dile á ese

fantasmón que qué se ha figurado.

—Es para que tomen ustedes dulces.

—Dile que ya estamos empalagadas.

—Ballester—le dijo Fortunata,—quiero darle un bromazo al pobre chico ese, el novio de doña Olimpia. Mírale, allí está. Pobrecito. Y Olimpia, ¿qué hace que no sale al balcón?

—No hagas caso. Buenos tontos están los dos. Como mamá deje casar á mi hermana con un crítico, ¡ay, Dios mío! pobre moral doméstica... Pero vamos á nuestro cuento.

—A tu primo no le gustan más que las casadas. ¡Valiente tuno!—dijo Fortunata moviendo la cabeza, como quien comprende tarde lo que debió de comprender antes.

—Estos solterones extranjero son así... Están viciosos, encaprichados, mimosos; y como tratan con tanto rendon... El primo está hoy aburrido, enfermo; no sabe qué hacerse; le falta calor de familia y no le encuentra en ninguna parte. Bien merecido le está; me alegro. Que lo pague. Y para mayor desgracia, se encaprichó ahora de Jacinta. Lo que á él le enciende el amor es la resistencia, y las que tienen fama de honradas, le entusiasman, y las que sobre tener fama, lo son, le vuelven loco. Con Jacinta debe haber sostenido una guerra tremenda, pero tremenda; pero al fin, Jacinta se ha rendido, no te quepa duda. Yo fuí Metz, que rendí demasiado pronto; pero ella ha sido Estrasburgo... ¡Ah! las señas son mortales. Va á la casa todos los días, y la acecha cuando sale para hacerse el encontradizo... Algunas tardes no parece por la tienda. ¿Tendrán citas [illegible]? Te juro que lo he de averiguar. Pues no la ha de averiguar? Imposible que yo no lo averigüe. Aunque tuviera que perder mi colocación, aunque me quedara sin camisa que ponerme... ¡Es una infamia! Y miren la otra, la mosquita muer-

ta, con su cara de Niño Jesús y su fama de virtud. Sí; buenas virtudes nos dé Dios. Te que el día en que esto estalle y haya la gran tragedia, será el día más feliz de mi vida. ¿Pues qué cree ese? ¿Que se puede engañar, y engañar y engañar siempre, y burlarse de los pobres maridos? Pues sí, ahora no da con Fenelón, que era un santo y no sospechaba de nadie más que de los prusianos. Ahora da con un hombre templado, tu amigo, que no se conformará con esta deshonra, ¿verdad? Te que le va á arder el pelo al tal primito con todo su mal de corazón y su extranjerismo.

Fortunata no dijo nada. Aquella revelación la había dejado tan atontada, cual si descargaran un fuerte golpe en la cabeza.

Jacinta... ¡Jesús!... la niña virtuosa, el ángel, la mona de Dios... ¡Qué diría Guillermina, la obispa, que quería convertir á la gente y barrerla de amor... ¡Ya no había virtud! ¡Ya no había más ley que el amor!... ¡Ya podía ella alzar su frente! Ya no le sacarían ningún ejemplo abrumador. Ya Dios las había hecho á todas iguales para poderlas perdonar á todas.

II

I

A las doce de un hermoso día de Octubre, don Manuel Moreno-Isla ~~entró en~~ su casa, de vuelta de un paseito ~~matinal~~ por *Hide Park*... digo, por el Retiro. Responde la equivocación del narrador á la equivocación del personaje, porque Moreno, en las ~~distracciones frecuentes~~ que por aquel entonces tenía su espíritu, solía confundir las impresiones con los recuerdos. Aquel día, no obstante, el cansancio que experimentaba, determinando en él un trabajo mental comparativo, permitíale apreciar bien la situación efectiva y que ~~le rodeaba~~. "Muy mal debe de andar la máquina, cuando á mitad de la calle de Alcalá ya estoy rendido. Y no he hecho más que dar la vuelta al estanque. ¡Demonio de neurosis ó lo que sea! Yo, que después de darle la vuelta á la *Serpentine* me iba del tirón á ~~Crescent Street~~... friolera, como ~~dos~~ veces el paseo de hoy... y llegaba á mi casa dispuesto á andar otro tanto; ahora me siento fatigado á la mitad de esta condenada calle de Alcalá... Tal vez consista en estos endiablados pisos, en este repecho insoportable!.. ~~Esta es la capital de las setecientas colinas~~. ¡Ah! ya están regando esos brutos, y tengo que pasarme á la otra acera para que no me atize una ducha este salvaje con manga de riego. ¡Eso es, encharcad bien para que haya fango y paludismo!.. Pues por aquí, los barrenderos me echan encima una nube de polvo... ¡Animales, respetad á la gente! Prefiero las duchas... En fin, que este salvajismo es lo que me tiene á mí enfermo. No se puede vivir aquí! ~~Comprendo que vivan poco los madrileños~~... Pues digo; otro pobre. No se puede dar un paso sin que le acosen á uno estas hordas de mendigos. Y algunos son tan insolentes. ¡Toma, toma tú también! Como me olvide algún día de traer un bolsillo lleno de ~~calderilla~~, me divierto. ¡Aquí no hay policía, ni beneficencia, ni formas, ni civilización!... Gracias á Dios que he subido el repecho. Parece la subida al Calvario, y con esta cruz que llevo á cuestas, más... ¡Qué hermosos nardos vende esta mujer! Le compraré uno... ¡Déme usted un nardo. ¡Una varita sola! ¡Vaya, déme usted tres varitas. ¿Cuánto? Tome usted... Abur! Me ha robado. Aquí todos

roban... Debo de parecer un San José; pero no importa... Yo no juego á la lotería; déjeme usted en paz. ¿Qué me importará á mí que sea mañana último día de billetes, ni que el número sea bonito ó feo...? Se me ocurre comprar un billete, y dárselo á Guillermina. De seguro que le toca. Es la mujer de más suerte. Venga ese décimo, niña... Sí, es bonito número. ¿Y tú por qué andas tan sucia? ¡Qué pueblo, válgame Dios, qué raza! Lo que yo le decía anteayer á D. Alfonso: "Desengáñese Vuestra Majestad, han de pasar siglos antes de que á no ser que venga el cruzamiento con alguna casta del Norte." Ya poco me falta. Francamente, cosa de tomar un coche; pero no, aguántate, que ya poco te falta... Un entierro por la Puerta del Sol. No, lo que es aquí no me he de morir yo, para que no me lleven en esas horribles carrozas... Dan las doce. Allí están los cesantes mirando caer la bola. Buena bola os daría yo. Ahí viene Casa-Muñóz. ¿Pero qué veo? ¿Es él? Ya no se tiñe. Realmente era un disparate llevar el pelo blanco y las patillas negras. No me mira, no quiere que le salude. Realmente es muy ridícula la situación de un hombre que se tiñe; el día en que se decide á renunciar porque la edad lo exige ó porque se convence de que nadie cree en el engaño... Allí va en un coche la marquesa de Gravelinas... No me ha visto... Abur, Feijóo. ¡Qué bajón ha dado ese hombre!... Vamos, ya entro por mi calle de Correos. Si habrá venido á almorzar mi primo. Lo que es hoy me tiene que hacer un reconocimiento en toda regla, porque me siento muy mal... Que me ausculte bien, porque este corazón parece un fuelle roto. ¿Será esto una afección puramente moral? Puede ser. Ya veo yo el remedio... ¡Pero qué verdes están las uvas, qué verdes! Los balcones tan tristes como siempre. ¡Ah!... sale al mirador Barbarita para hablar con la *rata eclesiástica*... "Adios, adios... vengo de dar mi paseito... Estoy muy bien, hoy no me he cansado nada"... ¡Qué mentira tan grande he dicho. Me canso como nunca. Ahora, escalera de mi casa, sé conmigo. Subamos... ¡Ay, qué corazón, maldito fuelle! Despacito, tiempo hay de llegar arriba. Si no llego hoy, llegaré mañana. Seis escalones á la espalda. Dios lo que falta todavía. Voy á poner... Vamos, ánimo y arriba...

Cuando llegó al principal, su hermana le abrió la puerta. "¿Te has cansado mucho?"—Así, así. ¿Dónde está Sam? Que venga.

Moreno entró en su habitación, seguido del criado. Este era inglés y le acompañaba en todos sus viajes. Decía el antipatriota que los criados españoles son tan torpes que no saben ni cerrar una puerta. El suyo era de esos que hacen de la servidumbre una profesión inteligente, y se adelantan á los más insignificantes deseos de sus amos para satisfacerlos. En inglés le dijo Moreno que echase agua en uno de los búcaros que en la estancia había, para poner los nardos; y sin soltar éstos de la mano se dejó caer en un sofá. Vestía el caballero americana oscura y pantalón de cuadros, sombrero de copa, y los indispensables botines blancos cubriendo las botas holgadísimas, con suelas de un dedo de grueso.

"¿Ha venido mi primo el médico?—preguntó á Sam dándole las flores.

—El señor doctor está en la habitación de *miss* Guillermina.

—Dígale usted que estoy aquí.

La fatiga del paseo y de la escalera le duraba aún cuando entró su primo el doctor Moreno Rubio, que era el más simpático de los hombres, despidiendo tufo de alegría, como un preservativo contra las tristezas de la medicina. Médico de gran saber y aplicación, había alcanzado mucha fama y tenía una clientela brillantísima.

"Hoy me vas á examinar bien...—le dijo Moreno Isla.—Figúrate que soy un desconocido que se te presenta en tu consulta. Déjate de bromas conmigo, y no me ocultes la verdad. Mira que te desacredito, si no lo haces así.

—Bueno hombre, descuida; te registrarémos bien—replicó el médico sonriendo y sentándose junto á él en el sofá.—¿Te has cansado mucho?

—¿No me ves? También es gana de hacer preguntas. En cuanto almorcemos, me entrego á tí, como un cadáver de la sala de disección.

—Pues mejor es antes—dijo el otro Moreno, sacando la trompetilla y tornillándola.

—Bueno, pues ya puedes empezar. (Se quita la ropa). ¿Me echo en la cama? Es mejor, sí, aquí me tienes como un muerto, con las manos cruzadas.

—No, extiende los brazos. Así...

bromuro de amonio pildoras
bromuro de alcanfor

prato con fuoco
andante con moto

M.C.D.2020

77

El doctor abrió la camisa y aplicó un extremo de la trompeta, inclinándose para poner su oído en el otro.

"No te muevas... Ahora, respira fuerte... da un suspiro, pero un suspiro grande, como los de los enamorados.

—Me parece que tú estás de guasa. Manolo, por Dios, mira que esto es serio, muy serio. Llevo más de diez noches durmiendo mal.

—Cállate, y déjame oír...

—¿Qué notas?... ¿qué?

—Pero ten paciencia. Aguarda.... Pues esto está muy malo. Hay aquí dentro un desorden muy grande.

—¿Qué clase de ruido sientes? La sístole es demasiado fuerte y...

—No, no es eso.

—El empuje de la corriente vascular.

—Tampoco; todo eso va bien; pero hay un síntoma indino, un síntoma...

—¿Cuál es? dímelo. ¿Cómo se llama?

—Amor.

—¡Vaya! Llamaré otro médico. Tú no me sirves... con tus guasitas de mal gusto. Ni qué tendrá que ver...

—Pues no ha de tener qué ver —dijo Moreno Rubio poniéndose serio y guardando su instrumento de auscultación.—¿No sé qué te figuras tú? ¿Quieres romper de un golpe la armonía del mundo espiritual con el mundo físico? Ya lo sabes; te lo he dicho mil veces. No necesito auscultarle más. Tienes desórdenes en la circulación, los cuales podrán ser muy graves si no cambias de vida.

—No parece sino que hago yo la vida del perdido —dijo el otro— levantándose y volviéndose á poner su ropa.

—Haces la vida del caprichoso, que es peor. Te conviene una tranquilidad absoluta, renunciar á los deseos vehementes, á las preocupacio-

(segundo)

Pepe

Sin pegar los ojos, y tu dichosa digital no me alivia nada.

Un zipizape de mil demonios.

Algo de eso

Sí; pero prevalece

Sanguinea...

!

!

cavil

nes que la no satisfacción de ellos te produce; viajar menos, ahogar todo apetito loco del corazón, renunciar á todos los excitantes malsanos; no me refiero solamente al café sino más principalmente á los excitantes cerebrales ó ideales; no apetecer emociones, y cortarte la coleta de banderillero, con intención de no dejártela crecer más; trazar una raya en tu vida y decir: "ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí.„ Si tuvieras treinta ó treinta y cinco años, te aconsejaría que te casaras; pero lo que te digo, es que te hagas la cuenta de que por providencia divina, han desaparecido todas las mujeres que hay en el mundo, casadas y solteras. Si así no lo haces...

—¡Bah! ¡bah! Siempre la misma historia—dijo Moreno Isla, tomándolo á broma.—¿Pero tú eres un médico ó un confesor?

—Las dos cosas—afirmó Moreno Rubio con serenidad y energía.—Si no haces lo que te he dicho, Manolo, si no lo haces, te mueres, y pronto. De modo que ya sabes mi opinión. No consultes más. No sé más. He agotado mi ciencia contigo. Si hay algún colega que haya encontrado el medio de poner de acuerdo tus costumbres y tus pasiones con una ordenada y sana función vascular, llámalo, y entiéndete con él.

El criado anunció que el almuerzo estaba servido.

"Vamos en seguida—dijo Moreno-Isla, cogiendo á su primo por el brazo.—Espérate un poco, que te quiere consultar otra cosa.

Detuviéronse un instante en la habitación, y D. Manuel, poniéndole una cara muy seria, hizo á su primo esta pregunta: "Vamos á ver, sin guasa. En mi estado, sea bueno, sea malo, en mi estado presente, suponiendo que yo acepte el ideal que me propones, tal como ahora estoy, ¿podría yo tener hijos?

Moreno Rubio solto la carcajada.

"Hombre, no digo que no. Podrías tener una escuela de párvulos.

—Quiero decir... pero respóndeme en serio... quiero decir, si tal como estoy, con la máquina ~~escuela~~ descompuesta, ¿podría...?

—Ya lo creo, por poder...

—Esto te lo digo, porque después de eso, me decidiría á aceptar lo que propones, el retraimiento, cortar la coleta, etc...

—Mira, ~~chico, no te preocupes~~ de aumentar la especie. Mientras ménos séres humanos nazcan, mejor. Para lo que vale esta vida.

—Creo lo mismo... pero á mí me gustaría tener la seguridad de que... Es un ejemplo, una ~~hipótesis~~ nada más. No creas que me parece mal tu plan de vida ~~tranquila~~. Yo lo adoptaría, si señor; pero á su tiempo.

—Primo—le dijo el otro mirándole con socarronería;—si quieres hijos, haberlo pensado antes.

—No, tonto, si no es que yo los quiera; ni maldita la falta que me hacen á mí chiquillos. Si esto te lo pregunto hipotéticamente. Me basta con tener conciencia de mi aptitud... Curiosidades de enfermo, ~~chiflado~~.

—¿Que no vienen?—dijo presentándose en la puerta, la hermana de Moreno-Isla.

—Vaya unas prisas. Ya vamos. Para la gana que uno tiene...

—Pero la tengo yo, ~~caramba~~—dijo el médico. ~~¿Sabes la hora que es?~~

II

Por la tarde pidió Moreno su coche y estuvo haciendo visitas hasta las siete. Comió en casa de Santa Cruz, donde todos le notaron sombrío, padeciendo chocantes distracciones, y tan indiferente á todo, que ni siquiera tomaba con calor la defensa de sus principios y gustos extranjeros, cuando Barbarita, por combatirle la

murria, sacaba á relucir algún tema de entretenida polémica sobre este punto. Algo dijo, sin embargo, que animó la desmayada conversación de aquella noche. "¿Saben ustedes cuál es una de las cosas que me cargan en España? La costumbre que tienen las criadas de ponerse á cantar cuando están trabajando. Parecía que en mi casa había de verme yo libre de este tormento. Pues no señor. Tiene mi tía Guillermina una criadita ~~á quien no puedo tapar la boca.~~ No vale mandarla callar. Obedece durante diez minutos, y de repente vuelve otra vez con *el señor alcalde mayor*. Dice que se olvida. Creánmelo ustedes. Le rompería la cabeza con un martillo al compás de sus coplas.

—Y me quieres hacer creer que en el extranjero... Pero Manolo...

—¡Ah! no, señor... ésté usted segura de que si en Londres una criada se permitiera cantar, pronto la pondrían de patitas en la calle. Es que ni se les ocurre tal disparate.

—Lo creo; tan sosas son.

—Es que esta pícara raza no conoce el valor del tiempo ni tampoco el valor del silencio. No podrá usted meterle en la cabeza á esta gente la idea de que la persona que se pone á pegar gritos cuando yo escribo, ó cuando pienso, ó cuando duermo, me roba. Es una falta de civilización como otra cualquiera. Apoderarse del silencio ajeno es como quitarle á uno una moneda del bolsillo.

Estas cosas hacían gracia, y aquel día las rieron más para animarle. Invitado por Juan á ir al Teatro Real, lo rehusó. Aquella noche había en la casa poca gente. Guillermina en su rincón, D. Valeriano Ruiz Ocha y Barbarita II, la hermana de Jacinta. Barbarita I había concebido el loco proyecto de casar á Moreno con aquella sobrinita suya, que era muy mona, y comunicado el pensamiento á Jacinta, ésta lo encontró de lo más insensato que se le podría ocurrir á nadie. "Pero mamá, si mi hermana no tiene más que dieciocho años, y Moreno anda ya cerca de los cincuenta, y además está enfermo.

—Cierto que hay diferencia de edades—decía la señora riendo,—pero es un buen partido. Andate con repulgos y verás cómo le cae á tu hermana un subteniente, un oficial de la clase de quintos ú otra lotería semejante. Moreno es buen partido, es muy rico, y eso que padece no es sino aburrimiento, mal de soltería, que los ingleses llaman *esplín*. Cásale, y se le quitan diez años de encima.

Jacinta no se convencía, y en cuanto á la enfermedad, su opinión era muy distinta de la de su suegra. Aquella noche le cogió por su cuenta para echarle un buen [illegible]. Estaban en el despacho apartados del grupo de tresillistas, D. Baldomero Ruiz Ochoa, su señora y Pepe Samaniego. Barbarita y su hermana temían delante á Moreno, que en los primeros momentos de aquella situación, decía de dientes para adentro: "Creo que si no estuviera presente Barbarita, le diría algo. Me enfada esta niña con su inocencia y su cara bonita. Parece que se la pone al lado como un escudo contra mí... Es fatalidad esta; las pocas veces que la cojo sola, no adelanto nada. Si le digo cualquier reticencia delicada, hace que no la entiende. Evita el encontrarse sola conmigo, y ahora trae siempre á rastras el espantajo bonito de su hermana para asustarme.

—Pero qué callado está usted... [illegible] está pensando—observó Jacinta sonriendo.—Esta noche está usted más triste que nunca. ¿Qué? ¿se siente usted peor? Dice mamá, que si usted se casa se le quitarán diez años de encima.

La fisonomía [illegible] se iluminó al oír esta peregrina ocurrencia.

"También yo lo creo—dijo.—Vea usted; un remedio que parece tan fácil, es imposible [illegible].

—[illegible]; como se ha concluido el género femenino... Tiene usted razón, ya no hay mujeres.

—Para mí como si no las hubiera... ¿Qué le dije á usted ayer? Ya no se acuerda. Si ya se sabe cosa que yo le diga á usted es como si la escribiera en el agua.

—De veras que me acuerdo. ¿Te acuerdas tú, Bárbara?

—No, si Bárbara no estaba presente.

—No importa. Todas las cosas que usted me dice á mí, al instante voy á contárselas á mi hermana.

—Sí, es usted muy cuentera. ¿Y por qué se cuenta usted á su hermana?

—Porque le hacen gracia.

Moreno no pudo disimular la profunda tristeza que se apoderaba de él.

"Pero qué tiene usted. Esta noche está usted más *esplinado* que nunca. [illegible] como dice mamá. Decidirse.

—¿No nos contaba ayer que dejó tres novias en Londres?—[illegible] Barbarita, que gustaba de buscarle la lengua [illegible].

—Sí; pero á esas no las quiero—replicó Moreno con la ingenuidad de un niño. Y [illegible] revolcándose en aquella tristeza contra la cual nada podía su dominio de hombre social, se espetó este otro monólogo:—Ya estoy entrando en el período pueril... La tontería y la incapacidad me invaden... Esta mujer con su frialdad y su ironía me ha puesto el pié sobre la cabeza

y me la ha plastado, como la Virgen la de la serpiente... Ya empiezo á estar ridículo... y por esto sí que no paso.

—¿Por qué no le repite usted esta noche á mi hermana lo que le dijo la semana pasada?—dijo Barbarita II al melancólico caballero.

—Yo... que... —asustado, como quien despierta de un sueño— Yo... no le he dicho nada.

—Sí, la semana pasada, cuando fuimos á la Casa de Campo, y se puso usted á contar el cuento de aquella inglesa que le quiso pegar un tiro porque le dijo no sé qué en un tren.

—No me acuerdo—dijo [illegible] con todas las apariencias de un estúpido.

—Este hombre—indicó Jacinta,—cuando tocan á olvidarse, no hay quien le gane. Me dijo usted que se casaba si yo me comprometía á buscarle la novia...

—¡Ah!... Pues no; me desdigo, recojo la proposición. Si ha empezado usted sus trabajos, délos por inútiles. Pagaré indemnización, si es preciso.

—Ya lo creo que es preciso... [illegible] que había yo hecho ya. ¡Vaya que la formalidad de usted...

Ambas se [illegible] serias. [illegible] palidéz mortal, gran abatimiento, y un cierto olvido, extraño en él, de la atención constante que se debe prestar á las señoras cuando se platica con ellas. Jacinta se inclinó un poco hacia él, abriendo su abanico sobre las rodillas, y le dijo en tono muy cariñoso: "[illegible], es preciso que usted se cuide, y mire más por su salud. Esta tarde nos encontramos á Moreno Rubio en casa de Amalia, y me dijo que usted [illegible] nada; pero que si se descuida y no hace lo que él le manda, lo va á pasar mal. Usted no es un niño, y debe comprenderlo. ¿Por qué no hace caso de lo que le dicen las personas que le quieren bien y que se interesan por usted?„

Moreno la miraba estático. Algunos monosílabos salieron de su boca; pero aquellos pedazos rotos de su pensamiento más bien parecían de aquiescencia que de protesta. Jacinta siguió hablándole en un tono dulce, tiernísimo, y más bien parecía una madre que una amiga.

"¡Cuánto nos alegraríamos de verle á usted bueno y sano, y qué fácil sería si usted quisiera!... Porque lo que usted tiene no es más que malas ideas. Así me lo dijo su primo, y viene bien esta opinión con lo que yo pensaba. Es lástima que teniendo todos los medios de ser feliz no lo sea. ¿Qué le falta á usted?...

Moreno sentía que el corazón se le hacía pedazos. "¿Pues no dice que qué me falta?... Si me falta todo, absolutamente todo —pensaba.— ¡Ay, qué mujer! si sigue en esta cuerda, creo que me echo á llorar.

—¿Qué le falta á usted? Nada. Si no se le pusieran en la cabeza cosas imposibles, estaría bien. Lo que tiene usted es mucho mimo. Tiene usted el cerebro enviciado. Está usted como los chiquillos.

"Ya lo creo que estoy como los chiquillos—pensaba Moreno.

—Su primo de usted lo ha dicho y tiene razón: usted tiene en su mano su salud y su vida. Si las pierde es porque quiere. Parece mentira que un hombre de su edad no sepa ponerse á las órdenes de la razón.

"¡La razón! Buena tía indecente está—observó dentro de su pensamiento.

—Y malas ideas y atemperar el espíritu; no desear lo que no se puede tener, hacer vida tranquila y empeñarse en que todas las cosas se desquicien para acomodarse á su gusto y satisfacción. ¿Qué es el *esplín* más que soberbia? Sí, lo que usted tiene es soberbia, el *usted* satánico. Estos inglesotes se figuran que el mundo se ha hecho para ellos... Conque, hijo, hay que ponerse en fila y ser como los demás... ¿Conque se cuidará usted, hará lo que le mande su primo y lo que le mande yo?... porque yo también se lo mando. Mire usted, aquí en España está usted siempre renegando. Esto no le gusta, ¿pues para qué vive aquí? ¿Por qué no se va á Inglaterra?

—Ya me quiere echar... ¿ve usted...? —dijo Moreno mirando á Barbarita y esforzándose en sonreir para ocultar su turbación.—Y luégo quieren que viaje mucho.

—No, no le conviene á usted andar siempre de Ceca en Meca. Váyase á Londres, estése allí quietecito, muy quietecito, y si se le presenta

M.C.D.2020

una inglesa fresca y de buen genio, cásese, apechugue con ella, aunque sea protestante... ¡Ay, Dios! que no me oiga Guillermina; sí, cásese, y verá cómo se le pasan todas las murrias y tendrá niños... Me comprometo á ser madrina del primero... digo, si es que le bautizan. Y hasta madre me comprometo á ser si me lo dan... lo tomo, aunque esté sin cristianar. Yo le bautizaré. Pero no hay que hablar de esto. Me contento con ser madrina del primer Morenito que nazca, y le diré á mi marido que me lleve á Lóndres para el bautizo...

Moreno se levantó. Se sentía muy mal, y las palabras de Jacinta le excitaban extraordinariamente.

"¿Pero se va usted...? ¿Se ha puesto malo? ¿Es que no le gustan mis sermones?

—Si no me voy la entregó—pensaba Moreno, apretando los labios...—Esta pícara me está asesinando.

—¿Te vas, Manolo?—le preguntó D. Baldomero desde el otro estremo de la habitación.

—Si me echan, padrino; su hija de usted se empeña en que me vaya.

—¡Ay, qué pillo... Si es todo lo contrario.

Barbarita se adelantó, diciendo: "Extravagante, coge á tu sobrino del brazo y paséate un momento de aquí á mi gabinete, y de mi gabinete aquí. ¿Te sientes mal? Eso no es más que frío. Distráete un poquito. Bárbara, anda.

Moreno le dió el brazo á Barbarita II, y empezaron los paseos. De su conversación insustancial cogió al vuelo Jacinta algunas cláusulas, cuando los paseantes, en aquel ir y venir de una habitación á otra, pasaban junto á ella: "¿Yo? no... me lo puede creer.„ "¡Ay, qué cosas se le ocurren!... Pero qué malo es usted...„ "En cuanto vaya allí me voy á convertir al judaismo.„ "¡Jesús!...„ "¿Que yo tengo novio? ¿De dónde ha sacado eso?" "Lo apuntaré para que no se me olvide.„ "No, si á mí no me gustan los pollos...„

"Si ésta fuera más lista—dijo Barbarita II á su nuera,—creo que le cazaba.

Pero Jacinta era muy incrédula en este particular, y miraba tristemente á la pareja cuando pasaba.

Al retirarse, Moreno pudo hablarle un instante sin testigos y le dijo

(Seguido)

"Todo se hará como usted desea... Se ha de cumplir todo el programa... Todo, hasta en lo que se refiere al torero. Tendrá usted su *Morenito*.

Jacinta observó en su mirada una expresión tan particular, que no pudo menos de decirse: "Este hombre está completamente trastornado."

Moreno salió con paso inseguro... La cabeza se le desvanecía, y al bajar la escalera tuvo que agarrarse con mucho cuidado al barandal para no caerse... "Cuando digo que me he vuelto tonto, pero tonto de remate. Ya no sé pensar. Creo que he olvidado el uso de la razón... Esta mujer me ha embrujado... Nada, enteramente imbécil.

III

En la soledad de su alcoba, Moreno se encontró más dueño de sí mismo, habiendo vencido aquella turbación inexplicable con que saliera de la casa de Santa Cruz. Despidió á su criado después que le ayudó á quitarse la ropa, y envuelto en su bata se tendió en el sofá. En estas noches de insomnio paseándose á ratos por la habitación, á ratos echado y descabezando un ligero intranquilo sueño. Acudían entonces á su memoria los actos é impresiones de aquel día ó de los anteriores, á veces las de fechas muy remotas y que no tenían relación alguna con su situación presente. Aquella noche, cosa rara, apenas salió el ayuda de cámara, Moreno se quedó profundamente dormido en el sofá, sin soñar nada; pero despertó á la media hora, sin poder apreciar el tiempo que su letargo durara. Al despertar huyó de tal modo el sueño de su cerebro y hallábase tan excitado, que ni siquiera admitía como probable la idea de dormir. A la manera que el jugador saca las piezas del ajedréz y las va poniendo sobre el tablero de casillas blancas y negras, así fué sacando sus ideas. Tenía por pareja á sí mismo en aquel juego... "Adelante un peón."

"Bien te has lucido. ¡Campaña como esta...! ¿Cuánto tiempo hace que estás en España? Si menos Enero, Febrero, ¿hasta Octubre? A poco más, año completo. Verano en en los Pi- [illegible] ¿y para qué? Para nada. ¡Pobre hombre! Lo que me pareció fácil, resulta no ya difícil, sino imposible... Para colmo de contrariedad, me vuelvo tímido, y delante de esa maldita mujer, me convierto en el más soso y cobarde de los colegiales. ¿Por qué es esto? Y dime otra cosa, idiota, ¿qué tiene esa [illegible] para que de este modo te hayas embrutecido por ella? Otras son más guapas, otras tienen más ingenio, otras hay más elegantes; y sin embargo es la primera, digo que es la primera. De gustarme pasa á enloquecerme, y noto en mí lo que no había notado nunca, una alegría, una tristeza, unas ganas de llorar y de reir delante de ella. Nada, que á los cuarenta y ocho años me sale la edad del pavo. Lo que no me había pasado nunca me pasa con ella; cortarme, sentir un freno en mi lengua. Le voy á decir una galantería intencionada, y se me convierte en una simpleza. Me infunde un respeto que jamás conocí. La sigo á Biarritz, la acompaño á París; y cuanto más la trato, más atado me veo por este maldecido respeto... Me cortaría yo este respeto como se corta una mano gangrenada. ¿A qué viene este respeto? ¿Qué quiere decir esto? ¿Será efecto de la virtud? ¡Qué virtud ni qué niño muerto!... Sea lo que quiera, de esta mujer digo yo lo que hasta ahora no he dicho de ninguna, y es que si fuera soltera, me casaría con ella... vaya si me casaría...

Se agitó tanto que tuvo que levantarse y ponerse á pasear. "Vaya que este mundo es una cosa divertida. Yo desgraciado; ella desgraciada, porque su marido es un [illegible] y desconoce la joya que posee. De estas dos desgracias podríamos hacer una felicidad, si el mundo no fuera lo que es, esclavitud de esclavitudes y todo esclavitud... Me parece que la estoy [illegible] cuando le dije. ¡Que risita aquella, qué serenidad, y qué contestación tan admirable! Me dejó pegado á la pared. Tan pegado estoy, que no me he vuelto á atrever, y cuando preparo algo para decírselo, le digo todo lo contrario. Que se vuelva uno tan estúpido, es cosa que no me cabía en la cabeza. ¡Ay! Dios, si me muero, y el pensamiento vive más allá de la muerte

estaré viendo toda la eternidad esta carita graciosa, con su expresión celestial, estos ojos serenos y risueños, esta cabellera oscura con ráfagas blancas que le hacen tanta gracia.. esta boca, que no habla sin [illegible] corazón. ¡Pobre ángel! su única pasión es la maternidad, pasión no satisfecha, desconsuelo inmenso. Su pasión se me comunica y me abrasa; yo también quiero tener un hijo, yo también. ¡Si me parece que le estoy viendo! si está aquí en los linderos de la vida mirándome, y no falta más que.. Vendría si ella quisiera. Tengo la seguridad de que vendría; es una idea que se me ha clavado aquí. Y yo le digo: "Por un niño, bien se podría dar la virtud..." ¡Ah! no tener valor para decirle esto.. ¿Pero cómo? ¡Si palabras hay para decirlo..

La palpitación que sentía era tan fuerte que tuvo que sentarse. Se ahogaba. En la región cardíaca, ó cerca de ella, más al centro, sentía el golpe de la sangre, con [illegible] y contundente compás. Era como si un herrero [illegible] martillara al mismo corazón.

"Esto es horrible. Si rompe, que rompa de una vez... [illegible] Cuando se tiene estas cosas dentro, y no se pueden echar... Si me quisiera, el corazón se me curaría. ¿Qué habré hecho yo para ser tan desgraciado? Ahora caigo en la cuenta de que no me he divertido nunca. Todas mis aventuras han sido el deseo corriendo detrás del [illegible]. ¡Y cree la gente que yo he sido un hombre feliz, y que estoy enfermo de congestión de [illegible]! ¡Estúpidos!

Sin saber cómo ni por qué, ciertas impresiones de aquel día se reprodujeron en su mente. Entre ellas la menos fugáz fué esta: Aquella mañana, entrando en el Retiro se le puso delante uno de esos pobres asquerosos que suelen pedir en los extremos de la población y que á veces se corren hasta el centro. Era un hombre cubierto de andrajos, y que andaba con un pié y una muleta; la otra pierna era un miembro repugnante, el muslo hinchado y cubierto de costras, el pié colgando, seco, informe y sanguinolento. Mostraba aquello para excitar la compasión. Era la pierna para él su modo de vivir, su [illegible], su oficio, lo que para los mendigos músicos es la guitarra ó el violín. Estos espectáculos indignaban á Moreno, que al verse

acosado por estos [illegible] de la miseria humana, trinaba de ira. Pues cuando se volvía para no verle, el maldito, haciendo un quiebro con su ágil muleta, se le ponía otra vez delante, mostrándole la pierna. Al [illegible] caballero se le quitaban las ganas de dar limosna, y por fin la [illegible] para librarse de persecución tan terrorífica. Alejóse del pobre renegando. "¡Ni esto es país, ni esto es capital, ni aquí hay civilización!... ¡Qué ganas tengo de pasar el canal!

Pues bien, aquella noche, se le representó el pobre [illegible] con tanta viveza, que [illegible] un instante creyó verle en su alcoba. Hubo un instante en que la alucinación llegó á ser tan efectiva, que se incorporó, cogió un libro que en la próxima silla estaba, y... "Mira, si no te marchas con tu pierna podrida...„ Después cayó otra vez su cabeza en el sofá y [illegible] los ojos diciendo: "El infeliz se ha de buscar la vida de alguna manera. No tiene él la culpa de que no haya en esta tierra maldita establecimientos de beneficencia. Si le veo mañana, le doy un duro... Vaya si se lo doy... ¡Qué envidia le va á tener mi tía Guillermina! Volvámonos ahora para la pared, á ver si duermo un poco. Así cerraré los ojos. No, mejor será que los abra, y que me figure que [illegible] quiero dormir. Lo que se desea no se tiene nunca. Ea, figurémonos que hago esfuerzos para no dormirme. ¿Y para qué quiero yo dormir? Mejor es estar así, pensando uno en sus cosas. Estas rayas del papel, azules y verdes, se quiebran á distancia de veinticinco centímetros; no, de veinte. La flor gris alterna con la flor azul. Bonito dibujo. ¡Cómo se le quedaría la cabeza al que lo inventó!... Y aquí hay una pequeña mancha... Creo que si me pusiera á mirar la luz, me dormiría más pronto. Vuelta otra vez.

Miró la luz puesta sobre la mesa central, grande, redonda y cubierta con rico tapete. La lámpara era de aceite, compuesta de dos candilones de bronce unidos por un vástago. Ambas luces tenían pantallas verdes, con añadidura de raso del mismo color, al modo de unos faldones que caían por una sola parte de las dos circunferencias. La claridad se esparcía por la mesa, y el resto de la habitación estaba en penumbra. Sobre la mesa había unos guantes, varios libros, dos retratos en bonitos marcos, uno de ellos del gordo Arnaiz, una papelera, [illegible] de marfil y otros objetos [illegible].

"Aquel guante—dijo Moreno,—que monta sobre la papelera, parece exactamente un lebrel que [illegible] la caza... ¡Qué silencio tan grande hay en la casa! El chorrear de la fuente Pontejos, [illegible] y alguno que otro coche que pasa por la Puerta del Sol... Son los trasnochadores, que se retiran. Así iba yo en mi *cab* al salir del club de Madilly... solo que mi *cab* corría como una exhalación y estos caballos andan poco y parece que se deshacen sobre los adoquines. ¡Y cómo se refrescan las impresiones...! Parece que estoy mirando á aquella prójima que se me apareció una noche en Haymarket, al salir de aquel Bar... No me ha vuelto otra... Todo pasó, todo va cayendo atrás y revolviéndose en la estela que deja el barco...

De repente dió un salto, y poniéndose en pie se puso á [illegible].

"Mañana mismo me voy—dijo,—sí, me voy para siempre. ¡Morirme yo aquí, para que me lleven en esos carros tan cursis! No; gracias á Dios que tomo una resolución; y lo que es esta viene fuertecilla. Me ha entrado de repente y con una fuerza... No veo la hora de que amanezca para mandarle á [illegible] que me haga el equipaje. Mañana haré mis compras. No puede uno ir de España sin llevar los regalitos de abani-

cos y panderetas... ¡Ay, qué feliz me siento con esta idea que me ha dado! ¡Irme!... ¡Si esto debiste resolverlo hace tiempo! ¿Para qué estás aquí, para consumirte más? Ella no ha de quererte... ¡cuando no te ha querido ya! Vamos, no dirá que no la obedezco; sus deseos son órdenes. Me ha dicho: "Moreno, váyase usted", y me voy. Si me querrá cuando me vaya, si pensará en mí... Bien podría ser... Si se convenciera de que el amor que tiene á su marido es como echar perlas á un burro para que se las coma, si se convenciera de esto... Pero vaya usted á esperar que se convenza. No puede ser. Quiere locamente á ese mico, y se morirá queriéndole. A mí se me figura que le desprecia y le ama: singularidades del corazón. ¿No pasará por su mente alguna vez la idea de quererme á mí? Me contentaría con esto, con que la idea hubiera pasado una vez, vamos, dos veces. Si hubiera dicho: qué bueno es este Moreno, si yo me hubiera casado con él, no me daría disgustos, y habríamos tenido un chiquillo, dos ó más, quién sabe...? ¿Habrá dicho esto alguna vez? No sé por qué me figuro que sí lo ha dicho. Que sé yo... dentro de mí anida este convencimiento como un germen de esperanza, como una semilla que está dentro de la tierra y que no ha brotado, pero que vive... Ay, Dios mío, si yo supiera de cierto que ella se ha dicho esto, yo, al verla tan religiosa, me volvería el hombre más católico del mundo... por agradarle, haría novenas, pagaría funciones y me daría golpes de pecho. Y no haría esto con hipocresía, porque amándola, me habla de entrar fe. ¡Ay, Dios mío, qué desgraciado soy!... Parécome que ya amanece. No tengo sueño, ni lo tendré más. Mañana me voy, y me iría esta tarde, si tuviera tiempo de arreglar el viaje. Y otra cosa. ¿Iré á despedirme de ella? No sé qué determinar. Si la veo no me voy. ¿Pues por qué no? Me iré. Ella me ha dicho que me vaya, desea

92

que me vaya. De lejos la querré lo mismo que de cerca, y ella me querrá tal vez. ~~Le escribiré. Pues si le voy á escribir... ¡qué carta le voy á poner! ¡Cómo se la mandaré!... ¡Ah! me valdré de Estupiña. No, es capáz de dársela á Barbarita. A mi doncella, á Rafaela, que ahora se va á casar. Bien pensado, gran idea. Nada, nada, que la carta se la escribo, y allí canto claro. Le pediré contestación. Pero ¡quiá! cualquier día me contesta ella. Bueno, pues aunque no conteste... ¡Ah, qué contento estoy! Si no me fuera, no había medio de escribirle. Toma, también desde aquí podría escribirle... Pero no, no resulta la cosa, no resulta. Me voy, me voy.~~

Seré para ella como un sueño, y los sueños suelen herir el corazon mas que la realidad.

Se volvió á echar, y se ~~pasó un rato~~ contemplando con ~~[illegible]~~ mirada las paredes de la habitación. Había allí un San José, cuadro grande, de familia, ~~el cual, aunque~~ como pintura valía poco, ~~tenía~~ Moreno en gran estima, la alcoba donde él nació ~~[illegible]~~. Se asociaba á las impresiones de su niñez aquel santo tan guapo, reclinado sobre nubes, con su vara, su niño... y con aquella capa amarilla cuyos ~~últimos~~ pliegues ~~se confundían con~~ celaje. Se le refrescó de tal modo al ~~infeliz~~ caballero en aquel momento la memoria de su padre, que parecía que le estaba viendo y oyéndole el metal de voz. A su madre no la había conocido, porque murió siendo él muy niño. Y se acordó de cuando su hermana y él (aquella misma hermana viuda que allí vivía), iban á casa del abuelito, ~~que vivía~~ en la Concepción Jerónima, cogidos de la mano! Y una tarde, al revolver la calle Imperial, se perdieron, es decir, se perdió ella, y él por poco se muere del susto. Pues un día que iba por la Plaza de Provincia, vió el burro de un aguador, suelto el dueño ~~había entrado~~ en ~~una~~ taberna. Entráronle ganas á Manolito de montarse en el pollino, y como lo pensó lo hizo. Pero el condenado

entreturo

errante

pero

porque estuvo muchos años en

que

lo tenia

buen

Tambien

nacian competencia al

la

estaba

próxima.

la

93

animal, en cuanto se vió con el ginete solo á correr, y aunque el chico hacia esfuerzos por detenerlo, no podia... total, que se fué hasta la calle de Segovia, ~~junto á la frontería~~. Y no que el burro se parara, sino que se cayó, abriéndose la cabeza. Todavia tenia la señal. Por suerte, los hermanos García, boteros, que tenían su taller de corambres ~~de Segovia~~ y le vieron caer, le conocian, y recogiéndole, le llevaron á casa de su abuelito. La que se armó en su casa! Acordábase de aquel lance como si hubiera ocurrido el dia anterior; veia á su abuelito, D. Antonio Moreno, que todavia usaba chorreras, corbatín de suela y casaca á todas las horas del dia. Hasta en el almacén (droguería al por mayor), estaba de ~~casaca~~. Pues luégo vino el papá ~~de Manolo~~ y estuvo dudando si pegarle ó no... Lo peor de todo, fué que el asno no volvió á aparecer, y la familia tuvo que pagar por él una fuerte indemnización. "Si parece que fué ayer—decia Moreno, tocándose la frente, en el sitio donde estaba la cicatriz.

169 55 224
169 Co 229

M.C.D.2020

Cuando ya clareaba el día, sintió ruido en la casa; mas al punto comprendió lo que era: "Ya está en pié la *rata eclesiástica*. Ahora se va á oir siete misas lo menos... y tratar de tú á la Santísima Trinidad. ¡Pobrecilla, qué sacará de eso!... Pero en fin, saque ó no saque, es una felicidad ser así...

IV

Guillermina dió dos golpecitos en la puerta, y abriéndola un poco, asomó por ella su cara sonrosada y sus ojos vivos. "Hijo, al ver luz en tu alcoba, dije: ese pobrecillo estará en vela todavía. Veo que acerté. ¿Qué, has pasado otra mala noche?

—Ya lo ves. Pasa. No he dormido nada. ¿Y tú?

—¿Yo? del lado que me acuesto, amanezco. No duermo más que cuatro horas; pero ~~las duer-~~ de un tirón. ¿No ves que llego á casa rendida? Y lo que tengo que cavilar lo cavilo por el día.

—¡Qué felicidad! ~~Pues yo, lo cavilo de~~ noche. ¿Te vas ahora á misa?

—Sí, para lo que gustes mandar—replicó la santa y su semblante, recién lavado, despedía tanta frescura como regocijo.

—Y tan tranquila.. porque tú estás muy tranquila... con tus misas por la mañana, y el resto del día dando cada sablazo que tiembla el misterio. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué? á ver qué discurre esa gran cabeza.

—Pues que tengo envidia... me cambiaría por tí...

—Pues tonto lo que yo hago es lo fácil, ¿qué más tienes que... ~~dijo la *rata eclesiástica*, dando unos pasos dentro de la habitación.~~

—Siéntate un ratito—dijo Moreno, haciéndolo en el sofá y dando una palmada en el asiento.—Más santidad que en oir siete misas, hay en practicar las obras de misericordia, acompañando enfermo y dando un ratito de conversación á quien se ha pasado toda la noche

un dormil. Dime una cosa. ¿Cómo llevas las obras de tu asilo?

—¿Pues no lo sabes?—dijo ella sentándose. Bien. Gracias á las almas caritativas, la casa va echando chispas. Jacinta lo ha tomado con tanto calor, que hoy trabaja más que yo, y maneja el sable con una maestría que me ~~asombra~~.

—Tienes unas amigas que valen cualquier cosa. Esta noche he pensado en tí y en tus obras piadosas. Te asombrarás si te digo que desde la madrugada se me ha metido aquí un cierto sentimiento como ganas de hacerme religioso, de pensar en Dios, de dedicarme á obras de piedad...

—¡Manolo!...—exclamó Guillermina poniéndose seria.—Si empiezas con tus bromitas, me voy.

—No, no es broma—replicó él y tan serio se puso en su cara tal expresión de abatimiento, que la santa se quedó como lela mirándole...

—¿Pero estás de chanza ó...? Manolo, ¿en qué piensas?... ¿Qué te pasa?

—Hay horas en la vida, que parecen siglos por las mudanzas que traen. Hace un rato, verás, ¡qué cosa tan extraña! Me acordé de un pobre que me pidió limosna esta mañana... Era un infeliz que tiene una pierna deforme y repugnante, llena de úlceras... Me pidió limosna y le arrojé una moneda de cobre, diciéndole con horror: "Quítese usted de delante de mí, importunante." Pues esta madrugada he tenido aquí la visita de aquel hombre... Le he estado viendo, y primero me inspiraba repugnancia, después compasión, y acabé por decirle: "¿Quieres cambiarte conmigo?" Porque con su pierna podrida disfruta aquel infeliz de una tranquilidad que yo no tengo. Su conciencia está como un charco empozado en el cual no cae jamás la piedra más pequeña. Pobre de mí, me cambiaría con él; cambiaría mi riqueza por su

; mi corazón enfermo por su pierna inerte, y mi desasosiego por su paz. ¿Qué crees tú?

—Creo que Dios te toca en el corazón—dijo Guillermina entusiasmándose, y poniendo sobre la cabeza del caballero su mano derecha en la cual tenía el libro de misa y el rosario.—Por el tono que tomas, veo que no bromeas. No, no tienes tú cara de bromas. Alguna procesión muy grande te anda por dentro. Y si otras veces te da la vena por decirme herejías y hacerme rabiar, no creas que te he tenido por malo. Eres un angelón; y si vivieras siempre con nosotras y no te pasaras la vida entre protestantes y ateos, tú serías otro, otrolo, tú serías mejor de lo que pareces.

—¿Pero no sabes que me voy mañana?

—¿Te vas? ¿de veras?—dijo la santa con desconsuelo—Mal negocio. Buscando siempre la frialdad; huyendo siempre del calor de la familia.

—No, si aquí es donde no me quieren—manifestó Moreno con aire sombrío.

—¿Que no te queremos? Vaya con lo que sales... Tonto, no digas disparates.

—Mi vida está completamente truncada y rota. No hay manera de soldarla ya... Cree que si me quisieran yo me quedaría aquí, yo sería bueno, y por darte gusto á ti y á tus amigas, me haría muy religioso, muy amigo de Dios y de la Virgen; emplearía todo mi dinero en obras de caridad, protegería la devoción, la beneficencia...

El asombro de Guillermina era tan grande, que no lo podía expresar. Abría la boca, maravillada, absorta, cual si presenciara un milagro.

"Pero de veras que tú... Mira, hijo, si quieres que yo crea en ese estado de tu espíritu, es preciso que me lo pruebes...

—¿Cómo quieres que te lo pruebe?

—Vamos á ver—dijo la virgen y fundadora, levantándose con resolución.—¿A que no haces una cosa?

—¿A que sí la hagò?

—¿A que no te vienes conmigo á San Ginés?

—A que sí.

Levantóse para tirar de la campanilla.

"Necesito verlo para creerlo—dijo Guillermina, echando de sus ojos chispazos de alegría.

—Deja, yo llamaré á Tomás. El pobre chico no se habrá levantado todavía.

—Creo que sí... ¡Tomás!...

—Yo te haré el té... Vamos, vete vistiendo.

Aquella salida matinal le agradaba, porque rompía las tediosas rutinas de su vida. A pesar de recibir el fresco de la calle, después de aquella horrible noche de insomnio y tristeza.

"Vaya que sí voy yo á la iglesia... decía disponiéndose con cierta actividad febril. Y oiré todas las misas que quieras, y rezaré contigo... Dime, ¿no va Jacinta á esta hora á San Ginés?

—Hombre, tan temprano no. Un poco más tarde que yo suele ir Bárbara.

—Pues me alegro de que seamos nosotros los primeros, los más madrugadores, los más impacientes por cumplir y santificarnos... Tom, Tom.

El inglés entró, y á poco, cuando ya estaba vestido, le trajo el té. Guillermina, que le había ayudado á vestirse, le sirvió también el desayuno. "Abrígate bien—le dijo al salir—que las mañanas están frescas. No sea cosa que por empezar tu vida nueva, vayas á coger una pulmonía."

—Mejor... me he convencido de que vivir es la mayor de las tonterías—le dijo, bajando la escalera.—¿Para qué vive uno? Para padecer. El pobre de la pierna es el que lo pasa regularmente. Porque aquello no duele. Lleva su pierna por delante como llevaría una gaita gallega.

—Hay mucha miseria—dijo Guillermina, tomando el tema por otro lado,—y los que tenemos que comer nos quejamos de vicio. Mientras más padezcamos aquí, más gozarémos allá.

Tom no dijo nada á esto. Seguía tan pensativo.

"El pobre de la pierna se irá al Cielo derechito con su muleta, y muchos de los ricos que andan por ahí en sus carretelas, irán tan muellemente en ellas á pasearse por los infiernos. Yo le pido á Dios que me dé la más asquerosa de las enfermedades, y como si no. No me quiere hacer caso; siempre tan sana. Paciencia; El nos da siempre lo que nos conviene.

Tampoco á esto dijo nada Moreno. Entraron en San Ginés, y Guillermina se fué derecha á la capilla de la Soledad, á punto que empezaba la primera misa. Mientras ésta duró, la ilustre dama, aunque no apartaba su atención del oficio, pudo advertir que su sobrino estaba tras ella cumpliendo con todo el ritual como cualquier devoto, arrodillándose y levantándose en las ocasiones convenientes. Pero á la segunda misa observóle distraído. Se levantaba, iba de un lado para otro, examinaba los altares y las imágenes como si estuviera en un museo. Esto la disgustó. Su sobrino la distraía, la ponía nerviosa, y tal fué su incomodidad y enojo que no se atrevió á comulgar aquel día, porque no se encontraba con el espíritu absolutamente sereno y limpio. Ya en la cuarta misa, el cala-

M.C.D.2020

llero aquel, no sólo se distraía sino que perturbaba á los fieles, pasando delante de los altares donde se decía misa, sin hacer la más ligera genuflexión ni reverencia. "Tendré que decirle que se vaya—pensaba la santa.—Esa no es manera de estar en la iglesia.„

Hallábase Moreno contemplando una imagen yacente, encerrada en lujosa urna de cristal, cuando sintió á su lado un susurro que le dijo:

"¿Verdad que el Cristo que sacamos en la procesión del Santo Entierro.

Volvióse y vió á su lado á Estupiñá, calado hasta las orejas el gorro negro de punto, señalando la imágen con gesto de cicerone.

"La mortaja de fina holanda la bordaron las señoras Micaelas, y es regalo de doña Bárbara. Es magnífica escultura del Sr. Carnicero.

Y como el caballero no le dijese nada, Plácido se alejó rezando entre dientes. Sentóse en un banco, y desde entonces, sin dejar de atender á las cuotidianas devociones, no le quitaba ojo al Sr. de Moreno, sin poder explicarse su presencia en la parroquia. "Es lo que me quedaba que ver—decía,—D. Manolo aquí... él, que no tiene religión [illegible]. Por ahí empecé yo.„

Menudo réspice le echó la fundadora á su sobrino cuando salieron. "Pero, hijo, me has quitado la devoción con tus paseos por la iglesia. Ya decía yo que ponía en cuarentena tu devoción.

—Pues, hija, para inauguración no puedes quejarte. Por algo se empieza. Ya ves que oí [illegible] primera misa. ¿Qué querías? ¿Que fuera como tú? Te aseguro que me ha gustado el ensayo. He pasado un rato muy agradable, en un estado de tranquilidad que me ha hecho mucho bien. No sabes lo bien que me siento ahora. Es que cuando uno va á hacer vida nueva, le gusta enterarse... Quería yo mirar bien las imágenes. Créelo; si siguiera en Madrid, me haría amigo de todas ellas. Me gusta verlas tan hermosas, con sus ropas de lujo y sus miradas perdidas en el ámbito frío y sereno de la iglesia. [illegible] que nos dicen algo cuando las miramos [illegible] que efectivamente nos han de consolar cuando les pedimos algo. Comprendo el misti-

cismo lo veo claro...! ¡Ay! si yo me quedara aquí...

—¿Por qué no te quedas?... ¡Qué tonto!—le dijo la santa con desconsuelo.

—¡Imposible!... me tengo que marchar... Y allá voy á estar muy triste [illegible] estoy viendo...

—Entonces... quédate. ¿Quieres que te dé una ocupación? Buena falta te hace. Te nombro sobrestante de mis obras, administrador de mis colectas y sacristán mayor de mi capilla nueva, cuando esté concluída.

Moreno se echó á reir con gana.

—¡Sacristán mayor...! Lo aceptaría... Te juro que lo aceptaría... Me estoy volviendo enteramente infantil. ¡Sacristán mayor! Y yo encendería las velas, yo quitaría el polvo á las imágenes y las pondría tan guapas; yo charlaría con las beatas... No lo creerás; pero dentro de mí está naciendo algo que se compadece muy bien con ese oficio humilde.

—Si eres tú un buenazo. La ociosidad, lo mucho que te has divertido y el *esplín* inglés te ponen así. Y yo te juro que te aburrirás más si no vuelves á Dios tus miradas. Haz lo que yo, Manolo; dale un puntapié al mundo; hazte chiquito para ser grande; [illegible] para triunfar. Tú ya no eres pollo; tú no te has de casar ya. [illegible] te conviene el [illegible]. Mujeres, ¿para qué sirven sino para perdición? Ten un cuarto de hora de arrojo, y ofrécele á Dios lo que te queda de vida. No es esto decir que te metas fraile: hay mil maneras de [illegible] Dios. Oye lo que se me ocurre. ¿Por qué no dedicas tu dinero, tu actividad y todo tu espíritu á una obra grande y santa, no á una obra pasajera, sino á esas que quedan para bien de la humanidad y gloria de Dios? Levanta de nueva planta un gran edificio, un asilo para esto ó el otro fin, por ejemplo, un gran manicomio para recoger y cuidar á los infelices que han perdido la razón...

—Tú tienes la manía de los edificios, y quieres que yo...

—Es lo primero que se me ha ocurrido. ¿Te parece mala idea? Un manicomio modelo, como los que habrás visto en el extranjero. Aquí estamos en eso muy atrasados. Harías una inmensa obra de caridad, y Madrid y España te bendecirían.

—Un manicomio—dijo Moreno sonriendo de un modo que le heló la sangre á su generosa tía.—Sí, no me parece mal. Y lo estrenaríamos tú y yo...